/ern.

+ Joseph S. Alemany
Abp. S. F.

240
M.

EL SACERDOTE

EN PRESENCIA DEL SIGLO.

Paris.— Schneider y Langrand.

EL SACERDOTE

EN PRESENCIA DEL SIGLO.

VERDADERA

Historia universal del Catolicismo,

En la que se reducen enfin á la exactitud de los términos, á la unidad de las partes, y á la fuerza de la demostracion, la magnífica filosofía, el genio enciclopédico, los inauditos beneficios, la gloria y el triunfo cada vez mas brillante de la sola iglesia romana en todo el universo, en medio de la esterilidad, de las desgracias, y de la ruina inminente de todos sus enemigos;

POR M. A. MADROLLE,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR EUGENIO DE OCHOA.

Ecce Homo. — JUAN, XIX.

He ahí el grande hombre, y el maéstro directo ó indirecto de todos los grandes hombres.

TOMO II.

PARIS,

LIBRERIA DE ROSA.

1841.

rey, el sabio y aun el artista por escelencia, el *sabio* como *nato*, prescindiendo de que él es quien hace los sabios cuando tiene á menos ó no cree util serlo él, así como puede decir con humildad:

« He hecho reyes y no he querido serlo. »

Y nada tiene de estraño. Solo el sacerdote sabe bien que la verdadera sabiduría lleva en linea recta á la fidelidad, y por consiguiente á la virtud y á la felicidad. Y esta es la razon porque uno de los hombres mas grandes de los tiempos modernos, San Francisco de Sales, escribia esta magnífica *Exhortacion á los Eclesiásticos, para que se apliquen al estudio*, que consideramos como la mas bella página de nuestro *sacerdote en presencia del siglo*:

« Aquellos de entre vosotros, hermanos mios, que se dedican á ocupaciones que les imposibilitan el estudio, hacen como los que quieren comer viandas ligeras contra el natural de su estómago grosero, de donde proviene que van desfalleciendo poco á poco. Yo puedo deciros con verdad que no hay gran diferencia entre la ignorancia y la malicia, aunque la ignorancia es mas de temer si considerais que no solo le ofende á uno mismo, sino que pasa hasta el desprecio del estado eclesiástico. Por esto, amadísimos hermanos mios, os conjuro que os ocupeis muy seriamente en el estudio, porque la sabiduría en un sacerdote es *el octavo sacramento* de la gerarquía de la Iglesia, y su *mayor desgracia* ha pro-

venido de que el arca se ha hallado en otras manos que en las de los Levitas.

« Por eso nos sorprendió nuestra miserable Ginebra, cuando conociendo por nuestra ociosidad que no estábamos sobre la defensiva, y que nos contentábamos con leer *simplemente nuestro breviario*, sin pensar en llegar á ser mas sabios, sedujo la sencillez de nuestros padres y de los que nos precedieron, haciéndoles creer que hasta entonces nadie habia sabido entender las Santas Escrituras.

« De esta suerte, mientras dormiamos, sembró el enemigo la zizaña en el campo de la Iglesia, é hizo penetrar el error que nos ha dividido y pegó fuego á todo este pais; fuego que nos hubiera consumido á vosotros y á mi y á otros muchos, si la bondad de nuestro Dios no hubiera suscitado misericordiosamente sus poderosos espíritus, quiero decir los reverendos padres Jesuitas que se opusieron á los hereges, y nos hacen cantar gloriosamente en nuestro siglo: *Misericordia Domini, quia non sumus consumpti.* Aquellos grandes hombres, por la sola virtud de aquel cuyo nombre llevan, empezaron vigorosamente á dividir aquel partido en la hora misma en que pensó Calvino en separar la realidad en el testamento que Dios nos ha dejado. Para esto, acosados por los hereges, pero mas ostensiblemente oprimidos por los que no son nuestros hermanos mas que en apariencia, sufrieron y sufren todavía persecuciones originadas todas de Ginebra.

« Pero su infatigable valor, su puro celo, su ca-

ridad, su profunda doctrina y el ejemplo de su santa y religiosa vida, les ha asegurado, por revelacion de su santo fundador, que esas violencias durarian un siglo, pasado el cual quedarian triunfantes del error y de los hereges. Así vemos ya que su inocencia es menos perseguida á medida que disminuye la secta de los calvinistas, y que va dominando el odio popular que los heresiarcas habian sembrado contra ellos en los ánimos del vulgo.

« Los avestruces que digieren el hierro de las calumnias, de la misma suerte que devoran los libros con sus continuos estudios, son los que soportando una infinidad de injurias y de ultrages, han establecido y consolidado nuestro crédito y todos los sagrados sistemas de nuestra fe, y que aun hoy, con sus grandísimos trabajos, llenan el mundo de hombres doctos que destruyen la heregía por todas partes.

« Y pues que la divina providencia, á pesar de mi incapacidad, me ha ordenado vuestro obispo, os exhorto á que estudieis con empeño, á fin de que siendo doctos y virtuosos, seais inculpables y esteis prontos á responder á todos los que os pregunten acerca de las cosas de la fe. FRANCISCO.

El sacerdote, igualmente que el hombre, se prepara al arte de escribir, el único que dura, con el arte de hablar.

LA PALABRA, la primera y la última, la única y la esclusiva razon, no solo de toda educacion y de toda sabiduría del hombre y del género humano,

mas tambien de la inteligencia íntima que precedió á esa doble educacion, y que todavía preside á ella; la palabra, que precedió á la escritura y á la prensa, y que les sobrevivirá; la palabra, fuera de la cual no hay libro posible, ni aun libro duradero [1]; la palabra, el VERBO, que el mismo Dios ensalzó hasta el punto de confundirla con él, ó de confundirse él con ella!

La palabra, y sobre todo la palabra eclesiástica, es lo que ha fundado el Cristianismo, fundador de todo lo demas; — es decir, la palabra verdadera, la palabra lógica, la palabra infalible, la palabra autorizada.

La palabra *ex cathedra*.

¿Y qué es la otra palabra, la de la tribuna, del foro, ó de la escuela, en presencia de la palabra del púlpito? el palacio de Borbon [2], ó el palacio de Justicia [3], eclipsados ante la monumental Nuestra Señora de Paris [4]; la sombra delante del sol, ó mas bien la noche delante del dia, como ha dicho el mismo Victor Hugo [5].

Siempre es una palabra lo que domina, ¡tan do-

[1] La palabra del púlpito, y sobre todo la del directorio eclesiástico, es á los libros buenos, lo que son los periódicos á los libros célebres: los hacen, dándolos á conocer.

[2] El palacio en que se reune la cámara de los diputados. — N. del T.

[3] El palacio donde se reunen los tribunales de Paris. — N. del T.

[4] La catedral de Paris. — N. del T.

[5] En su novela *Notre Dame de Paris*. — N. del T.

minante es la palabra por su naturaleza! — Supongamos muda la palabra sagrada y todas las palabras profanas vivas, y tendremos una primera revolucion de personas, de empleos y de propiedades. — Supongamos mudas, á su vez, las palabras secundarias ó profanas, y tendremos una última revolucion, la del patíbulo! Y el patíbulo no es mas que una última palabra, solo que es la mas tonante y la mas impresiva; porque hay *un grito en la sangre y una voz en la piedra*!

Pero, lo mismo que en el mundo, hay en la Iglesia muchos linages de palabras. Unas son públicas y otras privadas; unas solemnes y otras sencillas. Las primeras que pasan por las mas importantes, son justamente las que lo son menos; el *maximum* de su utilidad es facilitar las segundas, que son las únicas eficaces, — y estas son el *Catecismo* familiar de la capilla de la parroquia, el *Diálogo* del confesonario, la *Plática* ó *Sermon*, y aun la conversacion ordinaria entre el sacerdote y el lego.

La primera y la mas fundamental, sin contradiccion, de todas las palabras, es el *Catecismo*, porque es en resumidas cuentas, la única verdadera, ó aquella, á lo menos, sin la cual todas las otras son funestas ó imposibles.

La segunda, pero la mas grave por su objeto, y la mas útil por su resultado, es el diálogo interior entre el sacerdote y el fiel; sublime escena entre tres personages, en la que el fiel hace juntamente oficio de acusador, de reo y de testigo; el sacerdote,

ya oficio de *instructor*, ya de juez, y muchas veces ambos á la vez, en presencia de un Dios que solo interviene para confirmar y ejecutar la sentencia.

La tercera palabra sagrada, ó el *sermon* es, de todas las palabras públicas, la mas segura y la mejor, porque es la mas caritativa en el orador, y la que mejor escucha el oyente, que va á buscarla para sí y no para ella.

La palabra ordinaria del sacerdote en el trato comun es tambien una palabra fundamental. San Francisco de Sales lo creia así hasta el punto de *aterrarse de su importancia* [1], y sobre todo de su olvido.

Un cardenal, bien que agitado por las pasiones políticas, es quien abre la nueva era de elocuencia [2]: « ¡Oh grande y admirable monarca (esclamaba el cardenal de Retz, en presencia de Luis XIV y de la reina regente, el 25 de agosto de 1648),

[1] El *temor* á la familiaridad es el movil: 1° de las *misiones* propiamente tales, en las que el orador y el confesor (y con mucha mas razon, el hombre) no hacen mas que aparecer y desaparecer; 2° de las comunidades religiosas, cuyos miembros, no mostrándose nunca mas que en el ejercicio de sus funciones, tienen siempre mas fuerzas porque las economizan; 3° y tambien del hombre prudente y sabio, naturalmente solitario. Cuanto mas conocido es el hombre de genio, y aun el hombre virtuoso, mas prestigio pierde, y por consiguiente mas prestigio pierde tambien la religion, si el hombre es religioso. — De aquí resulta que la mayor parte de las *celebridades* no deben tener y no tienen en efecto duracion.

[2] La elocuencia de la tribuna (y con mas motivo la de la academia y la del foro) se ha eclipsado siempre ante la del púlpito. Un sacerdote, simple académico, Maury, hizo temblar mas de una vez á

que habeis brillado sobre la tierra, menos por el brillo de vuestra corona que por el esplendor de vuestras buenas obras! ¿Con qué elogios formaré vuestro panegírico? La vista de tantas luces me deslumbra; mi espíritu se pierde en esa rara mezcla de la fortuna y de la virtud, y si me dejase llevar del justo temor, que se apodera de mí, de no poder hablar bastante dignamente de esas maravillas, en vez de erigir un trofeo á la gloriosa memoria del gran San Luis, me contentaria ahora con elevar en este sitio un tribunal sagrado, al que llamaria de

Mirabeau y á la Asamblea constituyente; ¡y eso que atacaba las pasiones que estos adulaban, y arrostraba el furor del pueblo, y los filósofos y los jacobinos, á cuya cola y bajo cuyas órdenes se habian puesto sus adversarios!...

Otros dos sacerdotes, olvidados de su decoro, Cerutti y Lamourette, prestaron sus plumas *sine qua non* á aquel Mirabeau que ponia su lengua, *pour une lance*, á disposicion del mayor postor de cualquier partido, y que acabó por venderse, sin tener tiempo para entregarse (murió *de repente* en el momento mismo en que esperaba recibir el precio de su infame triunfo), precisamente al partido que habia atacado con mas ingratitud y cobardía.

La elocuencia luterana, calvinista ó anglicana es la mas estéril, y sobre todo la mas fría y la mas trivial de todas las elocuencias: « Nuestros ministros, dice Shaftesbury traducido por Diderot, se han apoderado de esas moralidades análogas á la religion, y nuestros sagrados retóricos llevan ya tanto tiempo de hacer retumbar con ellas sus pulpitos, que, por no aumentar el hastío del linage humano, usurpándoles sus derechos, nada mas diremos de ella. » — « Esta andanada, añade Diderot, va derecha á la iglesia anglicana, que puede lisongearse de ser fecunda en malos predicadores. Los Flechier, los Bossuet, los Bourdaloue, Massillon sobre todo, y otros muchos, pondrán siempre á la iglesia galicana á cubierto de esta acusacion. »

parte de Dios á cuantos viven hoy en este reino, para reconocer el crimen que cometen en no someterse á Dios en su bajeza, despues del ejemplo de un gran monarca que le sometió tan generosamente su grandeza!.... Se puede exagerar la muerte de los hombres ordinarios, porque muchas veces, despues de largas reflexiones, no conmueve; pero la de los grandes reyes habla al alma solo con ver sus sepulturas. San Luis, tendido sin vida, en un pais enemigo, en un suelo estrangero, pregona en mas alta voz la vanidad del mundo que cuantos discursos pudieran hacerse sobre este punto.... y en vista de ese doloroso espectáculo, me limito á esclamar con el profeta: ¿ *Ubi gloria Israel?* ¿Donde está la gloria de Israel? ¿donde está la grandeza de la Francia? ¿donde está aquella brillante nobleza? ¿donde está el gran monarca que mandaba tantas legiones? Y en el mismo momento en que me hago estas preguntas, me parece que oigo las voces confusas y reunidas de todos los hombres que han vivido en los cuatro siglos trascurridos desde su muerte que me responden: ¡Está reinando en los cielos! »

Bossuet y Bourdaloue, en los últimos años del siglo de Luis XIV, no hablaron nunca con mas pureza y sobre todo con mas dignidad.

Massillon, todavía y sobre todo en el siglo XVIII, tiene raptos oratorios á los que nada se puede comparar. Estaba un dia en el púlpito, en medio de un auditorio cual nunca la capital habia visto tal vez

otro tan numeroso y brillante : — *el elogio fúnebre de Luis XIV* estaba en su cabeza. Permanece un momento en silencio, y despues de haber tendido la vista sobre los objetos mortuorios que le rodeaban, olvidando, segun él mismo asegura, el exordio que llevaba preparado, sustituyóle, inspirado sin duda por *Dios solo*, este otro : « *Solo Dios es grande, hermanos mios,* etc., etc. » Y cuando predicó, primero en San Eustoquio, y luego en Versalles, su sermon sobre el corto número de los elegidos, y llegó á estas palabras que durarán por los siglos de los siglos : « ¡ Oh Dios mio! ¿ donde están vuestros elegidos? ¿ y que os queda para vos? » todos los periódicos de entonces cuentan que : « El auditorio se levantó por un impulso espontáneo, lanzando un grito sordo y lúgubre de espanto y de fe, cual si de repente hubiera caido un rayo en medio del templo [1] ! »

Desde la muerte de Luis XIV á principios del siglo hasta mediados, la filosofía y la corrupcion crecieron á la par, y reinaron, si puede decirse así,

[1] En la *Vida* de Massillon se halla un rasgo de su elocuencia que no es menos digno de admiracion : « Llevó un dia Rollin á los colegiales de Beauvais á S. Leu, donde debia predicar el orador sobre la santidad del cristiano : aquellos muchachos, oyendo al nuevo Crisóstomo, ya con los ojos bajos, ya con la vista clavada en el ministro de la palabra divina, olvidaron la ligereza que su edad hace escusable porque la caracteriza : todos vuelven á su colegio en un profundo silencio que admira y aun da cuidado á los transeuntes. Muchos discípulos se condenan á mortificaciones, cuyo rigor tienen que mitigar los maestros. »

á favor de la degradacion de la autoridad real. Entonces fué cuando el misionero Brydayne fué á predicar á San Sulpicio, en 1751, estas palabras que todavía hacian estremecerse al cardenal Maury al cabo de mas de cincuenta años: « Hasta ahora he publicado las justicias del altísimo en templos cubiertos de bálago: he predicado los rigores de la penitencia á unos desventurados que apenas tenian pan que llevar á la boca! he anunciado á los buenos habitantes de los campos las mas terribles verdades de mi religion! ¿Qué he hecho, desgraciado? ¡He contristado á los pobres, á los mejores amigos de mi Dios! ¡he sembrado el espanto y el dolor en aquellas almas cándidas y fieles que hubiera debido compadecer y consolar! Aquí, aquí donde mis miradas no caen mas que sobre grandes, sobre ricos, sobre opresores de la humanidad doliente, ó sobre osados y endurecidos pecadores, ¡ah! aquí solo, en medio de tantos y tantos escándalos, es donde debia haber hecho resonar la palabra santa en toda la fuerza de su trueno, y colocar aquí en este púlpito, á un lado la muerte que os amenaza, y al otro, mi gran Dios que debe juzgaros..... Dios es quien, dentro de algunos instantes, va á remover el fondo de vuestras conciencias. Heridos de terror al punto, vendreis á echaros en los brazos de mi caridad, derramando lágrimas de compuncion y arrepentimiento; y á fuerza de remordimientos, me hallareis bastante elocuente. Y decidme, ¿en qué os fundais, hermanos mios, para creer vuestro último dia leja-

no? ¿En vuestra juventud? Si, respondeis; aun no tengo mas que veinte años, mas que treinta años.... ¡Ah! os engañais en un todo; *no sois vosotros los que teneis veinte ó treinta años; la muerte es la que os lleva ya veinte, treinta años de delantera...* ¿Sabeis lo que es la eternidad? Es un reloj cuyo péndulo dice y repite sin cesar estas dos palabras en el silencio de las tumbas: ¡*Siempre, jamás*! ¡*jamás, siempre*! ¡Y siempre! durante esas espantosas revoluciones, un réprobo esclama: «¿Qué hora es? — Y la voz de otro miserable le responde: ¡la *Eternidad!*»

La elocuencia propiamente tal se aplica á los pueblos; la polémica, ó, por mejor decir, la dialéctica, á los sabios; el clero, que á todo se adapta maravillosamente, ha triunfado en esta como en la otra. Los concilios fueron el primer teatro de aquellas magníficas y sabias discusiones, en que la exactitud lógica se unia á la facilidad de la elocucion, á la seguridad de la memoria, á la *presencia* perpetua del espíritu. En las revoluciones religiosas es donde principalmente se han manifestado esos diversos dones. La Reforma dió ocasion á debates famosos, de los que los teólogos católicos salieron siempre humildes y gloriosos juntamente: véase solamente, en el frio é imparcial Fleury, el análisis de la *Disputa de Leipsique*, en 1519, entre el admirable Eckio y el pobre *Carlostad*, el mas osado de los luteranos:

Jurando, pero algo tarde

Que no le atraparán mas [1].

Cuando estuvieron los ánimos mas sosegados, un siglo despues, las victorias, con nuevas armas iguales, estuvieron tambien del mismo lado [2]. El siglo de

[1] Alusion al último verso de la linda fábula de Lafontaine: *El Cuervo y la Zorra.* — N. del T.

[2] La conversion de los protestantes, dice el *Ensayo sobre la influencia de la religion* en el siglo décimo-séptimo, fué siempre aun en los tiempos mas revueltos, el objeto de los primeros desvelos del clero: numerosas obras de controversia se dirigieron á este objeto, y con el mismo se establecieron varias conferencias en diferentes puntos. En las memorias de la época hallamos indicados algunos de ellos; los principales se celebraron en el palacio de Retz, en Paris, en 1587; en Mantes, en 1592; en Moulins, en Nimes y en Fontainebleau. El que mas fama adquirió en aquellas conferencias fué jacobo Davy du Perron, obispo de Evreux, y luego cardenal. Este prelado, nacido en 1556, se habia criado en la religion protestante; pero el estudio que hizo de la religion le volvió al gremio de la iglesia. Dotado de vivísimo ingenio, descubrió el vicio de la reforma hasta en los escritos destinados á defenderla, asegurándose que el libro que le abrió los ojos fué el *Tratado de la Iglesia*, publicado por Duplessis Mornay, en 1577. Abrazó la carrera eclesiástica y fué agregado á la corte en calidad de lector de Enrique III, y ya desde entonces empezó á hacerse notar sosteniendo una conferencia con un ministro anglicano, y luego con Morlas y Spoude. Su madre, un tio suyo y varias personas de su familia le debieron su conversion. Despues de levantado el sitio de Ruan, en 1592, habiéndose retirado la corte á Mantes, tuvo allí du Perron conferencias con los ministros Rollan y Berault; en el número de los asistentes estaba el ministro Cayet, que se convirtió; otros titubearon entonces en sus opiniones y abandonaron el protestantismo algunos años despues. Du Perron tuvo mucha parte en la conversion de Enrique IV: cuando su regreso de Roma, adonde fué enviado por el servicio del rey, y donde fué consagrado obispo de Evreux (1595), tuvo conferencias en París con un famoso ministro de aque-

Luis XIV, fecundo en todas las glorias, brilló igualmente en la polémica oral. Todos conocen la supe-

lla época, Daniel Tileno, conferencias á que siguió la conversion de muchas de las personas que habian asistido á ellas. Por entonces fué cuando Nicolas de Harlai de Sanci, tan célebre por sus talentos, sus negociaciones, sus servicios y su lealtad á Enrique IV, volvió al gremio de la Iglesia : para él compuso du Perron un breve *Tratado de la Eucaristía*. Predicó por aquella época la controversia en varias iglesias de la capital, y los protestantes acudian á porfía á escucharle, y muchas veces de resultas abjuraban sus errores.

« La conferencia que entabló poco despues con Duplessis Mornay, considerado como el caudillo del partido protestante, metió mucho ruido y merece referirse con algunos pormenores. Un caballero de la corte, llamado de Sainte-Marie du Mont (véanse las actas de la conferencia de Fontainebleau en las *obras varias* del cardenal, 1629, segunda edicion en-folio), que ya habia recibido algunas instrucciones, y que pensaba en renunciar al protestantismo, habiendo oido decir que el libro publicado por Duplessis Mornay contra la misa contenia muchas citas falsas, se lo echó en cara al autor, quien retó, con un escrito de su puño, al obispo de Evreux y á cuantos le dirigiesen la misma acusacion. Dicho reto fué enviado al prelado quien ofreció mostrar en la obra en cuestion quinientas citas falsas. Habiendo pedido el obispo al rey que le permitiese aceptar el reto, otorgó el príncipe la conferencia, y aunque Duplessis Mornay puso mil dificultades y pidió una discusion por escrito, acabó sin embargo por acceder á los deseos del rey y á las instancias de sus amigos, que creian interesado el honor de su causa en que no se volviese atras despues de tantas bravatas. Abrióse la conferencia el 4 de mayo de 1600 en Fontainebleau, donde se hallaba la corte : quiso el rey asistir á ella y nombró comisarios por ambas partes : estos eran, por los católicos, el presidente de Thou, Pithou y Martin; y por los protestantes Dufresne-Canaye y Casaubon. Duplessis tenia por padrino á Desbordes-Mercier, profesor de hebreo; alrededor de doscientas personas de la corte asistian á la conferencia. El obispo de Evreux habia comunicado de antemano á su adversario una nota de sesenta pasages que consideraba falsos; de estos sesenta eligió diez y nueve Duplessis, y sobre ellos

rioridad de Du Perron y de Bossuet sobre la capacidad de Mornay y de Claude en este género, y la

se abrió la conferencia en la que reinaron suma moderacion y urbanidad. El canciller anunció las intenciones del rey, quien tomó la palabra para escitar á los dos rivales á no traspasar los límites de una pacífica discusion. No se trataba, dijo, de poner en disputa ningun artículo, porque, gracias á Dios, no dudaba de su religion; el objeto era solamente verificar algunos pasages.

« Giró la conferencia sobre nueve testos del libro contra la misa; estos testos eran de Scoto, de Durand, de S. Juan Crisóstomo, de S. Gerónimo, de S. Cirilo, de una ley de Teodosio, de S. Bernardo y de Teodoreto. Ambas partes sostuvieron la discusion sobre estos pasages, y los comisarios decidieron sobre cada punto, ya que Duplessis habia tomado la objecion por la respuesta, ya que habia omitido palabras importantes. El pasage que habia alegado de S. Cirilo no pudo hallarse. Al cabo de seis horas de conferencia, remitió el rey la continuacion al dia siguiente. Aquella misma noche, Duplessis *hizo decir que estaba enfermo*, y que no sabia cuando podria renovar la conferencia : el dia 8 se puso en camino para Saumur, sin despedirse del rey. Esta pronta partida pareció una confesion de su derrota, y no creyó poder amortiguar el golpe que dió á su reputacion sino publicando, bajo el nombre de *Discurso verdadero*, una relacion en la que se pintaba como vencedor y se quejaba de todo el mundo, del rey, del canciller, de los comisarios y particularmente del obispo de Evreux. Para responderle, publicó el prelado las actas de la conferencia, acompañadas de un testimonio del rey que las certificaba verdaderas y de una carta del canciller de Bellievre. »

Otro controversista célebre, Veron, hacia, en la misma época, verdaderos podigios : « Su aficion, dice uno de sus historiadores, le llevaba hácia la controversia, y habia hallado un método mas sencillo para convencer á los protestantes. Hallándose en Amiens, en 1615, desafió al ministro de esta ciudad, Adriano Hucher, á que probase su doctrina con el solo auxilio de las santas Escrituras, que los protestantes dan sin embargo por única norma de su fe. Abrióse una conferencia entre ellos en presencia del duque de Longueville y de trescientas personas de una y de otra religion.

conversion de la sabia señorita de Duras, que fué su fruto inmediato.

Desde la primera sesion tuvo el ministro que renunciar á probar los dogmas de la Iglesia con la autoridad de la santa Escritura, y á la segunda no pudo desplegar los labios. Sus amigos enviaron á buscar al ministro de Clermont-sur-Oise, quien parece que no fué mas feliz. Veron redactó las actas de dicha conferencia, que fueron impresas. Publicó en 1617 un escrito contra los ministros de Charenton, acompañó al obispo de Ruan en la visita de su diócesis, y sostuvo en este tiempo algunas conferencias sobre la controversia. Chorin, ministro de Mantes, no se atrevió á entrar en disputa con él. Estos primeros triunfos le hicieron temible á los ministros; pero como aquellos retos que les proponia no eran conformes á las reglas y usos de los jesuitas, dejó la sociedad, siendo de advertir que no hizo en esto, segun él mismo dijo, mas que seguir el dictamen de personas sesudas y aun de varios jesuitas, y así habló siempre de ella en los términos mas honoríficos. En 1619 fué cuando salió de dicha corporacion, y habiendo en seguida pasado á Saintonge, dirigió inmediatamente (véase la *Relacion del viaje de Veron á Saintonge*) á todos los ministros del pais un reto general para que probasen, por la Escritura, un solo artículo de su confesion de fe. Iba de pueblo en pueblo, y despues de haber escuchado la prédica, anunciaba al ministro que iba á refutarle, escitándole á que le siguiese y se preparase á responderle. Activo é infatigable en su celo, predicaba por la mañana en las iglesias católicas y por la tarde sostenia acaloradas controversias. En una multitud de pueblos, los ministros no se atrevieron á entrar en cuestion con él aterrados por su firmeza, por la facilidad de su elocucion y por su profundo conocimiento de las materias sobre que iba á discutir. Tuvo valor para ir á La Rochela, sublevada entonces contra el rey, y dió no poco que hacer á los ministros; pero, á pesar de que tuvo la precaucion de disfrazarse, sospecharon que era el controversista que tanto ruido metia en las cercanías, y se vió obligado á salir del pueblo. La relacion de su viage nombra á diez y seis ministros que huyeron al acercarse él, ó que, despues de haber aceptado conferencias, las rompieron casi al momento de entablarse. »

Despues, y aun antes del arte de conmover á los hombres y á las masas, viene el de dar crianza á los niños, de modo que ni aun haya necesidad de conmoverlos cuando sean hombres.

La Iglesia, el sacerdote, el cura en particular, tienen un arte maravilloso, el del CATECISMO, que nosotros mundanos consideramos como pueril, y que todo un canciller Bacon llamaba *llave de la sabiduría* y *prodigioso*.

Todo cuanto se diga es poco para encarecer la importancia, la utilidad, la necesidad, no solo para la juventud, mas tambien para la edad madura y para todas las edades, de lo que se llama con razon un *Catecismo*. Es mas que una filosofía, mas que una teología, mas aun que el *viejo* y el *nuevo Testamento*, pues es la esplicacion, el compendio para el uso de todos, la substancia de aquellos diferentes libros, fuera de los cuales es tan imposible la sabiduría como la salvacion. Los hombres mas grandes, los mas brillantes ingenios de la Iglesia, han aspirado á componer catecismos, despues de haber publicado todos sus demas libros, para coronarlos, y aun, en cierto modo, para reemplazarlos todos. Y los obispos, que son superiores á todos los grandes hombres utiles, pues que son los grandes hombres *necesarios*, no tienen mision mas divina y benéfica que la de componer ó perfeccionar esos *rudimentos*. Un sabio, á quien nunca conocerá el mundo suficientemente, un hombre á quien admiraban Luis XIV y Bossuet, que le habian elegido por

confesor ó director, un simple cura de San Sulpicio, pero que rehusó obispados y arzobispados, La Chetardie, inteligencia estraordinaria, se preparó con tiempo á la ciencia fundamental del catecismo. Y como si el amor á la edad de la inocencia fuese la condicion de la superioridad, empezó por *llamar á sí* y catequizar á *los niños*, antes de instruir á los grandes y al gran siglo. Su obra, que toda su vida perfeccionó en numerosas ediciones, es, segun el dictamen de los mas grandes maestros y de los mejores jueces en la materia, la mejor de todas las obras de este género : se la puede considerar como el *Catecismo de los catecismos*. No se halla en ella una *palabra* que no esprese un *pensamiento*, un pensamiento que no sea *una prueba*, ó que no concurra á una prueba de *verdad* necesaria ó util, ni una verdad que no obligue, de cerca ó de lejos, á *un buen propósito* ó á *una buena obra*. Tal es la única literatura verdadera, y la única tambien que progresa y que dura. Este escelente catecismo, del que se hicieron muchas ediciones en los siglos XVII y XVIII, habia llegado á ser tan raro y tan deseado en nuestros dias, que costaba sumamente caro. Un librero de Bourges, que es precisamente donde se publicó el libro por primera vez, acaba de hacerle reimprimir, y ya está casi agotada la edicion. En la obra de La Chetardie todo es sencillo, grande, y á veces sublime : citemos algunos rasgos á la casualidad : « Los hombres han sido creados de cuatro maneras diferentes : *Adan*, de Dios solo ; *Eva*, de un hombre

solo; *Abel*, de un hombre y de una muger, y el *Verbo encarnado*, solamente de una muger. — Como en el cielo Jesucristo es engendro de un padre sin madre, es en la tierra engendro de una madre sin padre. — El segundo Adan debia ser formado de una tierra virgen, aun mas que el primero. — El hijo único del padre debia ser en la tierra el hijo único de su madre. — El símbolo no nos dice nada de la vida oculta del hijo de Dios, y pasa de su nacimiento á su Pasion; para enseñarnos que no vino al mundo mas que para morir. — El hombre se basta á sí mismo para herirse, pero no se puede curar sin médico. — El que nos ha hecho sin nosotros no nos salvará sin nosotros. — Tan grande es la bondad de Dios para los hombres, que quiere que lo que les da sea mérito de ellos; y tal es la indigencia del hombre, que no puede agradar á Dios sino con los dones que ha recibido de él. — Entre tanto los justos están mezclados con los pecadores, sin que muchas veces se los pueda distinguir en esta vida, así como no se distinguen los árboles vivos de los que murieron en invierno. — Jesucristo quiso encubrirse bajo las especies eucarísticas para castigar el orgullo del hombre, cuando quiso esperimentar si moriria comiendo del fruto que veia; porque es preciso ahora que crea que vivirá si come del fruto que no ve. — ¿Por qué no estás tan enagenado y solitario, cuando comulgas, que te parezca en aquel momento que no hay en el mundo mas que Dios y tú? — El rico no se fia tan fácilmente como el pobre en el auxilio del cielo:

porque ¿como habia de poner su confianza en el auxilio divino, que no ve, y no en el de su dinero, que ve? El pobre, que prueba frecuentemente los efectos de la Providencia, espera mas en el ayuda del cielo, que es liberal con él que en la de la tierra que le es tan ingrata. — La Chetardie unió á su *Catecismo* varios opúsculos, que son otras tantas pequeñas obras maestras en una grande; por ejemplo, *Varios motivos para una religiosa obligada á recitar el oficio en una lengua que no entiende*, quince páginas que desmoronan en sus cimientos una de las grandes bases de la reforma.

Puede juzgarse de la superioridad religiosa de los seminarios por la superioridad filosófica y aun política de uno de sus últimos directores, el presbítero Emery, de San Sulpicio, autor de los análisis de *Leibnitz*, de *Bacon*, de *Descartes*, obras maestras, capaces ellas solas de convertir á los hombres de buena fe de todos los partidos; — convertidor personal de Fauchet, de Lamourette, etc., con quienes se halló preso en la *Conciergerie*, — y bastante hábil para admirar al mismo Bonaparte, que empezaba á no admirarse de nada[1], dice el último *historiador de Pio VII*[2].

[1] Continuaba entre tanto la persecucion, dice el último *Historiador de Pio VII*; trece cardenales habian sido presos, desterrados, dispersados en varios puntos de vigilancia; el mismo papa, prisionero en Savona, era objeto de las mas odiosas medidas; ibanle quitando uno á uno sus mas leales servidores, y se apoderaban de sus

[2] El caballero Artaud. — N. del T.

Despues de la fundacion de los catecismos y de los seminarios, obra del clero, ó mas bien simultánea-

papeles y aun de sus breviarios. Treinta obispos franceses reclamaban la institucion, pero interrumpidas las comunicaciones por la bula de escomunion, el papa no podia darla. Napoleon convocó una junta eclesiástica en la que figuraban los cardenales Fesch y Maury, y el arzobispo de Malines, M. de Pradt. Un simple sacerdote, el presbítero Emery, hombre recomendable por su sabiduría y su alta virtud, confundió en ella con admirable sencillez el orgullo del vencedor de los reyes de la tierra. Dirigiéndose á él con una mirada que parecia querer imponer la sumision, díjole Napoleon :« Y vos, ¿qué pensais de la autoridad del papa?—M. Emery, volviendo la vista respetuosamente á los obispos, como para pedirles licencia para responder, replicó con serenidad y mansedumbre : « Señor, yo no puedo tener otro sentir sobre ese punto mas que el que se contiene en el catecismo que se enseña por orden de V. M. en todas las iglesias. Ahora bien, á la pregunta : « ¿Qué es el papa? » el catecismo responde que es el cabeza de la iglesia y el vicario de Jesucristo, á quien todos los cristianos deben obediencia. » Napoleon quedó sorprendido de esta respuesta, repitió entre dientes la palabra *catecismo*, y pasó á otro punto.

« Yo no niego la potestad espiritual del papa pues que la ha recibido de Jesucristo, dijo, pero Jesucristo no le dió la potestad temporal. Carlomagno se la dió, y yo, *sucesor de Carlomagno*, quiero quitársela, porque no sabe usar de ella, y porque le impide ejercer sus funciones espirituales. « Opúsole M. Emery aquel pasage tan notable de Bossuet, en *la Defensa de la declaracion del clero*, en que se dice : « Hásele concedido á la sede apostólica la soberanía de la ciudad de Roma y otras posesiones, á fin de que la santa sede, mas libre y mas segura, ejerciese su potestad en todo el universo. Por ello damos el parabien no solo á la sede apostólica mas á toda la Iglesia universal, y pedimos con los mas fervientes votos que, de todos modos, quede ileso ese *sacro principado*.

« Quedó pensativo Napoleon y replicó con bastante blandura : « Todo eso era cierto en tiempo de Bossuet, cuando la Europa reconocia muchos señores : no era conveniente entonces que el papa

mente, porque todas las necesidades y todos los remedios van de frente en la sociedad, el clero se apoderó tambien, siempre en calidad de *primer ocupante*, de la enseñanza literaria y científica, fundando todos los colegios y todas las escuelas, y profesando en las mas célebres. La universidad, que tantas veces se ha mostrado ingrata, es, como la monarquía, una *hija*[1] *primogénita de la Iglesia*[2]. Hemos consagrado una parte de esta obra á bosquejar, aunque muy imperfectamente, el inmenso cuadro de sus fundaciones científicas.

Si, ahora, considerando menos el genio segun Dios que segun las ideas mundanas, tendemos la

estuviese sometido á un soberano particular: pero ¿qué inconveniente hay en que el papa esté sometido á mí, ahora que la Europa no conoce mas Señor que yo solo?» — Hay en las inteligencias rectas una especie de don profético: el presbítero Emery habló como inspirado al pronunciar esta sencilla y hermosa respuesta: « Señor, V. M. conoce tambien como yo la historia de las revoluciones: *lo que existe ahora puede no existir siempre*, y los inconvenientes previstos por Bossuet podrian renacer. No debe, pues, alterarse un orden tan juiciosamente establecido. »

« Al dia siguiente de aquella sesion, habiéndose llegado el cardenal Fesch á hablar de negocios eclesiásticos al emperador, este le dijo: « Callad, vos sois un ignorante: con quien quiero hablar es con M. Emery, que sabe la teología. Un hombre como él me haria hacer cuanto le diere la gana y acaso mas de lo que yo debiera. »

[1] Sabido es que los reyes de Francia ó *cristianísimos*, tenian el título de *hijos primogénitos de la Iglesia*. — N. del T.

[2] El sabio Pasquier dice formalmente que la universidad fué fundada y aun tuvo sus cátedras en la *Iglesia de Nuestra Señora*, y que luego separaron *las artes* para *enseñarlas en la Iglesia de San Julian*.

vista sobre su historia, no vemos verdaderamente á su cabeza mas que eclesiásticos regulares ó seculares; y puede decirse de cada uno de los grandes hombres que vamos á citar :

« Uno de esos hombres-siglo
« Que dan su nombre á una edad. »

Principalmente desde el cristianismo, los verdaderos *enciclopedistas*, es decir los sabios mas *universales* y mas *metódicos*, tienen todos, en efecto, el caracter sacerdotal, porque, desde aquella época, nada hay *universal* ó *católico* mas que la Iglesia. ¿Quién, en efecto, se elevó á mayor altura en los cielos, penetró mas á fondo en la tierra, conoció mejor al hombre y á la sociedad, no diré que Moises ó san Pablo (porque estos no son hombres), pero que Orígenes, san Basilio y san Ambrosio, en los primeros siglos de la Iglesia ; — Alberto el Grande, Tomas de Aquino, Vicente de Beauvais, Roger Bacon, en la edad media ; — el Tostado, Tolet, Suarez, Petau, Kircher, Gassendi, Gerdil, Liguori, Para du Phanjas, en los tiempos modernos? — Orígenes es el primer comentador de toda la Escritura santa, el atrevido autor de la primera teologia, y el maestro, desde la edad de diez y ocho años, de todos los grandes hombres de la escuela de Alejandria. — San Basilio y san Ambrosio parecen elevarse y trasportarnos con ellos hasta el tercer cielo, en sus *Tratados de la Creacion*[1]. Sabian ademas la medicina y aun la mú-

[1] Cuando tengo en la mano ó en los labios el *Exameron* de S.

sica. —San Gerónimo es tan sabio y al mismo tiempo tan sólido, que parece haber puesto desde el origen la Biblia toda entera al alcance de todas las naciones y de todos los siglos. —Alberto el Grande, juntamente teólogo profundo, profesor europeo, químico creador [1], mecánico sorprendente y maestro de santo Tomas de Aquino, cuya admirable *Suma* es ley hace seiscientos años en la Iglesia, y aun en las escuelas. « Tantos artículos como milagros, » dijo de este libro un gran Papa. —Roger Bacon, en cuya *Opus majus* se halla hasta el célebre *Calendario gregoriano;* —Vicente de Beauvais, menos célebre, pero igualmente digno de serlo, publicó antes que él, y con la proteccion de san Luis, su amigo, en diez tomos en folio, bajo el título de *Speculum majus,* una *Biblioteca del mundo,* que un corto número de inteligentes consideran como un libro de primer orden. —Al Tostado, doctor de Salamanca, juntamente eclesiástico y hombre de Estado, orador en los concilios y en las cátedras públicas, y escritor en el retiro, le consideraba como una *maravilla del mundo* Belarmino, que no se asombraba fácilmente, y mereció que se dijese de él :

Basilio, dice S. Gregorio Nazianceno, trasportado con él al trono del Creador, comprendo toda la economía de su obra. (*Enc. Sanc. Bas.*)

[1] Todos los historiadores de la naturaleza le reconocen por el inventor del zinc, del bismuto, del arsénico, como tambien por constructor de cabezas *casi-hablantes,* y aun del iman, de la brújula, etc.

Hic stupor est mundi, qui scibili discutit omne.

Siguen inmediatamente á este grande hombre otros grandes hombres en su patria : Toleto, á quien el mismo Gregorio XIII hacia censor de sus obras, que representó á seis Papas en las cortes, y que mereció la gratitud de la Francia por haber reconciliado á su Enrique IV con la santa Sede; — Suarez, cuyo *Tratado de las leyes* admiraba el presidente Bouhier en su Teologia; — Petau, autor de los *Dogmas teológicos*, de la mas sabia y de la mas exacta *Historia universal*, y de un sistema astronómico, bajo el título de *Uranologion;* — Kircher, cuyos *Ars magna sciendi*, *Mundus subterraneus*, *Arithmologia*, etc., hacian decir al conde de Maistre que, *si hubiera nacido en Londres*, *estaria su busto sobre todas las chimeneas;* — el cardenal Gerdil, admirado por d'Alembert y por J. J. Rousseau; — Liguori, cuyas *Obras* tan sabias, tan demostrativas como humildes (no son mas que una reproduccion metódica é ingeniosa de todos los hermosos pensamientos de la Iglesia universal), han llegado á ser, en poco tiempo, la base de todas las escuelas, y acaso de todas las virtudes de nuestra época; — y, en fin, Para du Phanjas, el ilustre olvidado del siglo XVIII, cuyas dos admirables *Teorias de los seres sensibles é insensibles*, forman la mas verdadera enciclopedia de los tiempos modernos. De tales ingenios es de quienes principalmente debe decirse lo que decia Pope de Newton :

La naturaleza entera
Yacia en la oscuridad:
Dijo Dios: Que Newton sea:
Y todo fué claridad.

¿Queremos saber por uno de ellos el secreto de su universalidad científica? el teólogo de Nazianzo nos la da en bellísimos versos (porque tambien era poeta): « Nunca tomé á pechos otra gloria que la de iniciarme en todas las ciencias que han reunido el Oriente y el Occidente. A grandes y largos trabajos me he entregado para adquirirlas, á fin de ponerlas á los pies de Jesucristo, de quien emanan, y de someterlas á la palabra del Omnipotente.»

Si consideramos el genio en sus relaciones con *especialidades* que tambien pueden llamarse *universales* y católicas, los mas grandes hombres son seguramente: — entre los fundadores, los legisladores ó los conductores espirituales de los pueblos, Moisés, san Gregorio el *Grande*, Gregorio VII, Pio V, VI y VII, pontífices; — san Francisco Javier, apostol único; — san Basilio, san Ambrosio, san Gerónimo, sabios; — santo Tomas de Aquino, superior á todos los sabios posibles; — san Atanasio, santo Tomas de Cantorbery, modelos episcopales en los tiempos difíciles; — san Antonio el *Grande*, san Benito, san Bruno, san Bernardo, santo Domingo, san Francisco, san Ignacio, san Vicente de Paul, el presbítero De la Salle, casi canonizado, fundadores prodigiosos; — san Martin de Tours; — san Remi

de Reims, el *patron de las Galias* y el *san Pablo de su siglo;* — san Carlos Borromeo, san Francisco de Sales, Belzunce, etc.; — los domínicos sublimes, san Vicente Ferrer, Savonarole; — los franciscanos de este caracter, san Juan de Capistran, san Bernardino de Siena, san Pedro de Alcántara, á cuya voz salian los pueblos de su letargo; — los profesores, san Pantene, Amonio, gefes de la escuela de Alejandria; — Guillermo de Champeaux, Pedro Lombard, Alejandro de Halés, Alberto el Grande, Rodulfo Agrícola, de las escuelas de Paris, etc., etc.; — Maldonat y los jesuitas de Luis el Grande; — los escritores teólogos, La Chetardie, Liguori, Muzzarelli; — los oradores de este género, Bourdaloue, Bridayne, etc.

Si el clero, esencialmente electivo, no ha ocupado el trono, porque este debe ser patrimonial en el interés de los pueblos, le ha sostenido colocándole junto al altar, y á veces tambien sirviéndole personalmente, en el *Ministerio* propiamente tal, con una moderacion y un lustre incomparables.

Desde la introduccion del cristianismo, los obispos, y á veces algunos santos sacerdotes, son los que monopolizan, por decirlo así, la ciencia y la gloria políticas: — un San Pablo es el primer ministro de Constantino el Grande; — un San Marcelino, el de Honorio, etc., etc.; — en Francia, una larga serie de obispos servidores, mas célebres que sus amos, presiden á sus tiempos mas arduos, los de sus conquistas y su fundacion: en el siglo VII,

San Arnoul (tronco de los Carlovingios); San Ouen, San Eloi, San Cuniberto (este fué regente); San Leger, martir; — Eghinardo, primer ministro de Carlo Magno; — Adalardo, primer ministro de Pepino, rey de Italia; — Adalberon, arzobispo de Reims, canciller de Hugo Capeto; — Suger, abad de San Dionisio, regente de Francia; — Guerin de Montagudo, obispo de Senlis, ministro de Felipe Augusto, durante cerca de medio siglo; — Mateo de Vandoma y Simon de Brion, luego papa bajo el nombre de Martino, bajo San Luis, etc.; — los cardenales de Dormans y de Amiens, uno canciller, otro superintendente de la hacienda, en tiempo de Carlos el Justo; — los cardenales de Montagudo, hermanos, cuya firmeza reparó y estuvo á punto de evitar las calamidades del reino, en tiempo del rey Juan, etc.; — el ilustre cardenal de Amboise, y aun Poncher, obispo de Paris, mas caros á la Francia, si es posible, que Luis XII; — el cardenal de Lorena, especie de ministro universal bajo cuatro reyes consecutivos. — Y en fin, para no citar mas que los mas célebres, el canciller Duprat, arzobispo y cardenal; — el canciller Du Vair, obispo de Lisieux, uno de los fundadores de la literatura francesa; — el cardenal de Richelieu, y el joven P. José, su ilustre cooperador, muerto en vísperas de recibir el capelo de cardenal; — el cardenal Mazarino; — y en fin, como para coronar á todos los demas, el cardenal de Fleury, á quien el mismo Voltaire apellidó *el Sabio* y que, casi solo, y á los no-

venta años, tenia bastante fuerza para suspender en cierto modo la caida de la monarquía, durante el mas debil reinado de nuestros monarcas [1].

En las otras naciones, vemos los mismos sacerdotes políticos de primer orden: — Absalon, *primado del norte*, legislador y fundador de la Dinamarca, algo mas que todos los Valdemaros; — el abad Lanfranc, de Pavía, arzobispo de Cantorbery, primer ministro de Guillermo el Conquistador; — los dos Santos Tomas (Becket y de Chanteloup), cancilleres de Inglaterra; — el obispo de Winchester, Wicham, otro canciller de Inglaterra, que le debe sus universidades y sus colegios; — el cardenal Morton, de quien Tomas Moro tenia á mucha honra ser discípulo; — el cardenal Polo, de la familia real, el *último romano* entre los hombres de estado de su pais.

En España, los arzobispos de Toledo, primeros ministros, como por derecho natural: — Don Rodrigo, durante todo el reinado de Fernando V; — el cardenal de Albornoz que, en su retiro, pacificó la Italia; — el cardenal de Mendoza, apellidado por escelencia el *gran cardenal de España*, el cual designó á Jimenez á Carlos V, como Richelieu á Mazarino, á Luis XIV; — el cardenal Jimenez, el eterno maestro de los primeros ministros; — el cardenal Gatinara, canciller de Carlos V; el cardenal de Espinosa, de quien dice el historiador Luis de

[1] Luis XV. — N. del T.

Cabrera que tenia *el entendimiento tan grande como la monarquia que gobernaba;* — en fin el cardenal de Granvela, primer ministro de Felipe II, que ha merecido tener á Flechier por historiador.

La historia de la diplomacia propiamente tal, el mas delicado y dificil acaso de todos los cargos, pues que trata á la vez con los reyes y con los enemigos de los reyes, no ofrece ningun hombre comparable con los nombres eclesiásticos de Commendon, Juan de Moron, Bentivoglio, el cardenal de Estrées, el cardenal de Bernis, el *Mecenas de Roma*, el cardenal Consalvi, el P. Gil, dominico español, que no podia hablar á un hombre ó á una multitud, sin hacerlos el *hombre* ó la multitud *de su rey* desgraciado [1]...

El clero ha elevado á veces la estrecha diplomacia real hasta la popular y la universal. La *Vida de San Bernardo* no es aquí la única que puede citarse como una historia decisiva de la omnipotencia parlamentaria del sacerdocio, á cuya voz se convertian, para la emancipacion de la Europa, *la Europa en un desierto*, y *un sepulcro* en Asia, en una inmensa capital viva. Pudiéramos citar tambien, entre otros, un Pedro el *Ermitaño*, vicario general del Patriarca de Jerusalen; — un Adheman, obispo de Puy, cuya grandeza es imponderable; — un

[1] El pretendiente don Carlos sin duda. Ignoro quien sea este P. Gil tan persuasivo é irresistible. Si el autor no le llamase dominico, creeria que habla del dignísimo y respetable jesuita, el P. Gil, último director del seminario de nobles de Madrid. — N. del T.

simple cura de Neuilly, Fulco, olvidado por los biógrafos, de quien dijo el ilustre Villehardouin, rehabilitado en nuestros dias por M. Villemain: « Entonces Fulco empezó á hablar de Nuestro Señor Jesucristo por Francia y los paises circunvecinos, y tened todos por muy cierto que Nuestro Señor hizo muchos milagros por él.... » Y lo que sigue, que todo es maravilloso.

El sacerdote, que hace prodigios para reunir los pueblos fieles, los hace tambien para purificar á los pueblos divididos. El mismo M. Sismonde de Sismondi, aunque protestante, recuerda, entre tantos otros, un « Juan de Vicencio, que reunia hasta cuatrocientas mil almas en una llanura de Padua, y les hacia abjurar sus odios y sus discordias civiles. »

El clero, en general, ha hecho mas que ser Rey ú Hombre de estado; ha educado primeramente y ha dirigido luego, de lejos ó de cerca, desde el tribunal de la penitencia ó desde el púlpito, á los reyes, á los hombres de estado y á cuantos rodean el trono. Testigo la escena antidramática, ó mas bien eminentemente dramática, que ocurrió en Versalles en el siglo de Luis XIV [1].

Y aquel Marduel, ilustre cura de San Roque, que

[1] M. Hebert, célebre cura de Versalles, nunca quiso participar de los placeres que proporcionaban á las señoritas del convento ó sea colegio real de Saint-Cyr las representaciones de tragedias de asuntos sagrados. En una asamblea de damas de la caridad, asambleas á que asistia madama de Maintenon con suma regularidad, la conversacion, antes de la conferencia, recayó sobre la tragedia de

tan bien y con tanto valor juzgó toda la revolucion: — « Acaso se ha olvidado que, en 1789,

Ester *, exajerando la lisonja los elogios que concedia la verdad. Aguardaba el cura apesadumbrado el momento de hablar. Citó madama de Maintenon, con ademan satisfecho, los nombres de todos los religiosos que habian sido espectadores de las últimas funciones ó que habian solicitado serlo: — Vos solo, añadió dirigiéndose al cura, no habeis visto esa tragedia, y espero que pronto asistireis á ella. » — M. Hebert respondió con una profunda reverencia: — « Desearia, añadió madama de Maintenon, mirando á M. Hebert, ir hoy en tan buena compañía. » — « Ruegoos que me dispenseis, repuso el cura, y comenzó su exhortacion.

Acabada esta, reconvinieron las señoras de Chevreuse y de Bauvilliers al cura por aquel desaire público. — « Habeis, le dijeron, mortificado á madama de Maintenon. Asistir á *Ester*, es un favor muy solicitado, y cuando os convida, rehusais con el tono mas desaprobador. Así lograreis que no se tenga generalmente la misma confianza en vos: pasareis por intolerante, sereis temido como el censor de los obispos y perdereis un crédito util á vuestro celo. » — « Mis razones, interrumpió M. Hebert, no son vanos escrúpulos; yo os las espondré y la misma madama de Maintenon las juzgará: si me condena, me declararé vencido. »

Aquella misma noche, le dijo: « Vos conoceis, señora, el respeto que os profeso, pero tambien sabeis cuanto declamo en el púlpito contra las funciones teatrales. *Ester* no está comprendida en esa proscripcion. — ¿Pues por qué, interrumpió madama de Maintenon, rehusais oirla? — El pueblo, repuso el cura, no sabe la diferencia que va de esa tragedia á otras, y si asisto á ella, dará mas crédito á mis acciones que á mis palabras. La reputacion de un ministro de Jesucristo es cosa demasiado delicada para sacrificarla á la complacencia ó á la curiosidad. Decidme; ¿creeis que les esté bien á los sacerdotes asistir á representaciones ejecutadas por don-

* Sabido es que Racine escribió esta obra maestra para ser representada en Saint-Cyr. — N. del T.

M. Bailly, *maire* de París, instando al señor cura de San Roque para que prestase el juramento, pro-

cellas lindas, amables, y estarlas contemplando dos horas seguidas? ¿No es eso esponerse á tentaciones? Muchos cortesanos me han confesado que escita mas vivamente sus pasiones la vista de esas niñas que la de las cómicas de profesion; la inocencia de las vírgenes es un atractivo mas peligroso que el libertinage de las prostitutas. El vicio lo profana todo. — Pero á lo menos, le dijo madama de Maintenon, supongo que no reprobais esas diversiones tan útiles á la juventud. — Yo creo, respondió, que debieran prescribirse de toda buena educacion. Vuestro principal objeto, señora, es inspirar á vuestras alumnas una gran pureza de costumbres, — ¿y no se destruye esa pureza esponiéndolas en un teatro á las ansiosas miradas de toda la corte? Así se les quita aquel modesto recato que las retiene en el deber. ¿Temerá una doncella hallarse cara á cara con un hombre despues de haberse presentado con desfachatez delante de muchos? Los aplausos que los espectadores prodigan á la hermosura, al talento de esas jóvenes, les inspiran orgullo; yo mismo, yo que ejerzo un ministerio que combate todas las pasiones, no puedo eximirme de la vanidad de predicar delante de mi soberano; y ¿quereis que se preserven esas niñas de una vanidad tan natural? — Sin embargo, dijo madama de Maintenon, siempre se han autorizado esos ejercicios en los colegios. — Pero no se infiere de ahí, replicó el cura que sean igualmente lícitos en los colegios de señoritas. Los muchachos estan destinados á empleos que les obligarán á hablar en público; un letrado, un eclesiástico, un militar necesitan igualmente del ejercicio de la declamacion. Las mugeres están destinadas al recojimiento, y su virtud es ser tímidas, su gloria ser modestas. Y no hablo ahora del tiempo que absorben los papeles que hay que aprender de memoria, de las distracciones que ocasiona el encanto de los versos, del orgullo de los que representan, de la envidia de las que no tienen papel, de los modales afectados que toman en la escena y de que no se desprenden en la sociedad,— de mil cosas, en fin, contrarias á vuestro establecimiento. Réstame solo decir una palabra: todos los conventos tienen fijos los ojos en Saint-Cyr, y todos seguirán el ejemplo que este diere.

curaba intimidarle con el furor del pueblo. — « La fuerza armada, respondió M. Marduel, asciende en Paris á treinta mil hombres, y no se necesitaba tanta hace algun tiempo para conservar el orden público; pero esa numerosa tropa no ha podido comprimir siquiera á doscientos asesinos que penetraron en los Carmelitas, en San Fermin y en las cárceles. Trescientos hombres con la religion hicieron mas entre cincuenta mil salvages de la California que treinta mil soldados y la autoridad de la Asamblea Constituyente, los tribunales, la fuerza pública, en este Paris que es hoy el centro de la irreligion y del cisma. »

La única gloria que no ha adquirido el clero es la mas facil y la mas comun, la que no ha querido, la que le horroriza como la sangre, porque es la mas terrible para la humanidad; — la gloria militar [1].

Se cansarán de las piezas piadosas, y representarán piezas profanas: convidarán á esas funciones á gente lega, y en todas las casas religiosas, en vez de formar novicias, se formarán cómicas. — Convengo en todo eso, dijo madama de Maintenon, pero san Francisco de Sales es menos rígido que vos, pues permite á sus hijas que representen piezas de devocion — Es cierto, repuso M. Hebert, pero ese grande obispo no se las permite sino entre ellas, rara vez, y en el interior del monasterio. En la Visitacion, esas representaciones son un entretenimiento privado; en Saint-Cyr, son un espectáculo público. »

[1] Los caballeros de Malta, los del Toison de Oro, etc., etc., especie de sacerdotes de *segunda magestad*, hicieron en su tiempo y sazon, prodigios de valor y de constancia.

Considerados como moralistas, los eclesiásticos preceden y sobrepujan evidentemente á los legos, aun á los que han hecho á su imagen y á aquellos á quienes ellos inspiran; y los tratados *De la inmensa misericordia de Dios*, de Erasmo, *De la Constancia*, de Justo Lipsio; los mas escelentes escritos de Bernieres de Lonvigny ó de Benombes de Saint Geniés, y sobre todo los *Ensayos*, de Nicole, las *Máximas*, de La Rochefoucauld, y los *Carácteres*, de Labruyère, se eclipsan seguramente ante los mas simples estractos de la *Moral* de los Padres, los *Deberes del Justo*, de San Basilio; el *Menosprecio del mundo*, de San Eucherio, admirado por Erasmo; las *Meditaciones sobre la Vida de Jesucristo*, de San Buenaventura, admirado por Gerson, y para no citar otros mil, ante la *Imitacion de Jesucristo*, de Gersen; la *Guia de pecadores*, de Fr. Luis de Granada; la *Paciencia*, de Carranza; el *Combate espiritual*, de Escupoli; la *Perfeccion*, de Granada; la *Vida devota*, el *Amor de Dios*, y las *Cartas*, de San Francisco de Sales; el *Arte de bien morir*, de Belarmino; la *Eternidad desgraciada*, etc., de Drexelio; las *Elevaciones*, de Bossuet; los *Salmos*, del P. Berthier; y todas las *Obras morales*, de Dupont, de Saint Jure, de Surin, de Nouet, de Fenelon, de Boudon, de Liguori, del principe de Hohenlohe, del presbitero Carron [1], del baron de Geramb, etc.

[1] Bastarian, para hacer amar y respetar á este ilustre sacerdote,

Aun como publicistas, los eclesiásticos son los primeros en antigüedad y los reguladores. — Un solo capítulo de la *Suma* de Santo Tomas de Aquino contiene, sin repeticiones y en su debido lugar, lo mejor que hemos leido en todas nuestras *Políticas* antiguas y modernas. — Hállanse sus complementos, admirables bajo otros conceptos y para otros fines, en los *De Justitia et Jure*, de Domingo Soto, de Lesio, del cardenal Lugo y aun de Molina; — en el *Derecho divino y natural*, de Bocio; — en el *Derecho universal*, de Gregorio XIII; — en los *De legibus*, de Antonio Agustin, de Suarez, etc., y aun en las *Leyes* platónicas del presbítero Mably; — en las *Instituciones reales*, de Osorio, apellidado el *Ciceron portugués*, de Mariana, de Menoquio, de Senault, etc.; — en los *Deberes de los príncipes*, de Belarmino, etc.; — en las *Políticas cristianas ó sagradas* del Tostado, de Scribani, de Bossuet; — en el *Testamento político*, de Richelieu [1]: — obras todas tanto mas sensatas, tanto mas concluyentes, cuanto pueden compararse á los únicos escritos famosos de los legos filósofos, Grocio y Hobbes, Montesquieu y J.-J. Rousseau.

El Sacerdote, que domina en la ciencia moral y

los ingeniosos títulos de sus obras: el *Arte de hacer feliz á todo lo que nos rodea*; el *Camino de la felicidad*, el *Tratado de la mansedumbre*, la *Virtud adornada con todos sus encantos*, etc., etc.

[1] Y hasta en los *Proyectos de paz perpetua* y en las *Memorias* de economía política del célebre presbítero de Saint-Pierre, que admiraba J.-J. Rousseau hasta el punto de publicar su análisis.

política, domina tambien, y por consiguiente, en la ciencia judicial. Los Papas en general; — Navarro, tio de San Francisco Javier, maestro del gran Covarrubias; — Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona; — Gregorio XIII, autor de un *Tratado de los Tratados de derecho;* — Lessio; — Du Perron; — y en nuestros dias, el prelado romano Devoti, han fundado, perfeccionado ó reformado los *Derechos romano* y *consuetudinario*, y por rebote, los *Códigos civiles* modernos [1], en lo que tienen de bueno, por medio de la fundacion ó del perfeccionamiento del derecho canónico.

Y aun es notable que los magistrados ó jurisconsultos civiles mas hábiles, fueron antes ó despues de distinguirse como tales, sacerdotes y aun obispos; — Lanfranc é Ivo, su discípulo, en el claustro del Bec, á quienes Savigny, en su *Historia del Derecho*, considera como sus fundadores; — Guillermo Durand, admirado por Pablo de Castro, apellidado el *Padre* de la práctica; — Pablo de Castro, admirado por Cujas; — Lancelot, (famoso tambien bajo el nombre de *Polito* y de *Ambrosio Catarin*) dominico y arzobispo y que, treinta años despues de su retiro, asistiendo á una leccion de de-

[1] Al otro lado de los mares, parecia aun mayor la superioridad judicial del sacerdocio. En Méjico era un objeto de admiracion. Feliciano de la Vega, arzobispo, asesor del virrey de Lima, autor de un *Tratado* clásico *de la justicia*, etc., que espidió hasta cuatro mil sentencias sucesivas, todas confirmadas por la justicia suprema.

recho en Paris, en que creyeron refutarle, se vengó superior y públicamente á la salida del curso; — el cardenal Bertrand, á quien Dumoulin dedicaba sus libros antes de que fuese primer presidente, guarda-sellos y cardenal; — Rebuffe, profesor en todas las cátedras de Francia y mirado por Toullier « como uno de los maestros de la práctica; » — Covarrubias, el primer arzobispo nombrado de Santo Domingo, fundador de la Universidad de Salamanca, uno de los redactores del concilio de Trento, y considerado por el profundo jurisconsulto Menoquio, como el primer jurisconsulto de su siglo: *Primus inter juriconsultos ætatis;* — Viglio de Zuichem, célebre á la par como jurisconsulto clásico y como Presidente del consejo de Malinas; — Pablo de Foix, arzobispo de Tolosa, á quien Cujas dedicó sus *Paratitlas* [1], como *á su maestro;* — Mascardo, vicario mayor de San Carlos Borromeo, cuyo tratado *De las pruebas* ha sido analizado por Leibnitz; — el cardenal de Ossat, célebre profesor de derecho, etc., etc.

El clero ha precedido á todas las órdenes, su genio ha precedido á todos los genios aun en las materias que parecen mas agenas de su caracter; — en la codificacion por ejemplo. Uno de los hombres mas sabios (sucesivamente abogado ilustre y químico profundo), y de los menos sospechosos [2], (fué

[1] Llámanse así las esplicaciones breves de algunos títulos ó libros del digesto. — N. del T.

[2] Y hasta en la *forma* ó modo de actuar en los juicios civiles.

filósofo é individuo de la Convencion) Guyton de Morveau, lo ha reconocido en una *Carta á M****, *en la que se desenvuelve el plan anunciado en el discurso* sobre el estado actual de la Jurisprudencia, *para lograr hacerla sencilla, uniforme, universal y constante.* « Ese era ya en el IX° siglo, dice, el deseo de Abogardo : *Atque utinam placeret omnipotenti deo ut sub uno piissimo Rege, unâ omnes regerentur lege, ea ipsa adquam ipse vivit, et proximi ejus respondent! Valeret profect multum ad concordiam civium Dei et æquitatem populorum.*»

En los demas ramos científicos, siempre vemos las mismas superioridades eclesiásticas [1], casi esclusivas.

El fraile Marcullo ha publicado, sobre este punto entre otros, unas *fórmulas*, verdaderos *orígenes del derecho francés* que el sabio y elocuente Gerónimo Bignon comentaba en el el siglo XVII.

[1] Hay muchas de estas superioridades que pueden llamarse originales, y aun únicas y como prodigiosas, — tal era aquel antiguo jesuita, Guillermo Postel que podia materialmente dar la vuelta al mundo sin intérprete, — y el nuevo jesuita tambien, el santo P. Vrinpts de Amberes, quien sabe aun hoy la *Biblia* de memoria.

Tales tambien aquellos prodigiosos sostenedores de tesis *de omni scibili*, cuyos secretos maestros eran los *enciclopedistas* santo Tomás de Aquino, Vicente de Beauvais, Alberto-el-Grande y Raimundo Lulio, todos sacerdotes ó monjes : — los Scotos : — Fernando de Córdova, admirado desde su juventud sucesivamente en París en 1445, en Roma en 1469, y en fin en las universidades de España hasta su muerte que le sobrevino en la flor de su edad y en el colmo de su gloria, en 1480. Empezó siendo un heroe en las guerras contra los Moros, y pronto publicó unos *Comentarios* sobre la *Biblia* y sobre el *Almageste* astronómico, y un *de jure pontificii;*

Los eruditos por escelencia, bajo diferentes conceptos:

San Clemente de Alejandria, á quien San Gerónimo llama *Patrum eruditissimus;* — Eusebio, á quien los siglos han apellidado *el Sabio;* — Focio, cuya *Biblioteca*, es un inagotable Tesoro Sagrado y profano; — el Tostado, á quien llamaba *una Maravilla del mundo* nuestro Belarmino, que era otra; — Holstenio, bibliotecario del Vaticano; — Petau, restaurador de la *Razon de los tiempos* ó *Cronologia;* — Luis de Cresolles, á quien Fleury llama el mas sabio despues de Petau; — Sirmond, Labbe, Cossard y aun Hardouin; — Mabillon, el mas grande maestro de la *Diplomacia* de la edad media; — Moreri, arsenal de los *Diccionarios históricos;* — Tomasino, el sabio del Oratorio; — los hermanos Vallembourg; — Huet, corresponsal de toda la cristiandad, en su humilde retiro de Paris;

tan hábil en la *esgrima* y en las artes como en la *palabra*, publicó un tratado *De artificio omni scibili;* — Francisco de Macedo, ilustre franciscano de Coimbra, en el siglo XVII, — y entre nosotros en el siglo XVIII, el presbítero Bossignol, que admiraba á su admirable orden la víspera de la revolucion de 1789, y cuya *Teoria de las sensaciones*, que escribió contra Condillac en 1777, es un dechado de claridad filosófica. Su *Aritmética* de 1784 reemplaza todavía á la de Bezout en los mejores colegios.

Tales en fin aquellos poetas improvisadores que solo produce la Italia sacerdotal, suelo fecundo como su ingenio (jamás se vió ni uno en Londres, en Berlin ó en Ginebra); y últimamente el abate Lorenzi, de Verona, cuyo asombro era á poco menos de cien años.

— Lelong, *Biblioteca* ambulante; — Bannier, precursor de Guerin du Rocher; — el presbítero Luis de Orleans, hijo del Regente, profundo orientalista; — Pluche, historiador de la *Naturaleza del Cielo;* — Montargon, autor del sabio Diccionario apostólico; — Buller, apologista segun los tiempos primitivos; — el P. Berthier, el adversario constante y victorioso de todos los *Enciclopedistas*, enconados contra él solo; — Calmet, el arsenal de toda nuestra ciencia bíblica moderna; — Bergier, sin el cual no creyeron los mismos *Enciclopedistas* poder emprender la *Teología* de su obra; — Muratori, de quien se decia que tenia «toda la Italia en su cabeza;» — el cardenal Gerdil, el enciclopedista católico de aquella patria de la ciencia; — Guerin du Rocher, Bonnaud, etc., esplicadores admirables de los *Tiempos fabulosos;* — el lazarista Brunet, cuyo *Paralelo de las religiones* es un verdadero monumento de profunda sabiduría; — Guénée, vencedor de Voltaire; — el presbítero Grou, el primero y el único verdadero traductor de *Platon;* — Brottier, el comentador de *Plinio* el naturalista; — Barthelemy, el autor del *Viage de Anacarsis;* — el abate Andrés, pintor tan exacto *del Origen y de los progresos de la literatura* universal; — el P. Mamachi, el de los *Orígenes cristianos*, etc.; — el abate Winkelmann, que nada ha dejado que decir sobre didáctica y la historia del arte y de todas las artes; — y aun en nuestros dias, los sabios Grosier, Halma, De Bovet, antiguo arzobispo de Tolosa, Lin-

gard, Angelo Mai, actual bibliotecario del Vaticano, etc.

Si se considerasen las órdenes como individuos, ¿qué serian todas las academias comparadas con la sola orden de los benedictinos? ó solo con los *Bolandistas* jesuitas, los dominicos Ricardo, etc., del *Diccionario universal*, y el *Arte de verificar las fechas*, de los benedictinos degenerados?

En las ciencias históricas y literarias, menos importantes, los eclesiasticos tienen tambien nombres y títulos incomparablemente superiores á los de todos los demas hombres.

Tales son aquellos padres y aquellos doctores de la Iglesia, padres y doctores en letras á mayor abundamiento[1].

Tales son tambien aquellos numerosos orientalistas, cuyo teatro son la Italia y Roma sobre todo, especialmente la biblioteca del Vaticano, que hacen marchar de frente y reducen á la unidad hebráica todas las lenguas antiguas y modernas, y los laboriosos y atrevidos arqueólogos, para quienes todas las páginas, todas las inscripciones, y hasta las meras iniciales, son otros tantos libros, y para quienes *las piedras hablan*.

Tales son, en efecto, entre los primeros, Orígenes

[1] Este magnífico e inagotable argumento ha sido tratado en nuestros dias por M. Villemain y M. Gollombet de Leon; por este último en un escelente ensayo sobre la *Historia de las letras en el siglo cuarto*.

y san Gerónimo, y doce siglos despues, los cuatro *Poliglotistas* del cardenal Jimenez de Cisneros; — Justiniani, obispo de Córcega, cuya Biblia en cinco lenguas apreciaba tanto Huet; — Arias Montano; — Lucas de Brujas; — Plantavit de la Panse, obispo de Rhodez; — Morin; — Equellensis, maestro de Le Jay; — Lequien (*Oriens christianus*, etc.); — Renaudot; — y sobre todo aquellos Romanos del Vaticano ó del colegio de la Sabiduria: Ambrogio, de Nobilis, Allacci, el cardenal Quirini, los cuatro Assemani, Lucchi, Simon de Magistris, Fabricy; — y, en nuestros dias, los dos Rossi, Morcelli, Hager; los padres Secchi, Ungarelli, Peyron; el cardenal Justiniani; los abates Molza, Lanci, etc.

Tales son los chinos propiamente tales: los padres Ricci, de Rodas, de Schall; Tartini; Brancato (al mismo tiempo que componia una multitud de opúsculos en chino edificó hasta cien iglesias en China en treinta y dos años); — y, aun en el siglo XVIII, los padres Lecomte, Gaubil, de Nobilis, cuyo *Ezour Vedam* admiraba el ignorante Voltaire como obra de un Indio; los hermanos Fourmont, el presbitero Sevin, etc.

Tales son los grandes helenistas y latinos, traductores clásicos de todas las épocas, y, antes que todos los demas, los editores de los padres: — Canisio, Fronton du Duc, Cotelier, Amyot; — Lefevre d'Etaples (*Aristóteles* y la *Biblia*); — Sirmond (*Código Teodosiano*, *Capitulares*, etc.); — los jesuitas (clásicos *Expurgatæ*, etc.); — Larue, Lacerda,

Delille (*Virgilio*);—Miguel Le Tellier (*Quinto Curcio*); — Massieu (*Pindaro*, etc.); — Gedoyn (*Quintiliano*); — Mongault, Collin, Prevost, d'Olivet (*Ciceron*); — Terrasson (*Diodoro*); — de La Bletterie, d'Otteville (*Tácito*, etc.); — Brumoy (*Teatro griego*); — Brottier, apellidado el *último de los Romanos*, (*Plinio*, etc.); — Ricardo (*Plutarco*); — Grou (*Platon*), el *último de los griegos;* — los romanos Cesarotti, gran poeta de *Homero;* — Pagnini, habil reproductor de todos los líricos antiguos; — — Rossini, de Nápoles, (*Método griego*, etc.); — y, en fin, nuestros presbíteros Jager, traductor de *Demóstenes*, etc.; — Bondil, habil *Introductor á la lengua latina, por medio de sus raices.*

Tales son los grandes arqueólogos, grandes intérpretes de las inscripciones y de los geroglificos egipcios, mejicanos, etc., discípulos ó émulos de todos nuestros Montfaucon : — Requeno, los hermanos Mohedano y los hermanos Andrés, de España; — el abate Winckelmann; — y sobre todo los romanos Lanzi, Marini, Tannoni, Angelo Mai, Rosellini, Mezzofanti[1], etc., los maestros de nuestros Champollion, y aun de sus Visconti.

La historia toda entera, eclesiástica y aun civil, la historia universal, en fin, se debe á los eclesiásticos casi esclusivamente. El primer historiador en antigüedad, en puntualidad, y aun en elocucion, el

[1] Lord Byron que le trataba, le admiró y le llamaba, una *poliglota ambulante*. Es prodigioso el número de lenguas que sabe : se asegura que llegan á cuarenta.

cimiento de todos los demas, es el célebre Eusebio, obispo de Cesarea, apellidado el *Varron cristiano;* — los otros, sus continuadores ó sus reformadores: — Theodoreto, obispo de Ancira; — san Gregorio, obispo de Tours; — san Sulpicio Severo, de Tolosa, apellidado el *Salustio cristiano.* — Algunos años despues: — Beda, *historiador de los Ingleses*, en uno de los confines del occidente; y, en el otro, Pablo, titulado el *Diácono* de Aquilea, secretario de Didier, último rey de este pais, elegante *historiador de los Lombardos*; — y Syncelle, asistente del patriarca de Constantinopla, el primero que dió á conocer el Oriente, y sobre todo el Egipto. — En el siglo XI, el ilustre fraile Nestor, el padre de la *historia del Norte;* — en el siglo XII, el sabio y veracísimo Guillermo de Tiro, donde era arzobispo, *historiador de las Cruzadas;* — Mateo Paris, benedictino de Inglaterra, *historiador general.* — Luego, andando los siglos, no nos parece que se perfecciona la historia sino porque la conocemos mas, y siempre son los sacerdotes á quienes debemos las mejores, y aun las mas célebres crónicas; — san Antonio, arzobispo de Florencia; — el cardenal Baronio; — los padres Pagy y Sirmond; — el sabio Fleury, y aun Tillemont, tan respetados en Francia; — Jeremias Collier, en Inglaterra; — Noel Alejandro; — el cardenal Orsi; — los padres Longueval, Brumoy y Berthier, y últimamente los presbíteros Berault, Berscastel y Vidal, *historiadores de la Iglesia* universal, ó de las particulares.

Todavia son mas estimados, como escritores y como veridicos, y aun son clásicos por su elocuencia, Zurita, apellidado el *Maquiavelo de España;* Mariana, etc., *historiadores de la Peninsula;* — el cardenal Bembo, *de Venecia;* — el P. Strada, el cardenal Bentivoglio, *de los Paises-Bajos*, etc.: — el P. Maffei, *de las Indias*; — el P. Charlevoix, *del Japon;* — d'Orléans, *de España y de Inglaterra;* — Giannettasio, *de Nápoles;* — Dubos, Luis, Legendre, Daniel y Velly, *de Francia;* — el doctor Lingard, *de Inglaterra.*

Y los mejores historiadores profanos generales: — el abate de Vertot; — el P. Duchesne, digno de ser mas conocido, y que mereció ser llamado á la corte de España como preceptor del príncipe de Asturias; — Anquetil; — y aun Godeau, Pablo Jove, Brantome, d'Avrigny, el P. Berruyer, el buen Rollin, que fué *abate;* — y enfin, y sobre todo, Bossuet, el autor y, casi podriamos decir, el cantor de la *Historia universal* en un simple discurso, con el cual el mismo Voltaire no hallaba nada comparable en la antigüedad.

Pero hay una especie de historia, sino la única, á lo menos la mas verdadera, la mas util y la mas interesante, la que coge á *un* hombre célebre desde su nacimiento, para no dejarle hasta su muerte: — hablamos de la *Biografía*, y en este género es precisamente en el que la Iglesia no tiene igual. Testigos, entre mil, y siguiendo el orden de importancia: la *Historia de Jesucristo*, del P. de Ligny: —

la *Vida de los santos*, de Godescart; — la *Virgen*, del presbítero Orsini; — los *Panegíricos de los santos*, por los santos: Atanasio, Basilio, Ambrosio, Crisóstomo, y aun Agustin, cuyas *Confesiones*, aun consideradas únicamente bajo el aspecto de la elocucion, son una obra maestra; — las *Oraciones fúnebres* de Bossuet, Bourdaloue, Fléchier, etc.; — las *Conversiones*, de Nagot, etc.; — las *Vidas* de los mas grandes hombres, por Leon de San-Juan, Hilarion de Coste, Helyot, y últimamente Marsollier, Collet, Touron, el presbítero Carron, y Proyart.

Y sobre todo, tal vez, el *San Francisco Javier*, de varios jesuitas; el *Gran maestre d'Aubusson*, el *Francisco de Sales* y el *Conde Luis*, su hermano, por Bouhours; — el *Saúl*, del cardenal Gerdil; — el *San Fernando*, de Ligny; — el *Carlomagno*, de Eghinard; — el *Luis el Gordo*, de Suger; — el *Carlos VII*, de Juvenal de los Ursinos, uno de los vengadores de la memoria de Juana de Arc; — el *Luis XIV*, de Griffet; — el *Enrique IV*, de Perefixe; — el *Turenne*, de Raguenet; etc.; — las *Memorias* de Richelieu; — las *Vidas*, de Fenelon; — los *Bossuet* y *Fenelon*, del cardenal de Bausset, á quien la misma Academia ha proclamado el *primer historiador del siglo XIX*.

Los eclesiásticos han fundado y perfeccionado las lenguas griega, latina, francesa, etc., como todo lo demas: — San Atanasio, á quien solo tenemos por lógico ó grande hombre, escribió con un arte y una pureza, que eran el perpetuo encanto de Erasmo, que

lo entendia. — San Gregorio Nazianceno era juntamente tan exacto y tan delicado en su prosa, que el mismo Erasmo *no osaba*, decia, *traducirle*. — Los mas puros latinos, los que mejor comprendieron y renovaron la lengua de Ciceron ó de Tito Livio son, entre otros muchos eclesiásticos: el cardenal Sirlet, que pareció digno de corregir, él solo, la incorregible *Vulgata;* — el cardenal Castellesi, autor del magnífico *de Sermone atino*, que Gerónimo Ferri recordó á d'Alembert, que le negaba la posibilidad del latin de Augusto; — y luego Maffei y Estrada, en sus *historias* clásicas *de las Indias* y *de los Paises Bajos;* — en el siglo XVIII, el P. Jouvency; — en el siglo XIX, como en todos los otros, los redactores de las constituciones y de las cartas latinas, en el Vaticano, de los breves, etc.

La lengua francesa, que es en el dia la principal entre las lenguas vivas, se lo debe todo al clero, sus principios, sus progresos y sus dechados; baste recordar, en comprobacion, los nombres de Alan Chartier, *el padre de la elocuencia*; — Amyot; — Coeffeteau; — el cardenal de Retz, Mallebranche; — Bossuet y Fenelon; — Flechier y Massillon; — Barthelemy y Vertot; — el abate Maury, etc.

Los primeros y los mas célebres gramáticos son tambien eclesiásticos; — el P. Fischet, autor de la primera *Retórica* clásica, y fundador de la primera imprenta de Paris; Alvarez, autor de la primera *Gramática latina;* — Riccioli, de la primera *Prosodia:* — Bath, del primer *Janua linguarum*; — el

cardenal Palavicino, del primer tratado *del Estilo*; —el abate Arnauld, *gramático* famoso; — los jesuitas del *Diccionario de Trevoux*; — Condillac, Batteux; — Ménage, fundador de la *Academia* francesa; — Rollin, restaurador de la *Universidad*, etc.

Los críticos mas célebres del siglo de Luis XIV se reunian en casa del abate Bignon, para fundar y redactar el *Diario de los sabios* y el *Mercurio*. Los del siglo XVIII son seguramente el P. Berthier, maestro de Freron, y aun el presbítero Desfontaines[1]; los del siglo XIX, Geoffroy y de Feletz.

Los principales poetas latinos, italianos, españoles, franceses, etc., tienen todos tambien el caracter eclesiástico; — el primero del Renacimiento[2], Do-

[1] Los verdaderos críticos y acaso los mas influyentes, el diarismo todo entero, se hallaban en una escuela religiosa, y se ha oido á un escritor y á un orador famoso, decir, con aplausos, en pleno Instituto, en 1807: «En París, el gran colegio de los jesuitas era un punto central que atraia la atencion de los mejores escritores y de las personas ilustres de todas clases: era una especie de tribunal permanente de literatura, que Piron llamaba la *Cámara ardiente de las reputaciones literarias*, siempre temida por los literatos, como el foco de la opinion pública en la capital.»

Por la misma época habia en España un hombre á quien los mismos Italianos tienen por el crítico mas grande y el único clásico del siglo, el célebre P. Feijoo Montenegro.

[2] Sus maestros, todos eclesiásticos, cuyas obras, demasiado poco conocidas, son con frecuencia sublimes, fueron sucesivamente: *Sedulio*, en el siglo V (*Pascale carmen*): — Venanciano (*Vexilla regis*): — Adhemar, obispo del Puy (*Salve regina*): — y aun Teodulfo, obispo de Orleans, amigo de Carlomagno, que le eligió por

nizon, monje de Canosa, cuyo inmortal poema de la inmortal *Condesa Matilde* ha merecido editores como Leibnitz y Muratori; — los cardenales Bembo, Sadolet, de Polignac;—el obispo Vida, á quien Pope llama *inmortal*, etc.

Entre los mas grandes poetas italianos figuran, iguales ó superiores al Dante y á Petrarca, que se hizo franciscano en sus últimos años; Castiglioni, el cardenal Bembo, Annibal Caro, etc.; — Metastasio, Bondi, cuya traduccion de la *Eneida* es superior á la de Delille, etc.[1]

En España y en Portugal, donde el caracter es tan grave y enérgico cuanto es ligero en Italia, los mas grandes poetas son sacerdotes: — Lope de Vega, el *Homero de España*; — Calderon, su *Shakespeare*; — los demas maestros de la escena, Moreto, Tirso de Molina, Solis; — y aun, en nuestros dias, los presbíteros Macedo y Manoel[2].

testigo de su testamento, y que, luego perseguido, componia en la carcel el *himno* del domingo de Ramos: *Gloria, laus et honor*.

[1] El célebre Granelli, de Génova, es el autor de las tres mejores tragedias italianas sin papeles de muger; en seguida dejó el teatro por el púlpito antes de los treinta años, en mitad del siglo XVIII.

[2] Los mas grandes poetas, ingleses ó alemanes, no pudiendo ser sacerdotes, son por lo menos católicos: Shakespeare, Dryden, Waller, Pope, y, en nuestros dias, T. Moore; — ó profundamente religiosos, como Milton, Addisson, autor de un *Tratado de la religion*. — Los otros han sido curas anglicanos, como Hervey, Young, Sterne, Graham, Godwin, ó bien han cantado al *cura de aldea* ó al culto, como Grey, etc., y lord Byron, etc.: — Gellert, Haller, Gesner, Herder, Klopstock, Schiller, Wieland, Goëthe, etc.: —

En Francia, en fin, los fundadores de la poesia, que el clero tiene tantas razones para desdeñar, son : — el abate Ronsard ; — Desportes ; — Ponthus de Thiard ; — Juan Berthaud, Lemoine, Scarron ; — Gresset ; — Brueys y Palaprat ; — el jóven Bernis, y el desgraciado Venance, el *Anacreonte moderno;* — Grainville, autor del hermoso poema del *Ultimo hombre,* admirado por Nodier ; — los abates Aubert y Delille, etc.

Y no hay que olvidar que todos estos felices ingenios hicieron enfin á la religion esclusivamente, el sacrificio que habian hecho al mundo en su juventud, ó en un momento de olvido. — Ronsard, entre otros, compuso un *Discurso sobre las miserias de la época*, contra los calvinistas, quienes encargaron su refutacion á su famoso ministro Chaudieu. — Berthaud contribuyó á la conversion de Enrique IV, que le nombró para el obispado de Seez, que gobernó con inaudito celo. — Ponthus de Thiard mereció el obispado de Chalons. — El ligero Bernis llegó á ser un ilustre cardenal. — Todos los demas, y sobre todo Gresset y Brueys, consagraron sus últimos acentos á objetos sagrados, y murieron santa-

el baron de Holberg, fundador del teatro y de la literatura dinamarqueses, que empezó siendo predicador : — y en fin Werner, que, de gran poeta trágico, pasó á ser predicador católico de primer orden.

Los poetas mas célebres de Polonia son : el P. Sarbiewski, justamente llamado el *Horacio polaco* ; y en nuestros dias, Krasicki, arzobispo, apellidado el *príncipe de los poetas*, etc.

mente. — El P. Venance, mas feliz todavía, expió en el patíbulo un ingenio de primer orden mal aplicado.

Y hasta los novelistas mas populares son eclesiásticos : — Fenelon, — el abate Prevost, — el P. Isla, el *Cervantes del siglo XVIII;* — y en nuestros dias el canónigo Schmid, cuyas *Cruces de madera* están entre las manos de todos los niños bien nacidos de la cristiandad.

Enfin, preciso es que sea muy evidente la verdad de la superioridad literaria y oratoria del clero, para que la reconozcan en estos términos los dos gefes de la filosofía y de la literatura del siglo XVIII : — « Seanos lícito recordar aquí, dice d'Alembert, para dar la última pincelada al *Elogio* de Massillon. que el mas célebre escritor de nuestros dias, M. de Voltaire, tiene en tanta estima los sermones de este grande orador que son una de sus lecturas predilectas : que Massillon es para él el modelo de los prosadores, y que siempre tiene sobre la misma mesa el *Petit Carême* al lado de *Atalia.* »

Las mismas ciencias *exactas* y las *bellas* artes, las matemáticas, la astronomía, la química, la física, la navegacion, la geografía, y hasta la arquitectura, la pintura y la música, que tienen tantas influencias agradables y útiles, edificantes y aun saludables sobre la humanidad y la sociedad, deben sus mas felices descubrimientos, y hasta sus prodigios, al sacerdocio.

La primera *aritmética* decimal pertenece, segun

la opinion del astrónomo Bailly, y en nuestros dias segun la de M. Casles, al monje Gerbert, que llegó á ser Papa: — la teoria de los *cuadrados mágicos*, en la que Frenicle de Bessy halló el secreto de la ciencia de las *partes alicuotas*, y acaso su *Aritmética sin algebra*, fué descubierta por Moscópulo, monje griego del siglo XV; — el *algebra*, que ha puesto lo infinito como lo finito á disposicion del cálculo, fué inventado por Lucas de Borgo, fraile mendicante, autor de una *proporcion divina;* — los *invisibles* ó *infinitamente pequeños*, por el P. Cavalieri, jesuita; — las mayores aproximaciones á la *cuadratura* ó medida *del circulo*, y casi todo el sistema de Newton, se deben á Gregorio de Saint-Vincent, y aun, segun Montucla, á los PP. La Faille, Guldin, Leotaud, etc.; — el *calendario gregoriano*, sin el cual la misma historia no seria posible, al P. Clavio, de la misma compañia. — En nuestros dias, el *sistema métrico*, fundado sobre la medida de la tierra, ha tenido por inventores *en este órden* (segun las *Nociones elementales sobre las nuevas medidas*, publicadas por orden y en la *imprenta de la república*, en el año IV) : á *Lavoisier*, al *abate Hauy*, á *Monge* y *Borda;* — y ascendiendo cuatro siglos, á Regiomontano, arzobispo de Ratisbona [1].

[1] Aun los tan ingeniosos *logaritmos* han sido descubiertos, con el compas de proporcion, etc., por Gunter, sacerdote é hijo de un sacerdote anglicano, ó por Neper de Marcheston, autor de una *Esplicacion del Apocalipsi*, como Newton.

Las matemáticas trascendentales en general, y todas las partes de la naturaleza, han sido superiormente cultivadas, en todas las épocas, por: — el cardenal de Lusa, inventor de la *cicloide*, antes que Marsene y Galileo (segun la opinion de Wallis);— el obispo de Aira, principe de Foix, proclamado por de Thou *el primer matemático* del siglo XVI; — los admirables PP. Jesuitas, Fischet, Gaspard, Scott, Riccioli, de Chales, de Lana, Fabri, Pardies, Casati, Fresa, Castel, André, Boscowich, Rossignol, Mako (apellidado el *Leibnitz hungaro*), Zallinger, Léonardo, Jimenez, etc., etc.

Existe, en matemáticas, una maravilla mas grande, si es posible, cual es el genio de un joven jesuita, de Génova, á quien nuestro famoso Lalande fué á admirar en su *Viage á Italia*: — « El P. Saccheri era célebre en su pais; era, dice, un habil matemático, y al mismo tiempo teólogo y predicador. Se cuentan de él cosas prodigiosas; dicen que le bastaba haber leido un libro una sola vez para retenerle todo entero de memoria. Jugaba al ajedrez sin mirar el juego; en una partida que iba ya muy adelantada, mandó hacer un movimiento, y como le dijeron que no podia ejecutarse á causa de la disposicion de las piezas, recordó todas las jugadas que se habian hecho desde el principio y probó que su movimiento estaba bien combinado. El P. Saccheri hacia otras habilidades verdaderamente divinas. Disponia tres juegos de ajedrez á la vez y daba al mismo tiempo jaque mate á sus tres ad-

versarios. En un problema algebráico, bastábale, sin ver el papel en que se resolvia, indicar los números progresivos, para hallar la *incógnita*. Y enfin, para coronar tantos milagros con otro mayor, el P. Saccheri era, á los nueve años, matemático estraordinario, cuando Pascal no lo era ni aun á los catorce. »

¿Qué no debe al sacerdote la astronomia? Puede decirse que él solo ha hecho *contar á los cielos la gloria de su autor*. Los verdaderos inventores del *sistema del mundo*[1], son sucesivamente Regiomontano (Juan Muller), arzobispo de Ratisbona, amigo del cardenal Besarion y de Sixto IV, que le llamó, con el P. Clavio, para la reforma del calendario;— el cardenal de Lusa, legado en el concilio de Trento; — Copérnico, canónigo de Varmia, en Polonia. (Keplero, su continuador, publicó hasta seis escritos sobre *Jesucristo*, y un poema latino sobre la *Presencia de Jesucristo en todas partes*.)

Sin menoscabo pueden citarse, despues de estos, los nombres y los trabajos astronómicos de los PP.

[1] Y aun el sacerdote irlandés Virgilio, que fué nombrado obispo de Salsburgo despues de haber sido acusado de herejía por su opinion de los *Antípodas*, etc., que ya en el primer siglo se halla emitida por el papa Clemente de Roma (*Epístola á los Corintios*, cap. 20), y en el IV por S. Hilario de Poitiers (*In Psalm.* 11).

El venerable Beda descubrió el equinoxio : — « El ciclo mas perfecto de los cristianos, dice Libri, se debe á un santo egipcio (*Bedæ opera*, tom. I, col. 194). Otro, mas admirable, segun las *Tablas* de Delambre, el ciclo de mil cuarenta años, es hasta tal punto sacerdotal, que Cheseaux le llamó el *ciclo de Daniel*.

Riccioli, Mayer, Boscowich, Hell, Piazzi, inventor del planeta Ceres, el primer dia del año primero del siglo XIX; — los abates Picard, Manfredi, etc., y en nuestros dias, Cesaris y Oriani, senadores y directores de la Academia de ciencias de Milan; y los sacerdotes ingleses, Hamsteed, Bradley, etc.

El sacerdote ó el religioso ha tomado la iniciatura hasta en los viages y los descubrimientos terrestres ó maritimos. El segundo *Viage á Tartaria*, cuya relacion se conserva, reimpresa en 1735, en 4º, de que ha sacado la cristiandad verdaderos conocimientos y beneficios politicos y mercantiles positivos, fué hecho por Rubruquis, franciscano brabanzon, bajo la proteccion de San Luis. — El primero, que asciende al año 1240, es de Juan du Plan de Carpin, otro franciscano, enviado por el Papa Inocencio IV. — Un tercer franciscano, fray Oderico de Fruli, hizo, en el año siguiente, á Tartaria, al Indostan y á la China, un *Viage* cuya lectura admira aun en el dia. — Cuando á principios del siglo XV, por la gracia de Dios, ó, si se quiere, de la brújula (de la que parece que se hizo uso por primera vez para las *cruzadas*), la cristiandad (y no el islamismo), estuvo en posesion de los mares, el camino real de las naciones, el pais mas católico, mas monástico de Europa, el Portugal *fidelisimo*, fué precisamente el que tomó la delantera á todos los demas. — Una especie de sacerdote rey, que habia hecho voto de celibato, etc., Don Enrique, era el que desde su magnífico observatorio, llamado

Cap Sacrum y *San Vicente*, premeditaba y despachaba sus navegantes, correos de nueva especie, verdaderos misioneros apostólicos, con estas palabras que ha conservado la historia : « ¡Qué gloria la vuestra si quebrantais las cadenas de la idolatria! Dios me es testigo de que os la envidio.» — El mismo Cristobal Colon, que no era mas que fiel, y hasta el punto de tener una confianza ilimitada en el rey del cielo y la *Virgen de los mares* (dió el nombre del *Salvador* á su primer descubrimiento, y el de la *Trinidad* al segundo, y decia en su inmortal *Carta al rey* : « ¡O bienaventurada Virgen!... Vos fuisteis, ¡oh poderoso Dios, quien me inspiró y me condujo al Nuevo Mundo!... Y vosotros, Angeles del cielo, que conoceis mi inocencia !...) » — Cristobal Colon tuvo un hijo sacerdote, que fué su primer *historiador*. — Américo Vespucio, piadoso como Colon, (escribia á Lorenzo de Médicis : — «*Honra, gloria, gratitud á Dios solo*, » y dice en su viage : « Esta region parece inmensa, *como la anuncia* el divino Juan en el Apocalipsis, » fué educado por un tio suyo, Antonio Vespucio, canónigo de S. Marcos, en Venecia. — Magallanes iba acompañado de Juan de Cartagena, su primo, obispo de Burgos, y de Antonio Pigafetta, caballero de Jerusalen, y fué continuado por Carvajal, obispo de Placencia [1]. —

[1] Es notable que el último descendiente de este atrevido navegante, Juan Jacinto de Magallanes, físico habil, que murió en Londres en 1790, era religioso Agustino : ¡tanto es cierto que todo acaba, como todo empieza por el sacerdocio!

Fernando de Luca, compañero de Pizarro en la conquista del Perú, llegó á ser *obispo* en el pais que descubrió siendo *presbitero;* — y el tercer compañero de la espedicion, Vicente de Valverde, verdadero obispo y misionero, predicaba con una biblia en la mano, á presencia del rey Atabaliba, antes de dejar dar una batalla... La escena, cual se cuenta en la *Historia de la Conquista* del pais, es sublime.

Los últimos descubrimientos importantes no tienen otro instrumento que los precedentes. Al P. Marquette, jesuita, y á un recoleto de Quebec, prisionero entre los Illineses, de quienes se hizo amar como médico, debe la Francia su querida y malograda Luisiana.

En la misma época fué teatro el mundo de un suceso aun mas estraordinario : la historia no le menciona, pero Fenelon le ha inmortalizado. Un humilde sacerdote de Tours, á quien sus virtudes y sus trabajos habian elevado al cargo de misionero apostólico en el Tong King, y de obispo de Heliópolis, Francisco de la Pallu, del cual se publicó en 1688, póstuma, una *Relacion de las misiones en la India*; volviendo á China, impelido por los vientos á las islas Filipinas, y enviado por los Españoles á Europa, dió el primero la vuelta al mundo por el Oriente [1].

[1] He aquí la hermosa página que le consagró Fenelon : « Ya un santo pontífice, siguiendo las huellas de Francisco Javier, bendijo esta tierra (la China) con sus últimos suspiros. Todos hemos visto

Una vez descubierta la América, y mas espedita la entrada en las Indias y en la China, merced á una mejor inteligencia entre las naciones, debida tambien á la religion, los misioneros, los religiosos, y sobre todo los jesuitas, son los primeros y casi los únicos en medir, reconocer y describir el terreno, á punto de instruir y de pasmar aun á los mismos naturales de los paises que visitaban. —Ya en el siglo XVI, el P. Possevin de Mantua hacia conocer la Rusia á lo restante de la Europa; — en el XVII, viajan: —Sicard, por *Egipto, Siria*, etc.; — Bredevent, por *Etiopia;* — Basin, por *Persia*. donde

á aquel hombre sencillo y magnánimo, que volvia tranquilamente de dar la vuelta entera al globo terraqueo; todos hemos visto aquella vejez prematura y tan interesante, aquel cuerpo venerable, agoviado, no bajo el peso de los años, sino bajo el de sus penitencias y sus trabajos; y parecia decirnos á todos nosotros entre quienes pasaba su vida, á todos nosotros que no podiamos hartarnos de verle, de bendecirle, de probar la uncion y de sentir el buen olor de Jesucristo que estaba en él: parecia decirnos: miradme ahora; sé que ya no volvereis á ver mi rostro. Lo hemos visto cuando volvia de medir la tierra entera, pero su corazon, mas grande que el mundo, estaba aun en aquellas regiones tan remotas. El espíritu le llamaba á la China; y el Evangelio, que debia á aquel vasto imperio, era como un fuego devorante en el fondo de sus entrañas, que ya no podia contener.

« Id, pues, santo anciano, cruzad de nuevo el Oceano asombrado y sumiso; id en nombre de Dios. Vereis la tierra prometida y os será dado entrar en ella porque habeis esperado contra la esperanza misma. La tempestad que debia causar el naufragio os arrojará á la deseada orilla: por espacio de ocho meses, vuestra voz moribunda hará resonar en las playas de la China el nombre de Jesucristo. ¡Oh muerte precipitada!... »

llega á ser primer médico del rey; — Tachard, por *Siam;* — Gerbillon, por *Tartaria*, donde llega á ser preceptor del emperador; — Visdelou, en *Pondichery*, etc.; — Bouvet, corresponsal de Leibnitz, que le tradujo; — Du Halde, Charlevoix, Labat, etc., por *China*, el *Japon*, *América*, etc.; — los autores de las sabias *Cartas edificantes* tan felizmente continuadas por las *Anales de la propagacion de la fe*, etc., etc.

Los intrépidos y sabios viageros y geómetras que fueron á los dos confines del globo para obtener su medida, fueron sacerdotes ó fieles: — La Caille, — Bouguer, Maupertuis, que quiso ser enterrado en un convento de religiosos; — y el presbítero Outhier, á quien aquel llamaba *su maestro* y *su angel de la guarda*. — Enfin el presbítero Chappe, que el primero, á costa de su vida, fué hasta la California, á fin de ver á Venus pasar sobre el sol, y cuyo viage á Siberia ha sido tan util á la ciencia.

La geografía y la cosmografía, propiamente tales, no tienen por maestros mas que á eclesiásticos: — Fray Mauro, Camaldulense, en el siglo XIV; — Nicolas Donis, benedictino aleman; — Juan Eldar, sacerdote escoces; — Andres Thevet, franciscano, capellan limosnero de Catalina de Médicis, en los siglos XV y XVI, — Pedro Bertius, Flamenco, ministro protestante, que abjuró entre las manos del cardenal de Retz; — y luego Vialard, obispo de Avranches, cuya *Geografía sagrada* es clásica; — Coronelli, general de los Mínimos en Venecia; —

el P. Feuillée, viagero y astrónomo á quien Luis XIV hizo construir un observatorio en Marsella; — el abate Pluche; — el P. Mañan[1], etc.

Los eclesiásticos han sondeado la naturaleza en general, y muchas veces como por via de descanso y pasatiempo, con una sagacidad, una perseverancia y un éxito prodigiosos, en todas las épocas y en todos los paises, especialmente en aquellos en que domina el catolicismo, como en Italia, en Francia y aun en España, naturalmente desdeñosa de esta materia. Y para no citar mas que los mas célebres: — el P. Barrelier, dominico, cuyo *Hortus mundi* ha merecido ser traducido por el mas grande de los Lineos, que no ha publicado ninguna otra obra; — el P. Plumier, minimo de Marsella; — el eclesiástico sueco, Olao Celsio, maestro de Lineo, quien le llama el *fundador de la historia natural;* — Needham, rector en Bruselas; — el P. de la Force, en Roma; — los Fontana, de Pini, etc., en Milan; — Vassali, en Turin, — el abate Cavanilles, el *Lineo de España;* — el presbitero Rozier, restaurador de la *agricultura* en Francia; — y aquel humilde Don Gentil, prior de la abadía de Fontenay, cerca de Amberes, cuyos escritos estudiaba Buffon[2].

[1] En España, dice Delambre en su *Informe* á Bonaparte, es donde mas progresos ha hecho la geografía desde 1789, y sobre todo antes. El último á quien celebra en dicho *Informe* es al religioso don Vicente Tosino, que acompañó á Borda á las Canarias.

[2] El menor de todos es el que Parmentier fué á desenterrar y admirar al Havre, y á quien celebra en estos términos M. Cadet de

También era sacerdote y discípulo de los jesuitas, aquel á quien la Europa admiraba á fines del siglo XVIII, á quien los calvinistas Tramblay, Sennebier, Carlos Bonnet, llamaban *ilustre*, á quien Haller y Galvani dedicaban sus obras, cuyo último elogio publicó nuestro Alibert, y que el primero sondeó con su mirada de águila los infinitamente pequeños y admirables fenómenos, hasta entonces invisibles, de las entrañas de los reinos animal y vegetal.

Y aquel ilustre Haüy, el mas profundo, el mas ingenioso y el mas modesto de los naturalistas mo-

Gassicourt en el *Elogio* del primero: « Nombrado boticario en gefe de un ejército cuyo cuartel general estaba en el Havre, su primer cuidado al llegar á este pueblo, despues de haber llenado los deberes de su empleo, fué informarse en donde vivia el sabio presbitero Dicquemare, pero ¡cual fué su asombro al ver que aquel naturalista no es conocido en la ciudad que habita, ó á lo menos no le conocen en manera alguna bajo la calificacion de sabio. «Aquí tenemos, es verdad, le dicen, un clerigo que se llama Dicquemare, pero no puede ser el que vm. busca, porque este es un loco que se pasa la vida en las orillas del mar recogiendo gusanos, pólipos, almejas, etc.; hasta tiene en su casa una coleccion de vichos marinos, para contemplar continuamente los objetos de su ridícula curiosidad.— Pues, señores, cabalmente ese loco es el hombre á quien yo deseo ver, y espero que pronto les parecerá á vms. sensato. — Parmentier va á visitarle, examina sus colecciones, escucha sus observaciones y pasa en seguida á casa del general en gefe á quien conocia por muy aficionado á las ciencias y á las artes, y á quien habló de Dicquemare con tanto interés, que le inspiró el mas vivo deseo de conocerle y de admirar su gabinete. — Vamos á su casa, dijo el general. Con mucho gusto, pero ¿no le parece á V. E. que convendria hacer esa visita con mucho aparato, para que ese ejemplo determine á sus conciudadanos á honrar las ciencias y á los que las cultivan? »

dernos, el restaurador de la *física* y de la *mineralogía*, el creador de la *cristalografía*, y el sabio que hace los principales honores del famoso *Informe* de Delambre á Bonaparte, *sobre el progreso de las ciencias matemáticas, desde* 1789: « Si no hemos entrado en otros pormenores, dice, es porque no teníamos que recordar mas que hechos muy conocidos, cuya historia y teoría se hallan espuestas de un modo luminoso en el *Nuevo Tratado de física* de M. Haüy, obra que puede contarse tambien entre las adquisiciones interesantes que acaba de hacer la Francia, pues es el cuadro mas completo de la situacion actual, y realiza todo lo que prometia el nombre de su autor. Notorio es que M. Haüy ha sabido el primero introducir la geometría en una parte de la historia natural que ha creado, por decirlo así, hallando las leyes matemáticas que señalan de un modo tan feliz y exacto sus divisiones y subdivisiones, sus géneros y especies. »

Ahora bien, es preciso saber que ese M. Haüy fué toda su vida un modelo de vida sacerdotal, y que Cuvier, mas atrevido y mas justo que Delambre, le tributa el homenage de decir que : « la mas sublime especulacion no le hubiera apartado de ninguna práctica prescrita por el *Ritual*. » — « Publicaba, añade, su magnífico *Tratado elemental de física* con sus títulos de sabio, pero precedidos todos de este : *el presbítero Haüy, canónigo de la iglesia metropolitana de Paris*[1].

[1] Y en nuestros dias, el joven P. Moigno, á quien van á consul-

¿Quien ha comunicado la belleza á toda la ciencia geológica moderna, á los estudios, á las investigaciones y á los descubrimientos de los De Luc, de los Buckland, de los Becquerel, de los La Beche, de los Elias de Beaumont, los Chaubard, etc.?

Un simple y modesto capuchino, conocido de los sabios solamente, y no del vulgo (como los mas grandes hombres), el P. Andres, de Gy, en Franco Condado, autor de una *Teoria de la tierra*, que el protestante Cuvier hizo admirar al Instituto en 1806[1].

tar, á su gabinete mágico, los Thenard, los Poisson, los Arago, de la Academia de las ciencias; — el presbítero Pinault, ex-maestro de conferencias en la escuela normal, autor de los últimos y de los mejores *Elementos de física*, etc.

[1] « Pero cuando un estudio mas detenido hizo ver que las formas generales de los fósiles, su tejido íntimo, y, en muchos casos, su composicion química, eran los mismos que los de las partes análogas de los cuerpos vivos, no hubo mas arbitrio que admitir que estos objetos habian tambien en su tiempo gozado de vida, y por consiguiente que habian existido en la superficie de la tierra ó en las aguas del mar. ¿Cómo se hallaban sepultados bajo inmensas masas de piedras y de tierra? Cómo los cuerpos marinos se hallaban trasportados á la cima de las montañas? ¿Cómo, sobre todo, estaba totalmente invertido el orden de los climas y se hallaban junto al polo las producciones de la zona tórrida? Cuando se vió en fin que casi toda la superficie del globo estaba cubierta de fósiles hasta una profundidad incalculable, preciso fué buscar y discurrir causas generales y poderosas que de tal suerte los hubiesen difundido. El *Génesis* y las tradiciones de casi todos los pueblos paganos ofrecian una á la cual era natural que recurriesen los físicos antes que á otra alguna : esta era el diluvio. Las petrificaciones pasaron por pruebas de esta inmensa revolucion, y durante cerca de un siglo, las obras

Las mismas artes, propiamente tales, y sobre todo la arquitectura y la música [1], cuya influencia sobre las costumbres y la religion es tan grande, lo deben todo al *sacerdote*, á quien no creemos mas que sabio y teólogo.

La mayor parte de las obras maestras de la primera de estas artes y de la mas sublime, fueron trazadas y muchas veces ejecutadas por los

de geología no contuvieron mas que esfuerzos para hallar causas físicas á qué atribuir aquella gran catástrofe, ó para deducir de ella, como efecto, el estado actual de la superficie del globo.

« Sus autores olvidaban que el diluvio se nos representa, en el *Génesis*, como un milagro ó como un acto inmediato de la voluntad del Criador, y que por consiguiente es de todo punto superfluo buscarle causas secundarias..... Fiel á las leyes de la orden religiosa á que pertenecia, M. André anduvo á pie terrenos bastante dilatados, recorriéndolos como observador ilustrado y notando con cuidado las elevaciones y las honduras del suelo, la naturaleza de las piedras y su disposicion entre sí y con respecto al horizonte. »

[1] El clero tiene tambien sus *ingenieros* civiles de primer orden, y entre otros : — S. Beneceto y su cofradia, que suspendieron tan atrevidamente los puentes llamados del *Espíritu santo*, etc., sobre el Ródano, y que erigieron los soberbios hospicios del mediodia de Francia; — el abad Couplet *, cuyos singulares trabajos para llevar aguas á Coulanges, le abrieron las puertas de la Academia de ciencias; — Truchet, tan conocido bajo el nombre de P. *Sebastian*, autor de la famosa máquina de Marly, y á quien iba á visitar Pedro-el-Grande; — Renau d'Elisa-Garay, el *Vauban de la marina*, trapense; — Clery, maestro de todos nuestros ingenieros, y á quien se deben los principales canales modernos, P. del Oratorio, etc.

* Renovado y como multiplicado en nuestros dias por el presbítero de Pasamele, cuya *varita de virtudes* hace brotar manantiales de agua por dó quiera en el mediodia de Francia.

monjes, los cabildos ó los obispos. Los *framasones*, edificadores de nuestras soberbias catedrales góticas, de esos bosques de piedras que hablan, y de la de Estrasburgo, entre otras cien, el mas alto monumento de la tierra despues de la gran pirámide de Egipto: de la *torre de Amberes*, visible á siete leguas á la redonda... Aquellos framasones, tan diferentes de los nuestros, eran como otros tantos *hermanos* legos. — El cabildo de Sevilla fué el que erigió la *catedral* de esta ciudad, que algunos han definido llamándola *un mundo entre el cielo y la tierra*. — Y luego cuatrocientos frailes, en cincuenta años, erectores de aquella iglesia de Dunes, en Bélgica, la primera basílica del siglo XIII; — S. Romualdo, fundador de los Camaldulenses, arquitecto de aquella fachada de la catedral de Reims, ante la cual se prosternaba Soufflot; — Geoffroy de Montbray, obispo de *Coutances*, alzando una bóveda que hacia decir á Vauban: *¿Qué loco sublime la ha lanzado al cielo?*... — El religioso Azon, la basílica de *Seez*; — el benedictino Helduart, el magnífico *campanario de Chartres*; — el obispo de París, Mauricio de Sully, *Nuestra Señora de París*; — Wicham, obispo de Winchester, la catedral de *Windsor*, etc.; — Andres del Porro, que se hizo jesuita á los veintitres años despues de haber oido un sermon sobre las *vanidades de la vida*, la *cúpula* del colegio romano que asombró á Fontana; — y en otro género, Pedro de Lescot, cura de Cluny, la bellísima *fuente de los Inocentes*, en París; — el

abate de S. Eloy, las *Tullerias;* — y aun en el siglo XVIII el cura Juvara, de Messina, la magnífica *iglesia patriarcal* de Lisboa,... y el hermano lego Pierson, las mas hermosas iglesias de Lorena.... etc.

El clero ha tenido tambien pintores sublimes, y sobre todo de las paredes y vidrieras de sus iglesias. El conde de Lasteyrie acaba de probar que ya en el siglo V, es decir, mil años antes de Rafael, los obispos mismos hablaban elocuentemente á los ojos como á los oidos de sus ovejas. En el intérvalo reinó principalmente el gusto de las *miniaturas*, mas difíciles y mas asombrosas que los cuadros propiamente tales[1]. Y, cerca de un siglo antes que Leonardo de Vinci, el hermano Angélico, Dominico Florentino, celebrado en nuestros dias por MM. Rio y de Montalembert, pintaba *coronaciones de la Virgen* y *juicios finales,* en los que dejaba, dicen, algunas faltas, para prevenir el orgullo de sus émulos ó el suyo. — Luego, Guillermo de Marsella, dominico, iba á decorar las ventanas del Vaticano á ruegos de Julio II. — Aun en el siglo XVIII mientras que el abate Solimene, de Nápoles, asombraba á la Europa con una serie de obras maestras, Attiret, hermano lego jesuita de Dole, con una *adoracion de los reyes*, etc., embelesaba al emperador de la Chi-

[1] Pueden consultar sobre este punto los curiosos la serie de los escelentes artículos artísticos del señor presbitero Cahier, en los sabios *Anales de filosofía cristiana* de M. de Bonnetty.

na á tal punto que llegó á ofrecerle un cargo de mandarin, etc., etc.

Los eclesiásticos triunfan sobre todo en la didáctica ó la *teoria* de las bellas-artes, cuya práctica dejan ordinariamente á los legos fieles : testigos el monje del siglo XI, Teófilo, cuyo *De omni scientia picturæ artis* es, segun el dictamen del conde de Lasteyrie, el primer *Tratado de las artes* conocido; — el admirable Alberti, canónigo de Florencia ; — Caramuel, mas admirable todavía; — el célebre abate Winkelman ; — y sus continuadores originales, Lanzi, director de la galería de Florencia, Fannoni, etc., cuyas *Historias de la pintura* son verdaderos monumentos.

Si considerasemos las invenciones propiamente tales como suponiendo mas ingenio que la teoría ó la práctica de las ciencias, veriamos igualmente al sacerdote presidiendo á la mayor parte de los descubrimientos científicos. — Solamente seria menester decir mas bien los *re-inventores* que los *inventores* de las ciencias, porque las ciencias son todas innatas, y fueron propiedad de los primeros hombres, que nacieron sabios porque nacieron buenos. Perdidas por culpa ó por olvido de Dios, siempre fueron halladas por virtud ó por fe. — Sea de esto lo que fuere, los inventores en todo, son ó pasan á lo menos por los hombres mas grandes del mundo, y todos son religiosos en el mas alto grado. El sabio *Origen de las ciencias,* etc., de Goguet, consejero en el parlamento de Paris, es una gran prueba his-

tórica de esta verdad. Aquí nos contentaremos con echar una ojeada sobre los inventores generales ó particulares, empezando por los mas importantes, y veremos que todos son hombres inspirados por Dios... cuando no son el mismo Dios en persona[1].

Las ciencias y las letras, las griegas y romanas clásicas por lo menos, comprometidas en la transicion de las lenguas antiguas ó nuevas, fueron recuperadas por los religiosos, por los benedictinos sobre todo. Si fuera posible citar aquí un hombre ó

[1] Nunca se ha podido asignar un inventor al arte sin el cual ni aun se conoce la vida, al arte de la palabra; solo uno se atribuye, evidentemente fabuloso (Cadmo), á la palabra escrita. En cuanto á las lenguas modernas, propiamente tales, su mas antiguo monumento es siempre obra de un sacerdote. Ulfilas, obispo Godo, que fué enviado de embajador á Valente, en el siglo IV, es el inventor de los primeros carácteres góticos con los cuales publicó la primera traduccion de la *Biblia* gótica; — el monje Método, fué el inventor de los caracteres esclavones, en los que publicó tambien la *Biblia*....

Hasta en las artes mas frívolas en apariencia, se ve el Espíritu Santo. Leonio, canónigo de S. Victor, ó el papa Leon II, tuvo la idea de los versos leoninos y de la rima, que ya en el siglo IV aplicaron muy felizmente aun á la poesía latina S. Ambrosio y luego santo Tomás de Aquino. El poema rimado mas antiguo que se conoce en Europa es un *Poema de la gracia*, por Olfredo, monje de Wissemburgo; — las tragedias sagradas mas antiguas, son las de Geoffroy, abad de S. Albano; — las primeras escenas públicas, fueron los *Misterios*; — la primera poesía italiana (tal es la opinion de Gœrres, que ha escrito un libro para probarlo) se halla en los cánticos de S. Francisco de Asis, y del *Hermano pacífico*; — la primera *biblioteca* verdaderamente histórica, en cuyo catálogo se ocupaba aun en 1752 el jesuita Hartzheim, es la del cabildo de Colonia, por el arzobispo Hildebaldo, en el siglo VIII.

dos, citariamos por una parte al venerable Beda y al monge Alcuin, los *Carlomagnos de la literatura* y de la universidad en Aquisgran y en Paris;—y por otra á Erimbaldo y Juan, frailes franceses á quienes llamó Alfredo el Grande para restaurar los estudios en Inglaterra. — Mas adelante, sucedieron á aquellos grandes hombres los Italianos, Florentinos, y Romanos, Petrarca, Collectio Salutato, Manetti, Pogge, Brunetto Latini, y el ilustre Brandolini (llamade Il Lippo), todos amigos, algunos secretarios de los Papas ó de los concilios; — el último, monge agustino, autor de un célebre tratado *De Virtutibus J. C.*, etc. —Cuando una revolucion, la toma de Constantinopla, estuvo á punto de sumergir las ciencias griega y orientalista, otros fieles, valerosos y fugitivos, los Lascaris, llevando á su frente á Bessarion, *último* de los patriarcas y *de los Romanos* del bajo imperio, las trasportaron, como antiguamento el *pio Eneas* á su padre, á las orillas hospitalarias de la Italia. Y la casa del cardenal Bessarion fué la primera academia de Europa.

En las épocas de renacimiento ó, si se quiere, de produccion, á las que visible é históricamente ascienden los descubrimientos propiamente tales, no les vemos mas autores que eclesiásticos, y casi siempre religiosos en los claustros. Cuatro hay especialmente, sobre, ó mas bien en la cabeza de los cuales giran todas las invenciones : Gerberto, que llegó á ser Papa bajo el nombre de Silvestre II;—Alberto el Grande;—Roger Bacon;—y Raimundo Lulio. Atri-

buyen al primero el primer *reloj*, el primer *globo celeste*, la primera aritmética, etc.; — al segundo, el *zinc*, el *bismuto*, el *arsénico*, etc.; cabezas de bronce casi *hablantes*, el *iman*, la *brújula*, la *pólvora*, etc., etc.— «Puede, dice, prepararse una materia que, aun en muy pequeña cantidad, produciria en el aire un violento estrépito, se inflamaria como un reguero de fuego, y seria capaz de destruir castillos y ejércitos enteros. » — « Se puede, dice tambien, tallar vidrios ó especies de espejos, de los cuales algunos abultarian y aproximarian los objetos y otros los reducirian ó los alejarian prodigiosamente; unos los harian aparecer al reves, otros al derecho. » — « Puede, añade, hallarse el medio de ir por los aires, de bajar al fondo del mar, y de andar por él. » — « Es posible enfin construir *barcos* que llevarian á un hombre solo y que escederian en velocidad á todos los barcos ordinarios por mas remeros que los montasen. » — « Tambien se pueden construir especies de carros que, sin ir tirados por caballos, recorrerian distancias increibles. »

Si el clero no ha realizado el primero el arte de todas las artes, el mas benéfico, precisamente porque puede ser y porque es el mas funesto, la imprenta, tuvo de él la primera idea [1].

Ciertamente que nadie negará el origen y ejecu-

[1] Pedro Schoiffer, ó Scheffer, uno de los tres que se suponen sus inventores, toma el título de *clérigo* del obispado de Maguncia. — El principal del triunvirato se calificaba de servidor agregado á la casa del arzobispo, que le otorgó *ejecutoria de nobleza* : colocó

cion eclesiáticos de la *caligrafía*, ó paleografía iluminada, tan superior como obra de paciencia, y en belleza y magnificencia de caracter á la imprenta, maravillas de que no pueden formarse idea los que no las han visto. Las mas antiguas conocidas son el *Nuevo Testamento* griego y latino, de Cambridge, del siglo III; — el *Evangelio de San Marcos*, de Venecia, del siglo IV; — la *Biblia* y el *Salterio* del rey Carlos el Calvo (en letras de oro sobre vitela rosada) del siglo IX; — la *Biblia* latina y francesa, 2 vol. en folio con 5,000 miniaturas, que se custodia en la biblioteca real de Paris, etc., etc.[1]

Una ciencia antigua habia acabado por sustraerse á los estudios de la lenguística, la de los geroglificos egipcios: en nuestros dias la han hallado, mucho antes que Champollion, los arqueólogos romanos, y entre otros Mezzofanti, prefecto del Vaticano. Rosellini, el P. Ungarelli, barnabita, y Greppo, vicario general de Belley. El canónigo Mazzochi ha

además y dotó en el convento de Santa-Clara de la ciudad á su amada hermana Berta.

[1] Debe verse tambien, sobre esta ciencia, artística por escelencia, el interesante trabajo del señor presbítero Cahier, publicado en los *Anales de filosofía cristiana*,

Hasta la misma estenografía es eclesiástica ó bíblica, segun confiesan Taylor y Bertin, en su *Sistema universal de estenografía*: « Lo que es indudable es que los Hebreos suprimian las vocales, y David dice en el salmo 44: *Lingua mea calamus scribæ velociter scribentis*, espresion que no permite dudar que ya en su tiempo la pluma era mas rápida que la palabra. S. Gerónimo imitó al salmista en esta frase: *Mea autem lingua in similitudinem scribæ velocis*.

logrado esplicar las *Tablas legislativas* de Heraclea; — el abate Angelo Mai, los mas indescifrables manuscritos, etc., de Herculano, etc.

Los mejores métodos de enseñanza fueron inventados ó perfeccionados por eclesiásticos[1]. El de la enseñanza de los *ciegos*, en 1786, pertenece tanto al presbítero Haüy, de quien ya varias veces hemos hablado, como á su hermano Valentin, que murió en sus brazos.

El mismo *sistema penitenciario* no es otra cosa mas que el sistema cuya historia nos escribió el sabio benedictino Mabillon, con arreglo á la prision de San Juan Clímaco, la cual, segun M. Guizot, no es mas que una aplicacion de los *cánones* sobre las penitencias públicas.

Los inventores de la educacion de los *sordo-mudos* (porque parece que ha habido muchos), pertenecen todos al clero : — tales son el P. Scott, jesuita, el abate de l'Epée, el abate Sicard, el abate Salvan, el presbítero Deschamps de Orleans, y el P.

[1] Si la enseñanza mutua fuera una invencion verdaderamente util, podria notarse que es debida á Bell, sacerdote anglicano, ó á Lancastre, cuáquero. La caricatura de la educacion pertenecia á la caricatura del sacerdocio.

Los *Diarios*, otra especie de enseñanza mas equívoca y mas importante, cuyos abusos son tan terribles, pero cuyo uso no es imposible al fin y al cabo, fueron inventados ó perfeccionados por el clero. El mas antiguo y sobre todo el mas auténtico es el de Focio, patriarca de Constantinopla. El primer *diario* moderno es el *de los Sabios* del siglo XVII, fundado por los clérigos Sallo, Gallois y Bignon.

Famin. — « Dos sordas mudas vivian en la casa paterna en Paris : estas dos hermanas recibian lecciones del P. Famin, doctrinero, que procuraba reemplazar en ellas la palabra y el oido con medios mecánicos, y ya habian hecho algunos adelantos cuando perdieron aquel caritativo maestro. El abate de l'Epée tuvo ocasion de ir á aquella casa; hace algunas preguntas, pero las dos mudas permanecen inmóviles, clavados los ojos en su labor. Vuelve á hablar y tampoco obtiene respuesta : el buen abate ignoraba que aquellas jóvenes estaban condenadas á no oir; llega entonces la madre, que estaba ausente cuando entró el abate de l'Epée, y todo se esplica. Desde aquel momento, forma el proyecto de seguir las benéficas intenciones del P. Famin y de volver á aquellas infelices la palabra y el oido. Adoptada esta idea, no tardó en volver á aquella casa; probó varios métodos y halló enfin, en las diferentes combinaciones de los signos materiales el medio de representar las cosas ó el equivalente de todas las ideas. Desde entonces los progresos fueron rápidos, y el auxilio del arte quedó asegurado á la sociedad. » El mismo abate de l'Epée cuenta de un modo muy patético como sucedió al P. Famin en su *Institucion de los sordo-mudos*, de 1776, la cual es un catecismo perpetuo : « Creyendo, dice, que las dos gemelas moririan en la ignorancia de la religion, me sentí en estremo compadecido de su desgracia. » Confiesa, por lo demas, que los dos primeros sordos-mudos que oyeron y hablaron en Paris debie-

ron su resurreccion á Madama de Sainte-Rose, religiosa en el convento de la Cruz, en el arrabal de S. Antonio, en Paris... — Pero está demostrado que los religiosos españoles tienen la primacia sobre los eclesiásticos franceses : tales son Pedro Ponce, muerto en 1584, benedictino de un convento de Ocaña ; — Juan Pablo Bonet, autor de un *Arte de enseñar á hablar á los mudos*, 1620; — Manuel Ramirez de Cortona, y Pedro de Castro de Mantua, jesuitas del siglo XVIII ; — y enfin, Pedro de Cadiz, muerto en 1780, maestro inmediato del abate de l'Epée.

Descubrimientos anatómicos, medicinales y quirúrgicos, debidos al clero :

La circulacion de la sangre, que ha hecho una revolucion tan feliz en la ciencia fisiológica y médica, la descubrió Nemesio, obispo de Nemesia, en el siglo IV. Y el mismo Portal lo reconoce en su *Historia de la anatomia* (tomo I, pág. 107). — La *circulacion* se halla literalmente descrita en un libro de Camani, primer médico del Papa Julio II, que le ordenó sacerdote en 1559; y luego lo fué por el jesuita Fabri, anterior á Hervey. — Las leyes de la *fisiologia* animal, etc., tienen por inventores á : — Borelli, simple novicio en las escuelas pias; — el abate Spallanzani, discípulo y amigo de los jesuitas; — las de la cirujia militar, al P. Eliseo, hermano de la caridad. Muchos sacerdotes han ejercido superiormente la medicina, como Bourdelot, Chizac, el hermano Cosme, cuyo *Elogio* se publicó en el

Manual de 1789, y en fin el abate Desmonceaux, médico de las tias de Luis XVI, cuyas obras tituladas *Consultas* y *Tratado de las enfermedades de los ojos* son Europeas. — Y sin embargo, la medicina estaba y debe estar como prohibida al sacerdote que no puede dedicarse á ella sino con un permiso eclesiástico, que rara vez se obtiene!

En física han hallado las leyes de la *luz* el abate Maurolyco, siciliano del siglo XVI; — el marqués de Ubaldo, en un tratado *de la perspectiva*, dedicado á su hermano el cardenal Alejandro del Monte, — Antonio de Dominis, obispo; — el P. Grimaldi, jesuita. — Las leyes de la *electricidad*, el P. Lana, jesuita tambien; — el P. Beccaria, escolapio, á quien tradujo Franklin al inglés; — Volta, su amigo y su colaborador; — de Kleist, dean del cabildo de Cumin, etc. — Las leyes de las *aguas*: Castelli, abate del Monte Casino; — Mariotte, prior de una abadia; — Renau de Eliza; — Garay, que vivió y murió como trapense; — Guglielmi, que dedicó su libro al abate Bignon.

Las leyes armónicas en general[1]: — el diapason, es decir, la admirable llave de la música[2] y sus

[1] En general, los eclesiásticos no se han dedicado á las artes sino cuando tenian y en cuanto tenian por objeto la religion. M. de Lasteyrie, el tan sabio é imparcial *historiador de la pintura sobre vidrio*, la atribuye á los obispos del siglo V: y señala como una obra maestra y el primer *Tratado del arte*, el libro *De omni scientia picturæ artis*, del monje Teófilo, en el siglo XI.

[2] El arte de escribir el baile, la *coreografía*, fué inventado en 1588 por un canónigo de Tongres.

principales consecuencias, se debe á Huguebaldo, benedictino, en el siglo IX, ó á Guy de Arezzo, otro benedictino del siglo siguiente, el cual halló todas las notas regularmente clasificadas en el *himno de S. Juan Bautista;* la teoría toda entera de la composicion, á eclesiásticos ó á fieles agregados á las iglesias de Roma y de Italia; — el abate Gafforio, muerto en 1525; — Tarlino, muerto en 1599, á quien Marsenne llama el *eterno gran maestro* de sus sucesores; los *Oratorios*, á S. Felipe de Neri; — la música nueva, si puede haber algo *nuevo debajo del sol*, al P. Martini, hermano menor de Bolonia, y al abate Vogler.

Los instrumentos mismos[1], y sobre todo los mas bellos, son, como la teoría de la voz, de invencion eclesiástica.

En el siglo XVIII, el sublime instrumento del culto católico, el órgano, debió todo su esplendor á Bedos de Celles, benedictino de San Mauro, y en nuestros dias, al ilustre abate Vogler, compositor igual á Weber y á Meyerbeer, de quien fué maestro, y á simples curas de aldea, como el presbítero

[1] La *campana* cristiana, la compañera nata de las catedrales, es acaso el mas armonioso, precisamente porque es el mas elevado, el mas grandioso, el mas sonoro y el mas sorprendente de los instrumentos; y es cosa notable que el mas profundo y el mas célebre de los compositores modernos, Beethoven, acabó en sus últimos años, por descubrir el secreto de sus obras maestras y aun la perspectiva de una nueva armonía superior á la antigua en el repique, bien comprendido, de una campana echada á vuelo!

Cabias, cura de Pontigny, cuyo trabajo admiró M. de Francœur, sabio individuo de la Academia de ciencias[1]; y luego, acaso ha sido superado por sus ingeniosos y virtuosos cólegas, — Renault, cura de Saint-Pont, y Laroque cuyos *autosymfone* y *milacor* no necesitan mas que un niño y *un dedo*, para hacer nacer la fe, y acaso el sacerdocio, en un *Te Deum* ó un *Veni Creator*!!!

Descubrimientos agrícolas[2]. La teoria y la práctica generales, por el *diácono* Oliveros de Serres, que dice en su prefacio: «El cimiento de esta ciencia es la bendicion de Dios;» — los presbiteros Roger Schabol, Rozier, Tessier, y el abate don Gentil, á quien Bufon iba á visitar como á su maestro á la abadia de Fontenay de Auxerre.

La *máquina para panificar* las patatas, verdadero suplemento del trigo, se debe al presbitero Mergoux, cura de Bezons, cerca de Paris.

Los mas útiles, los mas necesarios, los mas ingeniosos instrumentos de la vida civil ó de la vida científica son todos obra de eclesiásticos ó de fieles. — Beraldo, monge ingles, imaginó el vaso de vi-

[1] Y hasta el mas ingenioso: el *tercer sonido* del violin se debe á Tartini, director de S. Antonio de Padua, en quien tenia *fe*; discípulo del oratorio de S. Felipe de Neri, y que se servia del P. Colombo para componer, como Rameau del P. Castel.

[2] A los misioneros ó á los sabios que los acompañaban debe la Europa sus mas felices importaciones. Dos frailes, en tiempo de Justiniano, trajeron los primeros gusanos de seda de China á Europa: los jesuitas de Lima, el cardenal Lugo, llevaron la *quina*, los primeros á Roma, y el segundo á Francia en 1650.

drio en el siglo en que S. Eloy asombraba á su rey con su habilidad en la cinceladura. — El dominico Alejandro Spina, de Pisa, á quien Redi llama *Vir modestus et bonus* en una carta á Falconieri, inventó los anteojos que vuelven la vista á tantos ciegos; — el diácono Flavio de Gioja, de Amalfi, el iman y la brújula; — un fraile de Oxford, Linna, hizo el primero la travesía de Inglaterra á Irlanda con ella, en 1327. — Es tambien probable que los cruzados hicieron uso de este utilísimo instrumento en el siglo XII, pues le hallamos descrito en la *Biblia* de Guyot de Provins, monge de Clairvaux, y en la *Historia de las Cruzadas* del cardenal Santiago de Vitry, obispo de Tolemaida. — El P. Kircher, inventor de la *linterna mágica*; — el P. Mañan, minimo, del *microscopio*, antes que Huyghens; — el P. de la Torre, autor de la *ciencia de la naturaleza*, los nuevos y admirables ojos de los infinitamente pequeños; — los PP. Scheder, jesuita, y Rheita, capuchino, fueron los inventores racionales y reales del telescopio, á fuerza de perfeccionarle. — Un cura de Roma, Mateo Campani, era el que realizaba las maravillas en este género en el siglo XVII; — un religioso, el P. Zucchi, de Parma, el que ejecutaba ya en 1616 el magnífico telescopio de reflexion.

En general, cuando no vemos precisamente la fe del inventor aislado de un *instrumento* propiamente tal, es porque, en lo comun, este inventor no ha debido ó no ha sabido escribir, para tener ocasion de espresar sus sentimientos religiosos: sin embargo

es notable que el principio se echa de ver casi siempre. Ricardo, abad de S. Albano, en el siglo IV; — los ilustres cristianos, casi-mártires, Boecio y Casiodoro, en el VI; — el arcediano Pacífico, de Verona, en el IX; — el Papa Silvestre II (Gerberto) en el X, inventaron ó perfeccionaron el *reloj* de iglesia. — En el siglo XVIII, el presbítero Hautefeuille de Orleans inventó una nueva especie de *relojes* admirable, y fué reconocido vencedor, en este punto, de Huyghens y de Hook.

Los dominicos Roger Bacon, ó Schwartz de Friburgo, ó bien acaso el abate Bertoldo, del mismo país, descubrieron la *pólvora* y las *escopetas*. — El cardenal Cusa es, segun la opinion del físico Libes, el verdadero inventor del *higrometro* (medida de la humedad del aire). — El célebre artista de los *astrolabios*, Sevin, trabajaba á la vista y con arreglo á las ideas del presbítero Picard. — En el siglo XVIII, el P. Toussaint de Saint-Marcel, carmelita, ejecutó un admirable *compas de proporcion*, para levantar planos; y uno *de calibres*, para señalar el peso de las balas de cañon; — el presbítero Duthier, el *odometro* de ruedas de carruage, para medir el espacio recorrido; — el presbítero Soumille, el *termómetro real*, admirable.

Los elementos mas indomables, el agua, el aire, el rayo, se humillan ante el genio del cristianismo. El *escafandro*[1] con que se andaba impunemente so-

[1] Vestido dispuesto con corchos ó vejigas para sostenerse encima del agua. — N. del T.

bre el Sena á la vista de París atónito, en el siglo pasado, era invencion del presbítero Chapelle. — El genio del cristianismo se manifiesta hasta en toda clase de habilidades y atrevidos esfuerzos de imaginacion. El primer globo aerostático que se vió en Francia, en 1772, se debió al presbítero Desforges, canónigo de Etampes. — El P. Lana, jesuita, le habia imaginado mas de un siglo antes, — y tambien Oliveros de Malmesbyri, benedictino del siglo XI.

La invencion mas ingeniosa de nuestros dias, el telégrafo, se debe al presbítero Chappe.

El mas hábil artífice de objetos de hierro, de cuyas manos y de cuya imaginacion salieron una multitud de obras maestras, la mayor parte para uso de las iglesias, Pedro Denys, era un dependiente de la órden de S. Benito, en San Dionisio, cerca de París. En 1786 le sobrepujo un hermano de la abadía de Orval. — Jerónimo Foba, sacerdote calabrés, hizo unos grupos de box que representaban todos los misterios de la Pasion, con tal primor que podian meterse en una cáscara de nuez. — A fines del siglo XVIII hubo en París un mecánico único y estupendo, que ni tuvo maestro, ni dejó imitadores, y que hizo, entre otras maravillas, unas cabezas de bronce que hablaban, cuya primera idea se debe á Alberto el Grande : sus contemporáneos no comprendieron su ingenio, y por eso las hizo pedazos en un momento de desesperacion, como las habia creado en un momento de esperanza. Era sacerdote y se

llamaba el presbitero Mical. — Mucho tiempo antes, un hombre admirable en materia de arte instrumental, el P. Castel, jesuita, cuyo sistema de las relaciones de los sonidos con los colores admiró el mismo Newton, imaginó un *clavicordio ocular* y otro *cromático*. — Algunos años despues, otro jesuita, el P. Laborde, imaginó uno *eléctrico*. — Don Francisco Pica, clérigo napolitano, organizó una *puerta armónica* que pasaba por una maravilla de Italia.

Cuando el clero no hace personalmente las grandes cosas materiales, por ocuparse en las espirituales, las menores de las cuales son inmensas, las provoca y preside á ellas.

Testigo el magnífico canal del Languedoc[1].

Pero ¿para qué insistir tanto sobre los talentos y el genio científico y artístico del sacerdote? Deje-

[1] « Os escribo desde este pueblecillo (Bonrepos), decia Riquet de Casaman á Colbert, el 26 de noviembre de 1660, os escribo á propósito de un canal que podria hacerse en esta provincia de Languedoc para la comunicacion de los dos mares. Os parecerá estraño que yo me meta á hablar de una cosa en que no debo entender... pero disculpareis mi osadía cuando sepais que *lo hago por orden del ilustrísimo señor arzobispo de Tolosa*..... » « Hace un mes, escribia á M. de Anglure, arzobispo de Tolosa, que trabajo en verificar el proyecto del canal, pero con tanto ahinco que á estas horas ya puedo decir á V. S. I. que la cosa es posible. »

Debe verse, sobre todo, en la *Historia del canal de Languedoc*, el escelente *Informe* que presentó el cardenal de Joyeuse, arzobispo de Narbona, en 2 de octubre de 1598, á Enrique IV, á fin de mostrarle, por la vez primera, la posibilidad y los medios de llevar á cabo esa obra gigantesca del mediodia de la Francia.

mos esto y echemos una última ojeada sobre el genio que es como natural y propio en él, y en el cual nadie le ha escedido: — el genio *espiritual*. Los Padres en general [1], y en particular S. Agustin, son otros tantos admirables ejemplos de esta verdad, en el siglo IV; — S. Bernardo, en el XII; — S. Francisco de Sales, etc., en el XVI. El primero era el mas ingenioso, el mas *incisivo*, el mas decisivo de los padres; siete ú ocho de sus *flechas* bastan para penetrar en el entendimiento mas elevado como en el corazon mas duro, y hacer entender todo el cristianismo. — « El que te ha hecho exige todo de ti. — ¿Quieres pecar? Pues empieza por hallar donde no te vea Dios. — Si nos es difícil amar á Dios los primeros, no nos lo sea amarle los segundos. — ¡Quieres vengarte, cristiano, y todavia no está vengada la muerte de Cristo! — Dad á todos, no sea que aquel á quien no dais, sea el mismo Cristo. — Aquel á quien Dios agrada, agrada á Dios. — ¡Ay de aquellos que se aficionan á las cosas transitorias, porque pasarán con ellas! — Los mundanos pasan de una pena á otra pena, del fuego de la codicia á las llamas del castigo. — Echate en los brazos de Dios, y no se retirará para que caigas. » — Pero ¿cómo traducir un latin como este, que eclipsa al del mismo Tácito? — *Totum te exigit qui totum te*

[1] Véanse solamente las máximas ó *Pensamientos* sueltos de los padres, al fin de sus *Obras selectas*, por el sabio Tricolet. Ellas solas bastarian para formar una verdadera *Religion reconciliada con el ingenio*.

fecit. — Si peccare vis, quære ubi non te videat Deus, et fac quod vis. — Vindicare vis christianus, nondum vindicari est Christus. — Date omnibus, ne cui non dederitis, ipse sit Christus. — Ille placet Deo, cui placet Deus. — Væ his qui hæserint transeuntibus, quoniam simul transeunt! — De pœna in pœnam transeunt, de ardore cupiditatis in flammas gehennarum.— Projice te in Deum, non substrahet ut cadas.»

S. Bernardo redujo la demostracion católica á treinta palabras intraducibles : « *Non ne religio sancta, pura et immaculata, in qua homo purius cadit rarius, surgit velocius, incedit cautius, irroratur frecuentius, quiescit securius, moritur fiducius, purgatur citius, premiatur copiosius?* »

S. Francisco de Sales, el cardenal Le Camus de Grenoble, d'Orleans, de la Mothe, de Amiens, tenian, como innatos, una serie de pensamientos brillantes y aun de dichos felices, que reunian á toda la propiedad de la espresion toda la sublimidad del dogma, y toda la utilidad de la moral. « El alma del prójimo es el arbol de la ciencia del bien y del mal; está vedado tocar á ella porque Dios se ha reservado el derecho de juzgarla. — Debemos *ver* á las mugeres sin *mirarlas*. »

«Preciso es que su santidad ame mucho la virtud, pues que recomienda hasta su sombra, » respondió el cardenal Le Camus á uno que le daba el parabien por su recepcion á la púrpura romana.

Un dia en que el duque de Borgoña manifestó á

Orleans de la Mothe su sorpresa de que hubieran tardado tanto en hacerlo obispo: « Es porque el rey vuestro abuelo, repuso el prelado, cuando tiene que cometer una falta, la comete lo mas tarde que puede. » — Cuando Louis XV se le quejó amistosamente de que no le veia con mas frecuencia, respondió: « Creo no poder hacer mejor la corte á mi rey, que procurando cumplir mi deber en mi diócesis. » — Dijéronle un dia que un pintor, encargado de hacer el retrato de un santo, habia copiada el suyo: « Es decir que soy un santo en pintura, ¡ qué desgracia que sea al mismo tiempo un tan gran pecador en realidad! » — Esponíale una dama sus escrúpulos casuistas sobre el uso del *colorete*: « Os entiendo, Señora, respondió; unos os lo prohiben absolutamente y os parecen hartos severo, lo creo muy bien; otros os lo permiten sin dificultad, y os parecen sobrado indulgentes, y teneis razon; yo, por mi parte, que gusto de que se guarde en todo un justo medio, os permito que le useis en un carrillo. » No solo el ingenio, mas tambien la profundidad, caracterizaba la conversacion de M. d'Orleans. Habiéndole preguntado un dia Gresset, su hijo de confesion, á qué causa se debia atribuir el espíritu irreligioso de los escritores del siglo, le respondió: «Es porque el corazon les daña la cabeza. »

Bossuet, que echó en cara un dia á Fenelon que tenia *ingenio á punto de hacer temblar*, no tenia menos que él. « Es menester en parte, dice en sus *Pensamientos cristianos*, es menester que Dios des-

cienda á nosotros; así lo hace por medio de su revelacion. Es menester tambien que nosotros subamos á él; así lo hacemos por medio de la fe. Sin esto nunca tendriamos sociedad con Dios; esa inestimable bondad permaneceria como recojida en sí misma, y el hombre no saldria nunca de su indigencia.

El sacerdote, cuando adula, lo hace con suma delicadeza. « El cura de San Sulpicio, hallándose con el cardenal de Fleury, le dijo que habia visto su retrato, muy bien hecho, en casa de un pintor.—¿Nada habeis hallado que pedirle? — No, señor eminentísimo; *está demasiado parecido.* » — Voltaire celebraba mucho esta ocurrencia.

Tambien sabe el sacerdote dar una respuesta á tiempo. Flechier, hijo de un fabricante de velas de sebo, respondió á un gran señor que le manifestaba su sorpresa de que hubiese llegado á tan alta clase. — « Con ese modo de pensar, me temo, caballero, que si hubierais nacido lo que yo soy, habriais hecho velas. »

Casos ha habido en que la presencia de ánimo ha salvado del cadalso á un sacerdote. Un dia en que Maury, reconocido en la muchedumbre revolucionaria, oyó gritar : ¡*A la linterna!* respondió: ¿*Y vereis por eso con mas claridad*? — A este chiste debió la vida[1].

[1] Los primeros obispos, padres de la Iglesia, le engendraban hijos, con *pensamientos continuados*, juntamente literarios, amables, consoladores, sublimes, tales como el siguiente, sobre la *Inconse-*

Pero hay en punto á dones *espirituales*, uno mas raro, mas concluyente y mas prodigioso que todos los demas: tal es el espíritu *profético*.

Ahora bien, este es eminentemente y fué siempre el patrimonio del sacerdote, y sobre todo del sacerdote en el púlpito ó en asamblea.

Los oradores y los escritores individuales del clero renovaron y desenvolvieron particularmente, con increible sagacidad, los anuncios de la revolucion.

cuencia del hombre, traducido por el sabio obispo de Marruecos: « ¡Qué inconsecuencia no obedecer sin contradiccion los mandatos de Dios, cuando le place á su providencia llamarnos á sí sacándonos de este mundo! Sin embargo, oponemos resistencia; semejantes á servidores rebeldes, es preciso llevarnos arrastrando á su presencia, para comparecer ante ella por necesidad y no por cariño. ¡Y todavía pretendemos que nos toque una parte de las recompensas celestiales cuando no cedemos sino á la fuerza! Si habitaseis una casa cuyas paredes y techos degradados por la insensible carcoma de los años amenazasen una cercana ruina, os apresurariais á salir de ella; y veis al mundo titubear y desmoronarse por partes y no dais gracias á la divina Providencia de que una temprana partida os salve de sus ruinas! No debemos considerarnos en esta tierra mas que como estrangeros navegantes: no morimos sino para renacer; no cruzamos la peregrinacion de esta vida mas que para pasar á otra vida mejor en la que no se muere. Deseemos pues ansiosamente que llegue el dia que introducirá á cada uno de nosotros en su apacible morada. *¿Cuales el estrangero que no se da prisa á regresar á su patria?* Cuales el navegante que no desea un viento favorable para volver á abrazar cuanto antes á sus deudos y á sus amigos? El cielo es nuestra patria; ya nos aguardan en ella muchos de nuestros amigos, de nuestros hermanos, de nuestros hijos, seguros de su salvacion é inciertos todavía de la nuestra! ¡Qué alegría para ellos y para nosotros, vernos en fin reunidos! ¡Qué delicia gozar de un reino celestial, vivir felices todos juntos, y vivir siempre, sin miedo de morir jamás! »

La reunion de sus escritos sobre esta materia formaria un libro curiosísimo, del que solo podemos presentar aqui algunos rasgos.

El clero reunido, en 1765. Decia, reprobando muchos malos libros : « El daño es bastante urgente para dar cuidado á las dos potencias... La magestad del ser supremo y la de los reyes reciben frecuentes ultrages... El espíritu del siglo parece amenazarnos con una revolucion que anuncia por todas partes una ruina y una destruccion generales. »

El clero reunido, en 1770 : « Nosotros no queremos, señor, nosotros no queremos, digan lo que quieran las injustas acusaciones de una falsa política, comprimir el vuelo del ingenio, detenerle en su carrera, ni condenar á vuestros pueblos á la ignorancia y á la supersticion. La religion no teme la luz ; solo teme los estravios de la razon, y no sus esfuerzos. No se opone á la perfeccion de las ciencias humanas : pero para no coartar los felices progresos de la inteligencia humana, ¿se le ha de permitir que lo destruyo todo? Y NO PODRA AQUELLA SER libre, sino cuando no haya nada sagrado para ella? Esa desenfrenada libertad de dar publicidad á los delirios de una imaginacion descarriada, lejos de ser necesaria al progreso de la inteligencia humana, no puede menos de retrasarle á causa de los desvarios en que le emplea, de las insensatas ilusiones con que le embriaga y de los varios trastornos de que LLENA los Estados... Esa fatal libertad es la que ha introducido entre los isleños, nuestros vecinos,

esa confusa multitud de sectas, de opiniones y de partidos, ese espíritu de independencia y de rebelion que tantas veces ha conmovido ó ensangrentado el trono en aquella nacion. ESA LIBERTAD PRODUCIRIA TAL VEZ ENTRE NOSOTROS EFECTOS TODAVIA MAS FUNESTOS: hallaria en la inconstancia de la nacion, en su actividad, en su aficion á las novedades, en su impetuoso é inconsiderado ardor, *mas medios para producir en ella las mas estrañas revoluciones y precipitarla en todos los horrores de la anarquía.* » — Y, despues de haber anunciado al monarca que « la impiedad no quedaria satisfecha hasta despues de haber ANIQUILADO todo poder divino y humano, lo que solicitamos, añaden los prelados, no es leyes crueles, sino represivas; no pedimos que el impío perezca, sino que se le contenga. » — Despues de lo cual seguia, dirijida á los *fieles del reino*, una admirable apología de la religion, en ciento veinticuatro páginas. « El conocimiento de la verdad es el mayor beneficio que se le puede proporcionar al hombre. Si el hombre no sabe lo que debe pensar de Dios, de la naturaleza de su alma, de los deberes que le están prescritos, del fin á que debe tender, ¿cómo podrá arreglar su conducta y sus acciones? El vulgo sobre todo no puede quedar abandonado á sí mismo sin instruccion. Cuando ignora la verdad, inventa ó adopta fábulas y mentiras; si no sabe la senda que debe seguir, por fuerza se estraviará. Si, en punto á estas verdades, el hombre no puede estar indeciso, ¿por qué la mayor

parte de los escritores, únicamente ocupados en destruir, no se dignan sustituir nada al edificio que quieren derribar... Pueblos supersticiosos, súbditos indóciles, reyes tiranos, ciudadanos infieles, leyes impotentes; ningun temor para el crimen, ninguna esperanza para la virtud, ningun consuelo para la desgracia; luces débiles, inciertas é insuficientes, mas capaces de descarriar que de conducir, — hé aquí, pues, los frutos que la irreligion prepara á los hombres. Escuchad lo que decia Dios antiguamente á su pueblo: « Os he dado una tierra de esperanza y de promision; siempre habeis sido mi pueblo querido y el objeto de mis bondades : si sois fieles á mi voz, seguiré colmándoos de beneficios; pero si os separais de mi ley, si me desconoceis, á mí, que no tengo principio y que jamas tendré fin, armaré contra vosotros todas las plagas de mi venganza; derramaré por todas partes el desorden y la confusion; romperé todos los vínculos que os unen; el padre y el hijo desconocerán los derechos de la sangre, los ciudadanos los de la patria, los súbditos los de la autoridad: mis beneficios redundarán en daño vuestro: vuestras leyes carecerán de vigor; vuestro poder no servirá mas que para seduciros; las ciencias, de que blasonais, mas que para estraviaros y perderos. Tememos, carísimos hermanos nuestros, haberos bosquejado mas bien los males que sentis que los que teneis que temer. *Volved, pues, á vuestro Dios*, y no creais que vuestra fe está segura porque todavia está entera, ó que baste, para ser cristiano,

no adoptar las mentiras y las blasfemias de impiedad. Si vuestra atencion no aumenta en razon de vuestros esfuerzos, conducidos por ciegos, *caereis con ellos en el precipicio.* »

El clero reunido, en 1780 : *Pasarán todavia algunos años...* de silencio, *y el trastorno, entonces general, no dejará ver mas que ruinas.*

El clero reunido, en 1782 : « Ya el veneno corre á borbotones por las diferentes partes del reino. *Las barreras mas sólidas* contra el embate de las pasiones humanas *titubean* y van cayendo sucesivamente; ya nadie teme hacer resonar en los oidos de los pueblos el dogma, no menos falso que destructor, de la *independencia* de toda autoridad. »

Bossuet : « Preveo que los libertinos y los llamados filósofos podrán llegar á perder su crédito, pero no por horror á sus sentimientos, sino porque todo se mirará con indiferencia, menos los placeres y los intereses materiales. »

El abate Dubos, en 1719, *Reflexiones sobre la poesia y la pintura* (es propio de los grandes hombres concentrarlo y unirlo todo). « El espíritu filosófico hará en breve de una gran parte de Europa lo que antiguamente los Godos y los Vándalos, dado caso de que continue haciendo los mismos progresos que ha hecho de setenta años á esta parte. »

El P. Lafiteau, en 1734 : « Mejor se verá aun eso en una de aquellas ocasiones críticas, de que Dios nos liberte, *en que se tratará de trastornarlo*

todo para establecer una entera libertad de conciencia. En ese caso es indudable que veriamos á los jansenistas asociarse abiertamente á los protestantes para no formar con ellos mas que un solo cuerpo, así como no forman ya con ellos mas que una misma alma.»

El P. Neuville, en 1736, *Panegírico de S. Agustin:* «¡Oh religion santa! ¡Oh trono de nuestros reyes! ¡Oh Francia! ¡Oh patria! ¡Oh pudor! ¡Oh decoro! Aun cuando no gimiese como cristiano, gemiria como ciudadano; no cesaria de llorar los ultrages con que osan insultaros, y el triste destino que os preparan: continuen estendiéndose y consolidándose esos horribles sistemas, y no tardará su devorante veneno en consumir los principios, el apoyo, el sosten necesario y esencial del Estado. Amor al príncipe y á la patria, vínculos de familia y de la sociedad, deseo del aprecio y de la fama pública, soldados intrépidos, magistrados desinteresados, amigos generosos, esposas fieles, hijos respetuosos, ricos benéficos, nada de esto espereis de un pueblo cuyo único Dios, cuya única ley, cuya única virtud, cuyo único honor son el placer y el interes. *Fuerza* será entonces que *en el imperio mas floreciente* de la tierra todo se desmorone, todo se hunda, todo se aniquile: para destruirle, no será necesario que Dios despliegue su rayo y su trueno; con toda seguridad podrá confiar el cielo á la tierra el cuidado de vengarle y de castigarla. Arrastrado por el vértigo y el delirio de la nacion, *el estado caerá y se precipitará en un abismo*

de anarquía, de confusion, de letargo, de decadencia y de ruina.

El P. Querk, jesuita de Viena, muerto en 1743 á los ochenta y cuatro años, solia decir á los novicios: *Advenient tempora magnæ tribulationis, quibus absque solida virtute succumbetis. Gaudebitis, si quis vobis micas de mensa suppeditaverit, sanguis á capitibus vestris defluet.*

El presbitero Caveirac, en 1756 : « La revolucion de que hablo ha hecho ya grandes progresos, y ruego al lector que lo observe con atencion. No hay mas que tender la vista sobre la Francia, y se verá que la religion se esconde, y que cuando deberia poner el grito en el cielo, apenas se atreve á quejarse. Un diluvio de escritos contra la religion inunda el reino sin que se le oponga un dique : el enemigo está ya á nuestras puertas y nadie le ve ; tiene tratos en la plaza, y todos duermen. Obispos y magistrados, ¿cual será vuestro asombro cuando al despertaros OS HALLEIS LA REVOLUCION YA HECHA? »

La Sorbona de Paris, en 1762, en la censura del *Emilio* de Rousseau : « Y si los sentimientos naturales á los corazones franceses no son los de su corazon estrangero, bástele presagiar locamente *la ruina de la monarquía,* y callar malignamente su causa ; y que á fin de acelerar con sus detestables lecciones lo que ha soñado que pronto ha de suceder, NO VENGA A ENCENDER EN ESTE REINO TEAS MAS PELIGROSAS mil veces de lo que lo fueron para

la república romana las que encendieron en ella los Catilinas y los Nerones. ¿Y cómo puede estar un estado en seguridad, cuando la religion peligra en él? El que huella los derechos de la magestad divina, no conoce los derechos de la magestad real. »

El presbitero Labbat, en 1763 : « De resultas de los progresos cada dia mayores de la filosofia y de las grandes protecciones de que goza, la religion oprimida sordamente y perseguida por parte del gobierno y del pueblo, alucinado por una tolerancia acreditada, de que son promotores astutos politicos, *una revolucion debe necesariamente estallar mas tarde ó mas temprano, y no está distante.* »

Coger, rector de la universidad, en 1776, propuso, el año de su rectorado, por tema del premio de elocuencia latina, esta cuestion : « *Num magis Deo quam regibus infensa sit ista quod vocatur hodie : philosophia?* »

Champion de Pontalier, jesuita, en 1767, en las célebres *Variedades de un filósofo provincial* predijo la revolucion con una verdad, una energia y un talento de primer orden[1], ya bajo una ingeniosa alegria, ya con una admirable puntualidad.

« En medio de un vasto globo que representa el universo, se alza una columna, en lo mas alto de la cual se leen estas grandes palabras : *Omnis po-*

[1] Este libro es, en nuestro entender, el mejor y acaso la obra maestra del siglo XVIII, y es al mismo tiempo el mas raro y el menos conocido. ¡Oh justicia humana! ¡cuan injusta eres!

testas á Deo. Al pie de la columna, por el lado del oriente, hay un altar de marmol blanco, sobre el cual humean tres incensarios de oro. Por el lado del occidente hay un trono de bronce, en el que se ven una espada y un cetro de acero en sotuer; de las volutas al capitel, por el lado del altar, penden mitras, tiaras, cintas, unas blancas, otras rojas; por el lado del trono, coronas, decoraciones y diademas, con espléndidas pedrerias: una figura gigantesca y ciega representa la *sofimania, hollando con un pie el trono y con otro el altar;* ciñendo con un brazo la columna, y alzando el otro para arrebatar los gloriosos simbolos pendientes del capitel; pero los movimientos de su mano parece como que agitan *una nube preñada de rayos que reposa encima de la columna*, y amenaza estallar. Hácia la base, *el lujo y la avaricia* escitan á una cuadrilla de enanos informes á cavar indiferentemente debajo del trono y debajo del altar, con instrumentos de agricultura y de varios oficios, *para descubrir una mina de plata*, en la cual se los ve enterrarse vivos y á punto de sumergirse en un abismo de fuego que termina el grabado; á derecha é izquierda, diferentes grupos de espectadores se agitan estraordinariamente y parece como que aguardan algun gran suceso... »

« Los heteredoxos y los cismáticos no pueden perjudicar á la creencia católica, ya adopten una parte de ella, ya desechen otra: bastante conocidos son el principio y la época de su rebelion. La mas santa gerarquia *puede incubar aun nuevos*

monstruos, y EL SUCESO QUE DEBE HACERLOS BROTAR SE ACERCA SIN QUE NADIE LE VEA. Á estos sucederán otros hasta el momento en que el espíritu de mentira pierda la funesta libertad de discurrir por la tierra escitando entre nosotros sutiles furores..... »

« Demasiado severo sois, creedme; dejad las manos sueltas al lujo que iguala todas las condiciones y arruina á las que alzan la cabeza sobre el nivel comun; á la ambicion que, aumentando la turba de los aspirantes, confundirá necesariamente la nobleza y la plebe; á la privanza, que envilecerá los títulos á fuerza de prodigarlos: á la avaricia, que pondrá tarifa á las distinciones sociales, que venderá la gloria ó la opulencia y comprará el valor y los servicios; á la lujuria, que desecará las fuentes de la mejor sangre; á la pereza y á su inseparable compañera, la pobreza, que harán contrastar tan ridículamente la condicion y el nacimiento, y reducirán á quimera, la sangre y sus augustas pretensiones: con el tiempo sin duda habrá una nobleza tan numerosa y tan despreciable que.... »

« Todas las ideas estan en el dia tan trastornadas, estamos en una ignorancia tal de las nociones mas claras, las verdades que siempre se han considerado como el rudimento de las buenas costumbres y el manantial de la pública probidad, han degenerado de tal suerte en problemas y en paradojas; á tal punto se han olvidado las máximas fundamentales del patriotismo y de la sana política, *que antes de*

treinta años, supuesto que esto continue, nadie sabrá absolutamente á qué atenerse sobre cosa ninguna. La niebla va aumentando y estendiéndose sobre toda Europa, en términos *que no se verá la luz á medio dia.*

« Yo aconsejaré, pues, á todos los que esperan vivir y á cuantos no ha trastornado todavía la cabeza el delirio epidémico, que reunan con particular atencion las luces de su juicio, y escriban, como una cosa rarísima, lo que á la primera ojeada decida su entendimiento como justo y conveniente; sobre todo que se guarden bien de fastidiarse de este trabajo, por parecerles lo que escriban demasiado evidente. En 1797 ó 98 A MAS TARDAR, será tiempo de imprimir esos apuntes, y entonces parecerá nuevo lo mas sencillo y palmario; casi temo, atendidos los progresos de la insensatez, que ese libro parezca todavía demasiado estraordinario. Sin embargo, creo que poco á poco se irán acostumbrando á él, del mismo modo que un desgraciado que sale de repente de un oscuro calabozo en el que ha gemido largos años, sufre la primera vez que ve la luz del sol, pero no tarda en irse haciendo á ella.... »

M. de Beauvais, obispo de Senez, en 1773, sermon de la *Cena*. Parafraseando el ilustre orador inspirado este testo de la Escritura: « Dentro de cuarenta dias Ninive será destruida, » vaticinó una muerte que nada entonces anunciaba como cercana, la de Luis XV. Ocurrió, en efecto, en el dia señalado, la muerte del que acababa de decir:

Compadezco á mi sucesor. El orador profético, tenia títulos para pronunciar la *Oracion fúnebre* del príncipe, como la pronunció, mostrándose en ella profeta de nuevo. He aquí algunos raptos de su última elocuencia digna de eterna fama, y que la mas remota posteridad pondrá al nivel y acaso encima de las mas celebradas, sin esceptuar la de Massillon, en el *Sermon sobre el corto número de los elejidos* ó de Bridayne, en el suyo sobre el *juicio final*: « Señor, cuando anuncié hace poco tiempo, la divina palabra en presencia de vuestro ilustre abuelo; cuando le hablaba de su pueblo, y él me escuchaba tan afligido de la miseria pública, ¡ah! ¿quién habia de prever el terrible golpe que le amenazaba? Ya la invisible espada de la muerte estaba suspendida sobre aquella augusta cabeza. ¡Ah! quien pensara que habiamos de haber dicho entonces en un sentido tan literal: de aquí á cuarenta dias, *ad huc quadraginta dies*, de aquí á cuarenta dias sereis llevado al sepulcro de vuestros padres, y esta misma voz que oís en este momento será intérprete de la desolacion de vuestro pueblo en vuestras exequias. Flacos mortales, humillémonos ante el terrible Dios que quita el aliento á los príncipes, ante el Dios terrible para los reyes de la tierra, *terribili et ei qui aufert spiritum princípum, terribili apud reges terræ*: » — « ¿Qué vértigo mas fatal que todos los trastornos que pueden agitar á las Iglesias y á los imperios ha principiado sus estragos bajo el reinado de Luis XV? Hasta ahora los mas audaces in-

novadores se habian limitado á atacar algunos de nuestros dogmas; pero estábale reservado al siglo XVIII atacar juntamente nuestros dogmas y todas nuestras leyes, socavando sus sagrados cimientos; la autoridad de la revelacion. ¿Qué digo? los principios mismos de aquella primera ley que el autor de la naturaleza ha grabado en el corazon de todos los hombres; los principios del honor, de la justicia, de la virtud, de la honradez natural; los principios mas esenciales para el orden y la paz de las sociedades humanas ¿han sido respetados? ¿Y qué progresos no han hecho esos sistemas deletereos entre nosotros y en todos los pueblos de Europa? La impiedad, segun el tenor de una profecía que parece hecha para este último siglo, la impiedad cree, pues, haber llegado al momento de un triunfo y de una revolucion general: sin duda ha dicho en su pensamiento: voy á mudar los tiempos, voy á mudar las leyes: *putabit quod possit mutare tempora et leges.* (Daniel., cap. VII.)

Peroracion animada del presentimiento de la revolucion ulterior: « Acordaos tambien del hijo y del sucesor de Luis, que puede deciros como el hijo y el sucesor de David, en el momento en que ascendió al trono de su padre. » « Señor, en mi mas tierna juventud, me habeis puesto al frente del pueblo mas poderoso del universo. » Dignaos, Señor, dignaos ser vos mismo el tutor de sus años juveniles; preservad á un rey tan precioso para su pueblo, tan precioso ante vos, por las dotes que anun-

cia; *preservadle de las redes que por dó quiera van á tender* á su rectitud, á su candor, á su fe, á sus buenas costumbres, á su justicia. Conservad en esa alma juvenil aquel fervor primero del honor, de la virtud, de la religion, de la humanidad; no consintais que nada pueda hacer titubear jamas esa voluntad firme y sostenida *que es la esperanza de la nacion y la única que puede reprimir los abusos y reparar nuestros desastres.* Haced que gobierne verdaderamente á la Francia el ojo de su amo, el hijo y el heredero de los reyes á quienes ha encomendado sus destinos, el que está mas interesado en hacerla venturosa y que no puede ser feliz sino con nuestra ventura. *Tended una mirada de misericordia sobre estas tristes reliquias del siglo XVIII; haced que nuestro nuevo rey pueda purificarlas de los desórdenes y de los errores que han desolado este desgraciado siglo.* » — « Siglo dècimo-octavo, tan preciado de tus luces, y que te glorias, entre todos los demas, con el título de siglo filósofo, ¡qué época tan fatal vas á formar en la historia del espíritu y de las costumbres de las naciones! — No os disputamos el progreso de vuestros conocimientos; pero ¿no podia por ventura la flaca y altanera razon de los hombres detenerse en su punto de madurez? Despues de haber reformado algunos antiguos errores ¿era acaso necesario, con un remedio destructor, atacar aun á la misma verdad? Es decir que ya no habrá supersticion, porque no habrá religion; no habrá falso heroismo, porque no habrá honor; no

habrá preocupaciones, porque no habrá principios; no habrá hipocresía, porque no habrá virtudes. Hombres temerarios, ved, ved los estragos de vuestros sistemas y horrorizaos de vuestros triunfos! ¡Revolucion mas funesta aun que las heregías que han trastornado, al rededor nuestro, la faz de muchos Estados! mas funesta, sí, porque estas á lo menos han dejado subsistir en ellos un culto y buenas costumbres, y nuestros desgraciados descendientes no tendrán algun dia ni culto, ni buenas costumbres, ni Dios! ¡Oh santa Iglesia galicana! ¡Oh reino cristianísimo! Dios de nuestros padres, tened compasion de nuestros hijos!... »

M. de Boulogne, en 1779, *Elogio del Delfin*[1]: « Tambien conoció que de todas las epidemias, la de raciocinar sin fin es la mas vana y la mas triste; *que todo está perdido* si el pueblo se abandona algun dia á la destemplanza de su curiosidad, si llega algun dia á sutilizar sobre sus deberes: que si empieza á discutir, no hará mas que discutir; que la virtud en él es obra del sentimiento mucho mas que de la razon, — de esa fria razon que acude tan rara vez cuando la llaman y que aconseja tan debilmente cuando responde: que á ese sentimiento que le dirige sucederá en breve una inquietud que no hará mas que agitarle: que *llegará á ser atroz si le*

[1] El presbítero Proyart, que mas adelante publicó un libro muy curioso titulado *Luis XVI destronado antes de ser rey*, hizo el mismo año un *Elogio del Delfin* en el que se halla el espíritu profético igualmente que en el de M. de Boulogne.

hacen pensador; que ese pueblo tiene necesidad, no ciertamente de ser engañado, sino de ser dominado por una fuerza invencible y secreta, sobre la cual no debe tener jurisdiccion alguna; que se la hacen sospechosa con el espíritu de duda que le inspiran, espíritu funesto que solo puede servir para enseñarle á desconfiarse de la conciencia; que, en este punto, todos los hombres son pueblo; que para ellos, adios las reglas cuando no conocen ninguna barrera sagrada; que á fuerza de decirles que sacudan el yugo de las preocupaciones, se los escita á no respetar ningun principio, fomentando en ellos aquella secreta inclinacion que los mueve á la independencia; que no pudiendo nunca conocer por sí mismos el límite en que es preciso detenerse, aquel punto tan delicado donde la libertad pasa á licencia, donde la duda cesa de ser prudencia, donde el exámen degenera en audacia, su vaga incertidumbre debe introducir por siempre en las costumbres la anarquía, en la razon un desenfrenado delirio, y en todas las facultades del alma el entorpecimiento ó la muerte.

« Una triste esperiencia le confirmaba estas verdades: *Veia prepararse la fatal revolucion;* la invasion de los infieles mas temible aun que la de los bárbaros, y, como una de sus mas funestas consecuencias, la índole de la nacion que se altera y degrada: la Francia devorada por una consuncion interna, de que acaso no se recobrará jamás: un monstruoso ayuntamiento del sumo lujo y de la

suma miseria, de graves fruslerías y de frioleras profundas: *una mezcla inaudita de todas las atrocidades con todos los primores*, de todos los crímenes con todas las lindezas: todos los escesos cometidos en nombre de la razon, todos los descarrios en nombre del genio: la degradacion de las almas llevándose en pos de sí la de los talentos: ingenios sin elevacion, caracteres sin energía: ninguna seguridad en los principios, ninguna grandeza en las pasiones: sistemas en vez de virtudes, problemas en vez de deberes, grandes aficiones á objetos pequeños, grandes recompensas por pequeños trabajos, grandes reputaciones por pequeños triunfos; y mas aun que todo esto, el olvido de toda verdad, mil veces mas funesto que la irreligion declarada, y la fatal indiferencia que, poniendo fin á todas las disputas, pronto pondrá el colmo á todos los errores. »

El orador renovó sus profecías en todos sus sermones, y mas particularmente en el que pronunció *sobre la Verdad*, en la cuaresma de 1783, á punto de hacer temblar á sus oyentes.

« Aquí, hermanos mios, ¿qué espectáculo se ofrece á mis ojos? ¿qué guerra se enciende? ¿qué liga se forma y qué estremecimiento es este de las naciones y de los pueblos? *Quare fremuerunt gentes?* (Salmo II, 1.) ¿Qué significan esos partidos, esas cábalas y esos sistemas hacinados sin fin? ¿Por qué toda esa efervescencia de la razon, esa vaga inquietud de nuestros vanos pensamientos que

se impelen, se estrellan y se agitan como las olas levantadas por la tempestad? ¡Y qué! ¿Será que han llegado ya los tiempos anunciados por el Evangelio? ¿Alcanzamos ya aquella hora fatal en que el choque de las opiniones debe preceder al choque de los elementos? *Erunt prælia et opiniones*? (San Mateo, XXIV, 6.) ¿Habrá perdido la fe sus derechos á nuestro acatamiento? No, ciertamente; pero la fe no transige con las pasiones, y estas aborrecen ya todo freno; pero humilla la razon, y la razon no tolera ya ningun yugo. De ahí proviene esa sediciosa altivez que se comunica de unos á otros como una peste; de ahí esa anarquía de las cabezas, ese fanatismo de impiedad que á todas las arrebata; de ahí esos atentados de una secta nueva, que osa protestar contra la sumision de diez y ocho siglos, que consagra la independencia bajo el nombre de libertad, y confunde miserablemente el deseo de saber con la osadía de pensar, el examen de la antigua creencia con la aficion á las novedades profanas, y los legítimos derechos de la razon con su licencia y su desenfreno. »

Perteneciale al elocuente obispo que tan enérgicamente habia profetizado en 1779 el porvenir de 1793, profetizar en 1820 otro porvenir, en la *Oracion fúnebre* del desgraciado *duque de Berry*. « ¡Oh nuevo abismo abierto bajo nuestros pies! esclama en la *Instruccion pastoral sobre los malos libros*, mil veces mas terrible para nosotros de lo que lo han sido recientemente el abismo de nuestra mise-

ria, la presencia de los estrangeros, el trastorno de las estaciones y las inundaciones de los rios, y del que no nos salvarán ni el comercio, ni las artes, ni los libreros, ni los eruditos, ni todo el lujo de las *Obras completas* de los autores predilectos del público! ¡Ah! cierto que no hay que desesperar de la salvacion de la patria mientras tengamos el rey, la dinastía legítima, y los augustos príncipes, que nos ha dado el Señor, dechados de tantas virtudes, y no quiera Dios que tratemos de amedrentaros con tremendos agüeros y con la pintura de exagerados temores! Pero no por eso es menos cierto que la falsa confianza pierde los imperios como pierde las almas, y que si tenemos motivos para tranquilizarnos en vista de los milagros que Dios ha hecho por nosotros, NO POR ESO DEBEMOS MENOS TEMBLAR DE LOS CASTIGOS QUE NOS PREPARA. »

El presbítero Bergier, en 1780: « Una sociedad pervertida hasta ese punto ni *está segura*, ni es feliz; *es imposible que se sostenga mucho tiempo sin padecer funestas revoluciones; — es imposible que no calcule mal y no consume en breve su ruina.* Los hombres mas perversos, sostenidos por los votos de sus semejantes, serán los que gritarán mas, proponiendo especulaciones, sistemas, cálculos, reformas de toda especie. Deslumbrarán al público con brillantes sofismas, y le probarán que le sirven, acabando de envenenarle: *¿será ese por ventura el periodo á que hemos llegado?* »

La Sorbona, en 1781, *Censura de la historia fi-*

losófica y política del abate Raynal (que al fin la espió con un grande arrepentimiento, y aun tambien con una célebre profecia de la revolucion): « En vista de los ataques dirigidos CON FUROR contra nuestra santa religion, y de los esfuerzos que hacen los impios para sustituirle esos delirios de una insensata filosofia, ¿no tenemos derecho para prorrumpir en tales gemidos? No se trata ya de un solo hombre que osa alzar la voz contra el Señor y su templo: trátase de UNA CONJURACION FORMADA, DE UNA LIGA NUMEROSA que dedica sus sacrílegos esfuerzos á defraudar al Ser Supremo del tributo de homenages y de adoracion que le es debido. ¿Ha habido nunca mas justa ocasion de esclamar: *¡Oh tiempo de aflicion, de insulto y de blasfemia!*

« ¿Cuanto, en efecto, se ha multiplicado en nuestros dias el número de esos hombres osados cuya *boca se abre insolentemente contra el cielo*? ¿Qué muchedumbre de escritos impios no vemos inundar el mundo cristiano? ¿HUBO JAMAS PROYECTO MAS CRIMINAL que el que forman los culpables autores que producen y propagan esos escritos? Ellos quisieran destruir sobre la superficie de la tierra toda especie de religion; representan todos los cultos indistintamente como imaginados por impostores, adoptados por los príncipes para consolidar su dominio y mandar arbitrariamente á los hombres, etc. »

El obispo de Lescar, en 1785: « Ya los veo (á los innovadores) poner una mano sacrílega sobre los

ornamentos del santuario, apropiarse ansiosamente sus despojos, cerrar las puertas de la casa de Dios, ó mudar su destino, *derribar nuestros templos* y *arrancar de ellos á los sacerdotes ocupados en el sacrificio*, proseguir fuera su impía victoria y, en sus triunfos y sus festines, insultar nuestros dolores *y con impuras libaciones profanar los vasos consagrados* con la celebracion de nuestros mas temibles misterios.... ¡Y todavía pedís señales y presagios de la REVOLUCION que el Espíritu Santo quiere hacernos temer! Qué mas señales, qué mas presagios quereis que la REVOLUCION MISMA que, preparada muy de antemano, SE ACERCA A PASOS GIGANTESCOS Y SE CONSUMA DELANTE DE NUESTROS OJOS. »

El P. Elisée, en el mismo año: « ¡Oh tú que señalas límites á la inmensidad del mar y que domas el orgullo de las olas! reprime la licencia de las ideas y pon un dique *á ese torrente de la impiedad que amenaza devastar la tierra.* ¡Ah! *acaso hemos llegado á aquellos desastrosos dias*, en que los ojos de los elegidos, precisados á llorar las desgracias de la Santa Jerusalen, se convertirán en manantiales de lágrimas! los rápidos progresos de la incredulidad, el desprecio de las cosas santas, la indiferencia hácia los dogmas, la repugnancia de los ánimos en creer las cosas maravillosas, y sus esfuerzos por descubrir, en las fuerzas de la naturaleza, las causas de todos los prodigios; el Dios del cielo, casi olvidado en los tratos humanos, como si

no fuera el Dios de los ejércitos y de los imperios; los votos que le dirigen los Moises considerados como indiferentes para el resultado de los combates: los trabajos del sacerdocio, los sacrificios de las vírgenes, las lágrimas de los penitentes, despreciados como piadosas inutilidades; en fin, la facilidad de los ánimos para recibir esas funestas impresiones, deben hacernos temer UNA REVOLUCION EN LA FE. ¡Alejad, Dios omnipotente, ese funesto presagio! Conservad ese sagrado depósito en este reino que, merced á la piedad de sus reyes, al ilustrado celo de los pontífices, al amor del pueblo al culto de sus padres, es todavía una floreciente porcion de vuestra preciosa herencia. Acrecentad, en todos los fieles, el amor á la religion: haced que llore el impío sus demasías, y que todos los corazones, reunidos por medio de la fe en el seno de vuestra Iglesia, aspiren á las recompensas prometidas á los verdaderos adoradores! »

El P. Lanfant, despues y antes, hasta 1790: « En nuestros dias, en medio de las brillantes luces que ha difundido el cristianismo, y hasta en su seno, veo el esfuerzo de algunos hombres tristemente famosos que se apartan de las banderas de la fe, afanarse por arrancar de raiz, con los dogmas, todas las virtudes; poner en libertad todas las pasiones del corazon; querer emancipar al espíritu de toda esclavitud; no dar á la razon mas que lo que la contenta; permitir á las inclinaciones todo lo que las satisface; empeñarse con encarnizamiento en

derribar todos los buenos principios, que no reemplazan con ningun otro : *derribarlo todo sin saber construir nada; talarlo todo en el universo, só pretesto de reformarlo, para dejarlo en seguida en medio de sus ruinas* [1]. »

El presbitero de Feller, en 1783: « La posteridad, teniendo á la vista *los sucesos que le están reservados*, juzgará acaso mejor que nosotros si el proyecto formado en Bourg-Fontaine por los jansenistas ha existido ó no. » — (Ahora bien, sabido es que los Jansenistas solos prepararon y consumaron el cisma de 1791.) — Y en 1784 : « Cien mil labra-

[1] Donde quiera que se supiese que el P. Lanfant debia predicar, acudia un inmenso gentío alrededor del púlpito, y aun los mismos filósofos no se desdeñaban de ir á oirle. Mas de una vez se vió á J. J. Rousseau mezclarse entre sus oyentes, y confesar en seguida que « la religion no podia hallar mas habil defensor, ni la nueva filosofía un enemigo mas formidable. » Diderot y D'Alembert le siguieron puntualmente á S. Sulpicio durante una cuaresma ; y al salir del sermon de la fe, dijo el primero al otro, en presencia de M. Tersan, cura de aquella parroquia : « Despues de un sermon como ese, difícil es seguir siendo incrédulo. »

Este grande hombre tuvo ocasion de morir aun mas elocuentemente que habia vivido. En uno de los sangrientos dias de la revolucion fué reconocido en una calle por el populacho que le buscaba para asesinarle. Una parte del pueblo pidió sin embargo con tanto imperio que le dejasen la vida, que al cabo le soltaron, y ya habia andado algunas calles, cuando varias mugeres que le seguian, empezaron á gritar : *¡Es el confesor del rey!* y al punto la canalla se precipita sobre él. El P. Lanfant alza las manos al cielo y esclama : « Dios mio, yo os agradezco poder ofreceros mi vida, como vos habeis ofrecido la vuestra por mí! » En seguida se hincó de rodillas y espiró.

dores ingleses tomaron las armas en tiempo de Wiclef, en 1379, apellidando *libertad*... espantosa REVOLUCION que van á reproducir las máximas de los filósofos modernos. » — Y en el Diario histórico de 1º de febrero de 1786 : « Un hombre dotado de profunda sensatez ha dicho recientemente que, antes de que pasen diez años, los ministros del Señor no osarán presentarse en público, y que para sustraer al insulto los divinos misterios, será preciso celebrarlos como antiguamente en subterráneos desconocidos. »

M. Dulau, arzobispo de Arles, ilustre martir de los Carmelitas, en su *Memoria sobre los medios de poner coto á la incredulidad en Francia*, presentada al clero reunido en Paris, en 1785 : « Vemos aumentar por dias la muchedumbre de los impíos; ya casi no se ven cristianos sino en las mas oscuras clases de la sociedad, entre los moradores de los campos y entre los ministros del santuario, — *y aun algunos de estos últimos osan alistarse entre nuestros enemigos.* Si el imperio del error fuera menos vasto, si sus conquistas fueran mas oscuras ó menos rápidas, no aconsejaria que se diese, como suele decirse, una campanada, pues podriamos llegar á nuestro objeto por caminos mas cubiertos y mas largos. Pero el peligro es inminente, *el incendio se propaga por todas partes.* Y es preciso volar hácia él y apagarle. En esta urgente necesidad ¿conviene tomar los caminos mas largos y mas tortuosos? ¿Nos limitaremos á proporcionar al altar ministros

mas dignos y á corregir los escandalosos abusos de la educacion? ¡No, no! porque mientras agotemos nuestros recursos en estas lentitudes, mientras estas tengan nuestros ánimos suspensos y atados nuestros brazos, la incredulidad irá poco á poco cundiendo hasta el pueblo: tal vez consumará el *cisma que medita*: tal vez pondrá sus sacrílegas y codiciosas manos sobre nuestros bienes. Señores ilustrísimos, temblad por la religion, temblad por vuestras propias haciendas. *Obispos, ciudadanos, franceses, ahuyentad, si es posible, las tremendas borrascas que la filosofía atrae sobre nuestras cabezas* [1].

« Algunos temen el escándalo que se ocasionaria dando un gran golpe decisivo.... ¡Dios mio! ¿y qué fruto hemos recogido hasta ahora de nuestra prudencia? Hemos tratado con blandura á los incrédulos: *el clero nada ha hecho para oponerles escritores dignos de combatir con ellos;* lejos de escitar su emulacion, acaso se ha dejado yacer en la indigencia á muchos de los que han osado alzar el broquel contra nuestros enemigos. ¿Donde están las pensiones concedidas á nuestros apologistas?. . . . .

. . . . . .

« Los predicadores de París se limitan á algunos

[1] El arzobispo de Arles era, sin saberlo, profeta de su destino: seis años despues murió con un valor heróico, bendiciendo á sus verdugos. Tres hombres hay que pueden considerarse como los representantes de todas las nobles víctimas de la revolucion: Pio VI, Luis XVI y el arzobispo de Arles. Es muy notable que los tres fueron unjidos en el mismo año 1775.

sarcasmos, que no conducen á nada, contra los filósofos; refutan con tono triunfante algunas de sus descabelladas opiniones, en que ni siquiera creen sus partidarios. »

« Todo calla, todo duerme profundamente. Trascurren muchos años, *y apenas se oye en todos los pulpitos de una diócesis un solo discurso que pruebe directamente la verdad de la religion*. Contentos con asegurar que es verdadera, nuestros predicadores atestiguan sobre su palabra que las opiniones filosóficas son falsas: tales son por lo comun los límites en que se encierra su celo. Lo digo y no me cansaré de repetirlo: ¿qué hemos ganado con esa criminal y cobarde tolerancia? Abrid los ojos, señores, mirad á vuestro rededor y juzgad... ¡Tememos dar un gran golpe!... ¡Ah! si hay un tiempo para callar, acordémonos de que hay *otro para hablar y de que este ha llegado*. En todos los siglos, cuando la Iglesia ha querido contener los progresos del error, *ha multiplicado los escritos y los discursos*. Lanzando el rayo en los concilios, iluminaba en los púlpitos: sigamos el mismo plan y llegaremos al mismo término. »

Propone en consecuencia el ilustre arzobispo, como el primero de los *ocho medios de contener los progresos de la incredulidad*, y, en el fondo, como el único medio y la *única esperanza* de salvacion, el establecimiento de verdaderas conferencias eclesiásticas en todas las diócesis. Es preciso leer toda entera su escelente *Memoria*, que es la obra maes-

tra de sus numerosos escritos; solo citaremos de ella un pensamiento y un consejo de que hemos visto participar á varios sabios obispos y elocuentes oradores: « Elegido un escritor ilustre por su talento, *un hombre superior*, para cotejar entre sí todas las conferencias impresas en las diferentes diócesis y reunir todos los rayos de luz diseminados en ellas, formando con estos datos UN TODO, que se publicaria todos los años, y que, puesto en venta á bajo precio, á espensas del clero, CIRCULARIA ESTRAORDINARIAMENTE. »

« Cuando, cuarenta años despues, las mismas causas iban á producir efectos análogos, los obispos renovaron su sagacidad, y el ilustrísimo arzobispo de Burdeos, monseñor de Aviau, escribia la siguiente carta á Luis XVIII, en marzo de 1817..... la víspera de un regicidio, etc.... « Señor, siniestras conspiraciones se manifiestan; audaces y sacrílegos ataques se renuevan contra los tronos y los altares. Las obras, aun las mas peligrosas y criminales de los autores predilectos de la rebelion y de la impiedad, van á ser puestas al alcance de toda clase de lectores, para infestar con su contagio todas las familias; y cuando los que están obligados, por su estado, á defender la religion y las buenas costumbres, quieren desempeñar este sagrado deber, denunciando y proscribiendo esas ediciones vergonzosamente completas, de las producciones anticristianas, obscenas y sediciosas de los filósofos Voltaire y Rousseau, vemos una multitud de libe-

los cuyos autores hacen alarde de serlo, y de periódicos demasiado difundidos, declararse los apologistas, así de los escritores y de sus licenciosas obras como de la perniciosa especulacion mercantil que las propaga, censurando amargamente reclamaciones tan bien motivadas. Acaso, señor, se han tomado ya sobre este punto prudentes y eficaces medidas; *pero en la simple duda sobre tan inminentes peligros, ¿como no ha de esponer un obispo su dolor y sus zozobras*, y á donde ha de llevar con mas confianza su sencilla espresion que á los pies del hijo de san Luis, de su rey cristianísimo? »

Ya en 1787 hizo el clero una prediccion que no se ha cumplido enteramente (*Deus omen avertat!*) pero cuyos síntomas son ya muy visibles: hablamos del *Discurso que debe leerse en el consejo, en presencia del rey*, y cuyo objeto era examinar: « Lo que fueron los protestantes en Francia antes del edicto de Nantes, lo que fueron despues de su revocacion, y lo que serán si se accede á sus pretensiones actuales. » — « No es posible desconocer que *la tempestad que amenaza á la Francia está á punto de estallar*. — Las cabezas de los protestantes, Señor, están impregnadas de ideas republicanas, y su tendencia general es, por confesion de Montesquieu, hácia el gobierno popular. — Señor, la faccion filosófica abriga hace mucho tiempo en las tinieblas un gran proyecto: este es un hecho notorio á los ojos de toda la nacion, hecho á que ya no se da en el dia aquel aire de misterio que la pruden-

cia reclamaba en otros tiempos. Ese proyecto tiene un doble objeto; el *de destruir en Francia la religion cristiana y el gobierno monárquico.* La ejecucion de la primera parte de este infernal proyecto avanza rápidamente: el contagio de la irreligion ha cundido á todas las órdenes de ciudadanos: los grandes como los pequeños, la nobleza como la plebe, todo está infestado del veneno de la incredulidad. Muchos profesores, imbuidos de las máximas de la nueva filosofia, *envenenan las fuentes de la educacion pública;* — y formando deistas y materialistas imberbes, preparan para las edades venideras *una* generacion monstruosa.

« La vuelta de los protestantes, Señor, *favorecerá* y *nos traerá* la segunda parte del proyecto filosófico. — La union de los calvinistas con los filósofos no amenaza solo á la religion dominante, mas tambien á la autoridad real. — *El incendio estallará con la mas terrible esplosion.* — Apenas hayais rehabilitado el protestantismo en vuestro reino, *vuestro trono se hallará asentado sobre un volcan.*

«*El reinado de la* SUPERSTICION *ha pasado: ya no buscamos sino profesores* ILUSTRADOS, DIGNOS Y VIRTUOSOS. De esta suerte la vigilancia de los obispos sobre la educacion pública, en calidad de censores natos de las costumbres, y de primeros jueces de la doctrina, se hallará destruida para siempre: de esta suerte todos los asilos destinados á formar la juventud se hallarán poblados de profesores cangrenados que, bajo la capa de la litera-

tura, abrigarán en su seno el veneno de la heregía. Y como la educacion decide de la suerte moral de la nueva generacion, destinada á reemplazar á la que pronto va á desaparecer, ¡qué aspecto presentará, Señor, la juventud de vuestro reino, formada, modificada, contorneada por profesores protestantes!

« ¡Qué revolucion tan lamentable se efectuará entonces en todas las ideas religiosas, morales, civiles y políticas de los súbditos de vuestro imperio! ¡Ah! Señor, lo que decia un Padre de la Iglesia (San Gerónimo), para pintar la seduccion que fué el fruto del pérfido concilio de Rimini; — *el universo católico se indignó de verse Arriano sin advertirlo;* — podemos nosotros vaticinarlo de la Francia imbuida un dia de las lecciones de maestros calvinistas; — *quedará asombrada de hallarse protestante.*

Jamas, justo es decirlo, jamas prevision alguna sondeó con mas acierto la noche de los tiempos venideros.

Cuando el *hecho* ha verificado la profecía, no queda mas mérito posible que el de caracterizar y *juzgar* superiormente el hecho.

Y de juzgarle á todo trance, como lo hicieron el ilustre presbítero de Lubersac, en su magnífica obra que le grangeó el martirio: — *Analogía y paralelo de los padecimientos de Jesucristo durante su gran mision sobre la tierra, con los de Luis XVI, en su carcel real;* y el P. Richard, sabio dominico de Lo-

rena, en su *Paralelo de los Judios que crucificaron á Jesucristo con los Franceses que mataron á su rey;* libro que tambien grangeó el martirio á su autor.

Los sacerdotes, los obispos que no fueron al patíbulo y sí solo al destierro, dieron ejemplos ó hicieron oir palábras de suma eficacia para convertir en los paises protestantes ó cismáticos. Los que se quedaron escondidos ante el terror, ó volvieron los primeros, pasada esta sangrienta época[1], se distinguieron los primeros é hicieron los primeros servicios políticos célebres. — El abate Emery hizo revivir, analizándole, el *genio* de los mas grandes hombres científicos de los siglos últimos: Bacon, Descartes, Leibnitz y Eulero.—Duvoisin defendió el *orden social* con la misma lógica con que antes habia defendido los libros sagrados. — Y cuando todas las tribunas eran mudas y todos los periódicos eran esclavos, los presbíteros de Boulogne y Legris Duval, fueron los primeros que hicieron revivir la libertad y recordaron los mas felices tiempos de la elocuencia sagrada.

Todos juntos suscitaban visiblemente el talento y dirigian los aciertos de los únicos legos que presidieron á la restauracion de las ciencias políticas, filosóficas y literarias, el conde de Maistre, M. de Bonald y M. de Châteaubriand.

[1] Es muy notable que el hombre que ejerció mas saludables influjos en toda la diplomacia del antiguo imperio y del nuevo fuese un obispo, el príncipe Carlos de Dalberg, el mas sabio y aun el mas razonable metafísico de la Alemania.

¡Cuan ilustrado es el clero! ¡Cuan elevado, estenso, profundo, util y amable juntamente es su genio! Y sin embargo no nombramos, ni aun conocemos siquiera á millares, tal vez, de teólogos, de filósofos, de literatos, de hombres de ingenio superior, á quienes nuestra ignorancia, mas aun que nuestra ingratitud, nos impide conocer. — Y aquel S. Pedro, á quien su elocuencia grangeó el nombre de *Crisólogo*[1], cuyas palabras ordinarias eran las siguientes: « Aquel que estima y cree á Dios su autor y su primer principio, le tiene en sí. » — « ¡Oh hombres! cuando dais á un pobre, os dais á vosotros mismos, y no tendreis mas que lo que hayais dado. » — « Dios escuchará la plegaria del que escuche la voz del pobre que pide. » — « Poned vuestro conato en dar á los hombres pequeños mandamientos, y en edificarlos con grandes ejemplos. »

Y aquel S. Fulgencio que escribia en Roma, en el año 500, cuando Teodorico, rey de los Godos, entraba en ella solemnemente: « ¡Oh! ¡cuan espléndida debe ser la celestial Jerusalen cuando con tal esplendor brilla Roma la terrestre! Y si, en este siglo, hay tanta gloria y honor para los que aman la vanidad, qué honor, qué gloria, qué paz no recibirán los santos que contemplan la verdad. »

Y aquel S. Evroul, obispo en Bretaña, que solia decir á los cristianos de su diócesis, cuando mos-

[1] Voz griega: vale tanto como elocuentísimo. — N. del T.

traban apego á la vida : « *Es propio de todo servidor infiel no desear ver á su Señor.* »

Y aquellos grandes hombres, tanto mas olvidados en el dia, cuanto mas prodigiosos son : — Un cardenal Pedro *Igneo* (nombre magnífico de su magnífico bautismo de *fuego*), de la ilustre casa de los Aldobrandinis, bastante autorizado para ser elegido por toda su orden de los Benedictinos de Vallumbrosa para sostenerla con la prueba de un fuego público, y bastante magnánimo (no decimos bastante divinizado), para salir de esta intacto y victorioso.... aun cuando no fuese mas que segun el espíritu y la opinion de su siglo !...

— Un Haulzhauser, humilde y sabio sacerdote de Suevia, muerto en 1653, autor de una *Interpretacion del Apocalipsis,* cuya edicion de 1784, mostró toda la historia de Alemania escrita en profecia. — Un san José de Cupertino, muerto en Nápoles en 1663, profeta y taumaturgo estupendo, cuya *Historia* publicó en Paris, en 1820, el sabio lazarista Viguier.

Y aquellos hábiles metafísicos, como Bungus, canónigo de Bergamo, autor de *Numerorum Mysteria,* donde se dice que Keplero halló sus *leyes* : — el presbítero Taisand, simple cura de Jansigny, cuyas obras tituladas los *Principios,* la *Ciencia de los números,* la *Proporcion del alma con el cuerpo,* etc., impresas ó manuscritas, que tenemos á la vista, grangearán, tal vez, algun dia una gloria póstuma á su autor, muerto en la flor de su edad ; —

Havelange, inmortal por su *Ecclesiæ infalibilitas*, etc. etc.

Y aquel publicista dotado de una mirada de águila en el siglo XVIII, aquel abate Dubois de Launay, que coronó su *Analisis de Bayle*, verdadera demostracion católica por medio del mas famoso de los escépticos, con una admirable *ojeada sobre el gobierno ingles*, al que considera como la causa de la revolucion que anunció en el nuestro.

Y aquel *último Romano* de los poetas latinos, el presbítero Delmas, autor de un *Ars Artium* cuyos hermosos versos espresan, á veces tan exactamente como la prosa, la dignidad y los deberes del sacerdocio, el *Arte de las artes*, en efecto.

Y ese nuevo Romano de los poetas italianos, el abate Bertola, el *La Fontaine* de su patria, salvo los *Cuentos*[1], y que ademas asombró á la Europa con improvisaciones en que nadie le ha llevado ventaja.

Pero el mas grande y el mas bello genio del clero, y en todo caso, su prueba mas irrefragable, es su verdad.

Vamos á bosquejar algunas pruebas de esta verdad.

[1] Sabido es que los cuentos de La Fontaine, casi todos traducciones é imitaciones de Bocacio, son en estremo licenciosos y aun obscenos. — N. del T.

PARTE QUINTA.

CONTINUACION Y CONFIRMACION DE TODAS LAS DEMAS. — NUEVO EXAMEN DE LAS VIRTUDES Y DE LOS BENEFICIOS PUBLICOS Y PRIVADOS DEL SACERDOTE.

En la *accion*, la beneficencia, la virtud, que forman el objeto y hacen perdonar el genio, es en lo que siempre ha descollado el clero.

La *Palabra* por sí, y sobre todo acaso la mas elocuente y la mas popular no es por lo comun mas que su *resonante cimbalo* que nos hace notar y juzgar al osador mas bien que juzgarnos y reprobarnos á nosotros mismos.

La Palabra libre ó *improvisada* es casi siempre equívoca y fatal.

El mismo Massillon escribia hasta *treinta veces* sus sermones; y si los Misioneros, cuyo inimitable modelo es Brydayne, si los Misioneros, á ejemplo de los primeros Apóstoles hablan en lo general de

repente, segun los inspira el Espíritu Santo, es porque son Misioneros ó verdaderos Apóstoles, y que tienen todas las entrañas de la humildad, de la caridad y del proselitismo por principios improvisadores. Los oradores del púlpito de otra especie fueron, en todas épocas, bastante endebles en teología y mas aun en caridad, y muchos hay de ellos entre los mas famosos, que fueron orgullosos y no tardaron en ser hereges. — *Gerónimo de Praga*, escribia el Pogge á Leonardo Aretino, *me confunde siempre que le oigo.* — Ochin hacia acudir á la cristiandad entera al pie de los púlpitos de Italia.— Antes de él, Arrio, Nestor, y la mayor parte de los grandes hereges, aparecen en las historias eclesiásticas como los oradores mas grandes de sus siglos. — Hay tiempos en que el mal oratorio es universal: en las épocas de agitaciones políticas suelen los predicadores ser unos verdaderos bota-fuegos.

¿Por qué la palabra pública, cuando no edifica, mata? Porque está espuesta al orgullo, que es el mayor asesino del universo.

Ha sucedido tambien en todos los paises y en todas las épocas que los mas elocuentes y aun los mas ilustres oradores del púlpito han sido los mas virtuosos, y, por lo general, los religiosos regulares y seculares, y aun los santos, — sin duda porque hallaban en la obediencia y acaso en la penitencia del claustro la preservacion ó el correctivo de los vanos elogios del mundo.

Tales son los Apóstoles, los *Misioneros* propia-

mente tales, de quienes hemos hablado en una parte de esta obra. Tales son, san Antonio de Padua, san Vicente Ferrer, Bernardino de Siena, san Pedro de Alcántara, san Juan de Capistrano, etc., etc.

La verdadera elocuencia del púlpito en el siglo XVIII y aun en el presente, la elocuencia escrita lo mismo que la elocuencia hablada, es tambien el patrimonio de la virtud. El primero de los nuevos oradores es Massillon á quien Luis XIV dijo: « Siempre que os oigo, estoy descontento de mí mismo. »

Aunque mucho mas se podria decir sobre la palabra del sacerdote, vamos ahora ó recordar algunas de sus acciones.

Pero antes, nos ha parecido conveniente y aun necesario responder cuatro palabras á la trivial é insensata acusacion de orgullo y de ambicion en los eclesiásticos modernos.

Y ante todas cosas, parécenos que bien se le puede perdonar que conserve ciertos humos al que ha tenido un gran poderío y le ha perdido; y los que ven, en sus manos impotentes, el destino de los pueblos, es natural que se llenen de dolor á la vista de la ingratitud y de la obcecacion de los pueblos. Montesquieu respondia sobre este punto de un modo decisivo á los acusadores irreflexivos: « Se engaña el que considera las tentativas del clero como una señal de su corrupcion. Los grandes hombres moderados son rarísimos, y en la clase de los seres superiores, es mas facil hallar individuos suma-

mente virtuosos que sumamente cuerdos y prudentes. »

Los vicios del hombre, en este punto, no son mas que flaquezas, y sus defectos, mas que exageraciones de méritos. Como sacerdote, representante de Dios en la tierra, y muchas veces, como hombre, superior á sus semejantes, propende al orgullo (monstruo que se alimenta de virtudes, ha dicho un Santo.) Si se apega á los ricos y á los hábiles en el mundo, es porque sabe cuanto podrian hacer la riqueza y la inteligencia en favor de la religion y del bien de la humanidad: — su misma ambicion no tiene otro movil.

Sin duda ha habido siempre y hay hoy todavia algunos hombres á quienes el caracter sacerdotal no impide ser orgullosos y aun culpables, porque son *hombres*, pero es menester convenir en que esto es mucho mas raro en ellos que en los mundanos, y que ademas la mayor parte han acabado y acaban, tarde ó temprano, por *un arrepentimiento*, que J. J. Rousseau consideraba como *mas glorioso que la inocencia misma;* desde san Pedro hasta Abelardo; y luego, desde los cardenales Wolsey, de Retz, Dubois, Alberoni, y los abates de Saint Pierre, Prevost, Mably, Condillac, Raynal, Barthelemy, Maury, de Pradt, etc., etc., hasta el abate Lamennais, cuya abjuracion y aun cuya penitencia vaticinamos desde ahora....

El clero practica todas las virtudes antes y mejor que todas las demas condiciones sociales. En primer

lugar debe contarse su perseverante fidelidad, su inviolable adhesion, en todos tiempos, á los soberanos pontífices.....

El menor de los méritos del clero es el que nos parece á nosotros el mayor. La pobreza.

Y sin embargo la tierra que naturalmente no podia él cultivar en persona, ó siempre, iba naturalmente á él como va hoy dia y como irá eternamente, como al mas capaz, por su inteligencia, de hacerla redundar en gloria del Criador. El clero dividió su dominio util y honorífico con los *señores,* otro poder igualmente natural y legítimo, y que no ha hecho mas que mudar de nombre. Aquella propiedad, de que se ha hecho un crimen á los eclesiásticos, era tan favorable cuanto la nuestra lo es poco, pudiendo añadirse que tan injusta como *impropiamente*, por decirlo asi, se le ha dado el odioso título de *propiedad.* La comunidad sola, es decir el *ser ideal*, tenia el derecho: el individuo en general no podia ni envanecerse ni disponer del terreno. Con el tiempo ha mudado mucho la naturaleza de las cosas.

El clero es de todas las clases la mas sabia, la mas pobre, y en general, en igualdad de circunstancias, la mas honrada, la mas laboriosa, la mas desinteresada, la mas generosa, la mas capaz de grandes sacrificios y por consiguiente la mas apreciable. — El hombre eclesiástico es naturalmente bueno; el ciudadano de este caracter es naturalmente pacífico: en él es donde se halla comunmente la alianza, tan rara en todas las demas

clases, de la sencillez y de la dignidad. El eclesiástico es el agente intermedio admirable y benéfico entre el grande y el pequeño, el rico y el pobre, la autoridad y el particular.

Ese mismo cuerpo y esos mismos individuos á quienes creemos fautores del poder absoluto y partidarios de las medidas rigorosas, se hallan al frente de todos los amigos de la libertad y de la humanidad; y cuando favorecen á un rey, es siempre contra tiranos [1].

En el mundo se ven frecuentemente rasgos de caridad, pero solo en la Iglesia se hallan vidas enteras consagradas á ella.

Solo el sacerdote da algunas veces con una forma de caridad que duplica la caridad para el que la hace y para el que la recibe.

¡Cuando el clero no tiene que dar, hace con su influjo que den los demas.

[1] Creemos, dice el presidente Henault, que los obispos y la religion han contribuido mucho á los triunfos de Clovis. Los Galos no tenian ni leyes ni gobierno: los emperadores de oriente, que eran sus verdaderos señores, dejaban á este pueblo á merced de las facciones. *Todo era anarquía* cuando Clovis se presentó con su ejército: el clero favoreció sus conquistas, le hizo abandonar sus falsos dioses y negoció su casamiento con Clotilde, princesa dotada de raras virtudes. Entonces el gobierno feudal hacia á los ricos hombres opresores, multiplicaba los siervos del terruño y ultrajaba la dignidad del hombre... *El clero se ocupó en destruir la autoridad de aquellos tiranos y se valió de la religion para dar al pueblo algunas luces y algunas virtudes.* Beneficios son estos que bien merecen la justicia del príncipe y la gratitud de la nacion.

En realidad de verdad, al clero esclusivamente ó, cuando mas, á los reyes y á los hombres de estado inspirados por ellos, son acreedoras todas las ciudades, las aldeas, y por consiguiente las naciones, de sus mas bellos monumentos: — de sus numerosas y soberbias Iglesias (Jacobo Cœur ha *calculado* cerca de veinte mil torres solo en Francia, sobrepujada en esto por la Italia, la España y aun la Flandes) que solo con su aspecto y con el sonido de sus campanas, halagan la vista y el oido, y escitan todo linage de útiles y agradables sensaciones: — de sus grandiosas abadías, cuya sola conservacion parece desafiar todos los esfuerzos de nuestros arquitectos y toda la buena voluntad de nuestros gobiernos; — de sus seminarios, modelos de los mejores colegios; — de sus colegios mismos; — de esas esculturas esteriores ó interiores que suponen juntamente la *ciencia*, la *paciencia* y la *conciencia*; — de esas admirables pinturas de las iglesias y de los monasterios; — en fin de lo mas colosal, materialmente hablando, de lo mas pintoresco, benéfico, amable y aun amado que tienen las capitales, las grandes poblaciones y el universo entero; de modo que puede decirse, aun en sentido recto, que el sacerdote ha *removido montañas* como se lo prometió, permitió y predijo su divino Señor.

Compárense con todas esas grandezas, con todas esas elocuencias de piedras sublimes, las sinagogas judáicas y los templos protestantes!

Tambien debe la sociedad al sacerdote todos sus

establecimientos de caridad pública [1] y sobre todo sus hospitales.

La antigua servidumbre, contra la cual se ha declamado tan furiosa y ciegamente en estos tiempos de ingratitud y de ignorancia, no era obra suya, á lo menos en lo que tenia de duro y de degradante, sino de los señores civiles. Cuando, andando los tiempos, ó de resultas de donaciones ó herencias, los obispos, los abades y los eclesiásticos observaron los abusos al paso que adquirieron derechos, fueron los primeros en reducir la *servidum-*

[1] Este asunto tan importante, tan interesante y tan inagotable ha sido *ensayado* en general y en particular, en todas las épocas, y últimamente por el Inglés Byon, etc., en los *Beneficios del cristianismo* ;— y con un plan mejor y con mas erudicion, por M. Kenelm de Digby, en sus *Costumbres católicas*, ó las *Edades de la fé*. — Un sabio *amigo de la religion*, M. Picot, ha tratado este mismo asunto, en particular, en su *Influencia de la religion en Francia en el siglo diez y siete*.

Hállanse las virtudes del clero en otras épocas, formando la mayoría de los ejemplos en todas las *Morales en accion*, antiguas y modernas, y sobre todo en los libros raros, titulados : *Anales de la caridad cristiana*, por Richard, una de las heróicas víctimas de la revolucion, 2 tomos en-12 ; Lila, 1785 : — *Anales de la beneficencia*, por Lacombe de Presel, 5 tomos en-12 ; Lausania, 1772 : — *Anales de la beneficencia francesa en el siglo diez y ocho*, etc.

Pero es menester sobre todo recordar aquí en la impotencia de leerlas y aun de reunirlas, las cien mil *Vidas*, impresas ó manuscritas, de héroes cristianos, las *Biografías universales* y aun todas las *Historias eclesiásticas*, aun cuando sean protestantes.

Y dado todo esto, aun no tendremos la cien milésima parte de las pruebas de las *bondades* que inspira el cristianismo, porque no tendremos la cien milésima parte de las *Vidas*, magníficas en el fondo, cuya redaccion y aun cuyo conocimiento son imposibles.

bre á meros servicios y aun á *servicios* honrosos. Testigo aquel noble y liberal legado de San Perpetuo, que un sabio de nuestros dias, M. Peignot de Dijon, ha reproducido en la curiosa *coleccion de sus testamentos antiguos*, y que quisiéramos poder citar entero: « En primer lugar, yo, Perpetuo, quiero que todos los esclavos, hombres y mugeres que he comprado con mi dinero y que están en mi hacienda de la Javoneria, igualmente que los niños á quienes no haya emancipado en la Iglesia para el dia de mi muerte, reciban todos la libertad. Sin embargo, pongo por condicion que han de servir libremente á la Iglesia mientras vivan, *pero sin esclavitud trasmisible á mis herederos, ni que pueda sujetarlos al terruño.* Hago donacion tambien á mi iglesia de las tierras que Aligario me vendió en mi susodicha hacienda de la Javoneria, con el estanque..... Lego tambien á mis deudores todo lo que me deban en el dia de mi muerte, etc. »

Mas ha hecho todavía el clero en punto á liberalidad: ha rescatado á veces hasta la *patria* misma, rescatando á sus *hijos* por escelencia.» En 1528, se reunió un concilio en Bourges. Una de sus sesiones se consagró á examinar el pedido de cuatro décimas eclesiásticas, hecho por Francisco I, para el rescate de sus hijos que habian quedado prisioneros en Madrid, en rehenes por él; — las cuatro décimas fueron concedidas sin discusion y con entusiasmo. — Francisco I habia ofrecido á los tres órdenes volver á constituirse prisionero en España, para desempe-

ñar su palabra y sus hijos, pero los diputados declararon por el órgano de su presidente, que antes arrostrarian la muerte que acceder á aquel deseo del rey. El clero ofreció un millon y trescientas mil libras, la nobleza, sus bienes y sus vidas; el estado llano y la magistradura ofrecieron lo mismo.

No solo ha libertado el clero á sus esclavos, mas tambien, en cuanto ha dependido de él, ha rescatado los de los demas: un solo hecho de este género basta para dar idea de todos los demas: citaremosle tal cual le refiere el autor del *Ensayo sobre la influencia de la religion en el siglo XVII.* « .... En 1635, du Chalard, caballero enviado por Luis XIII á Marruecos, rescató de la esclavitud trescientos sesenta marineros por 216, 000 pesetas. Como estos gastos no le fueron reembolsados, la asamblea del clero de 1670 escribió una circular á los obispos escitándolos á que recomendasen á du Chalard á la caridad de los fieles. La asamblea de 1675 siguió este ejemplo, y dió socorros á aquel caballero. »

¿Y quien no ha oido contar, quien no ha leido los episodios de las vidas de los santos ó de los mártires, de Vicente de Paul, en Francia, de Tomas de Jesus, en Portugal etc., donde se ve á aquellos grandes hombres correr los azares y pasar libremente vida de esclavos para salvar ó edificar á los cautivos en Africa?

¿Y quien ha alzado mas enérgicamente la voz, en todas épocas, que la Iglesia romana y los papas, contra el *tráfico de los negros*, declarado última-

mente una *indignidad* y aun un *oprobio*, en una soberbia *Ad futuram memoriam* del 3 de noviembre de 1859, de Gregorio XVI?

En punto á liberalismo, mas ha hecho el clero todavia, pues se ha elevado hasta aquellos planes de filantropia y de correccion generales de que nos creemos los inventores y de que tanto nos vanagloriamos [1].

[1] Oigamos sobre este punto á uno de los mas sabios economistas de nuestros dias, M. Moreau de Cristophe, inspector general de las cárceles de la capital: « El P. Mabillon es el primer autor francés que ha escrito *ex-profeso* sobre la reforma moral de las cárceles, y aun, sea dicho de paso, á él es á quien se debe la primera idea del *sistema penitenciario americano*, idea esencialmente *monástica* y francesa, á pesar de cuanto se ha dicho para darle un origen ginebres ó pensilvanio. Creo á lo menos hallar su revelacion en este pasage, por decirlo así profético, de una disertacion muy notable en la que el sabio benedictino examina los medios de reformar el moral de los religiosos detenidos, y reduce estos medios á cuatro: la *soledad*, el *trabajo*, el *silencio* y la *oracion*. — « Volviendo, dice, á la carcel de S. Juan Climaco, de que he hablado arriba, pudiera establecerse un sitio semejante para encerrar á los *penitentes*. Habria en este sitio varias celdas parecidas á las de los cartujos con un laboratorio para ejercitarlos en algun trabajo util: podria tambien destinarse á cada celda un huertecillo que se les abriria á ciertas horas para hacerlos trabajar en él y tomar un poco el aire. Asistirian á los oficios divinos en una tribuna separada: su método de vida seria mas grosero y mas pobre y sus ayunos mas frecuentes: se les harian frecuentes exhortaciones, y su superior ó algun otro en su nombre cuidaria de verlos en particular y de consolarlos y confortarlos de cuando en cuando. Ningun esterno entraria en aquel sitio, donde se observaria una rigorosa soledad. Si esto llegase á establecerse, lejos de que semejante soledad pareciese horrible é insoportable, estoy cierto de que la mayor parte casi no tendrian pena de verse encerrados en ella, aunque fuese por lo restante de su vida. No dudo de que todo esto pasará *por delirios*,

Clemente XI estableció la primera casa penitenciaria en Roma, el primer año de aquel siglo XVIII que iba á ocasionar tantos crímenes y á necesitar tantas expiaciones.

El clero que hubiera sabido prevenir, si le hubieran dejado libertad para hacerlo, sabia tambien reparar, y sus gritos de santa indignacion contra el escandaloso estado de las cárceles públicas eran tan

pero dígase y piénsese lo que se quiera, nada hay mas facil que hacer las prisiones llevaderas y mas útiles. » — Otro historiador, todavía menos sospechoso, ha hecho la misma justicia al clero : tal es M. Guizot, en su *Historia de la civilizacion* : « Hay, dice, un hecho en las instituciones de la Iglesia; un hecho en que no se ha fijado bastante la atencion, y es su sistema penitenciario, sistema tanto mas curioso de estudiar cuanto está, por lo que respecta á los principios y á las aplicaciones del derecho penal, casi completamente de acuerdo con la filosofía moderna. Si estudiamos la naturaleza de los castigos de la Iglesia, de las penitencias públicas que eran su principal modo de castigar, veremos que *tienen sobre todo por objeto escitar en el alma del culpado el arrepentimiento, y en las de los asistentes el terror moral del ejemplo*, á todo lo cual va unida una idea de expiacion. No sé, en tesís general, si es posible separar la idea de expiacion, de la de castigo, y si no hay en todo castigo, independientemente de la necesidad de provocar el arrepentimiento del culpado y de escarmentar en cabeza agena á los que pudieran estar á punto de llegar á serlo, una secreta é imperiosa necesidad de expiar la culpa cometida; pero dejando aparte esta cuestion, es evidente que el arrepentimiento y el ejemplo son el fin que se propone la Iglesia en todo su sistema penitenciario. ¿No es este tambien el fin de una legislacion verdaderamente filosófica? ¿No han reclamado en nombre de estos principios, en nuestros dias, los publicistas mas ilustrados la reforma de la legislacion penal europea? En efecto, abramos sus libros, los de Bentham, por ejemplo, y admiraremos la semejanza que hay entre los medios penales que ellos proponen y los que empleaba la Iglesia, etc.»

elocuentes, cuanto eran sensatas y lógicas sus amonestaciones para que se remediasen tales abusos.

Al clero se debe la verdadera represion de los vicios ó de las miserias de la sociedad: aun mas visiblemente todavía se le debe la reparacion de las dolencias de la naturaleza.

En la parte III de este libro hemos recordado una porcion, la mas debil sin duda, de las fundaciones religiosas y literarias debidas al clero y á los fieles. ¿Quien podria dudar de sus fundaciones de caridad? Puede decirse que todas[1] le pertenecen, en particular los hospitales y los hospicios; y esto, que es cierto en Francia, lo es aun mas en todo el resto de la cristiandad y especialmente en Italia y en España. En la primera de estas naciones, en Roma sobre todo, centro de las miserias y de las grandezas de la tierra, que se llaman y se siguen, es donde se halla la iniciativa de las mas felices y de las mas delicadas instituciones filantrópicas conocidas. — En 1198, el Papa Inocencio III fundó los *Niños Expósitos* que el mismo San Vicente de Paul no estableció en Paris hasta el año 1638. — En 1460, el cardenal Torre Cremata fundaba, bajo el título de

[1] No hay en Francia una silla episcopal que no haya fundado, á lo menos indirectamente, uno ó muchos hospicios. Las órdenes religiosas han rivalizado sobre este punto con los obispos, y para no citar aquí mas que un hecho, recordaremos que cada convento de Benedictinos recibia regularmente varios militares inválidos, antes de que Luis XIV fundase el magnífico cuartel que les está destinado en París. (*L'Hôtel des Invalides.*)

archi-cofradia de la *Anunciacion*, una sociedad de trescientos nobles congregantes cuyo cargo era vigilar á las doncellas pobres desde la edad de quince años y dotarlas. — En el siglo XVII, en 1679, un sacerdote de Roma, Juan Stanchi di Castel Nuovo instituia, bajo el nombre de *divina piedad*, otra noble asociacion cuyo objeto era distribuir en secreto muchisimas limosnas, asociacion cuyo sosten son aun en el dia el cardenal Carpegno y su poderosa familia, descendientes del fundador. — A un Hermano Menor Romano, del tiempo de Leon X, Bernabé de Terni, se debe el primer *monte de piedad* europeo. — Las *Cajas de ahorros* y los *seguros* datan del siglo XIV en muchas ciudades episcopales de Italia. — Aun en nuestros dias, no se han visto nacer y sostenerse los establecimientos de beneficencia en corporacion mas que á favor del sacerdocio.

El Sacerdote que se eleva á la gloria del descubrimiento, se baja ó por mejor decir, se eleva nuevamente al mérito de la ejecucion. Existen actualmente en Francia sobre cuarenta *Escuelas de sordomudos*, que parecen patrimonio del clero esclusivamente.

Cuando el eclesiástico ha tenido algun acceso ó algun poder en la administracion de la justicia[1] ó

[1] Considerados como árbitros, y lo fueron en todos los pleitos diplomáticos y de derecho de gentes, los eclesiásticos, y sobre todo los obispos y los pontífices, son todavía mas admirables, y para no

de la guerra [1], siempre los ha convertido al bien de la humanidad : y sus *tribunales*, la *Inquisicion* mis-

citar mas que un hecho entre cien mil, referido por el último y el mas exacto *Historiador de Flandes*, M. Warnknœig : « Habiendo los habitantes de Colonia disputado á los Ganteses el derecho de subir el Rin por delante de su ciudad, á la que querian asegurar un derecho de travesía, el arzobispo de Colonia pronunció entre las partes, como mediador á instancias del emperador y del conde de Flandes, y decidió en 1178 que los Ganteses continuarian gozando de la navegacion del Rin, *como lo habian hecho sus antecesores, en virtud de su derecho de comerciar.*

[1] La San-Bartolomé *, que la audacia ignorante ha imputado, sino á la accion del clero, á lo menos á su espíritu, le ha horrorizado en todas las épocas.

Y cuando en el siglo XVIII la filosofía, *audaz* porque era *ignorante*, é *ignorante* porque era *audaz*, acusó sobre este punto al célebre presbítero de Caveirac, el elocuente é indignado Linguet reconoció su error y la calumnia de los otros en estos términos, en su *Respuesta á los doctores modernos* : « Hace algunos años se alzó un grito universal contra el pobre presbítero de Caveirac, á quien escarneció indignamente toda la caterva filosófica. Se ha dicho, se ha escrito, se ha impreso que *ha hecho espresamente una apología de la San-Bartolomé*. Millares de personas hallareis que de buena fe están en esta persuasion, y que mirarian como al mas temerario de los hombres al que osara dudarlo : — sin embargo, tomaos el trabajo de buscar el libro de este autor tan indigna é injustamente envilecido.

« Ante todas cosas os convencereis de que la *San-Bartolomé* no era su principal objeto. Ha escrito una obra llena de energía, de saber y de verdades sobre la espulsion de los protestantes en el siglo pasado, y sobre los motivos que pudieron determinar á Luis XIV y á su consejo á tomar esta medida : solo al fin añadió una diser-

* Escusamos decir que se habla de la horrible matanza de hugonotes que en el dia de este santo ensangrentó la Francia en tiempo de Carlos IX.

ma, bien comprendidos, reducidos á sus justos límites y hecha abstraccion de los *abusos* accidentales

tacion de sesenta y tres páginas bajo el simple título de *Disertacion sobre la San-Bartolomé*, á lo que no veo que se haya respondido de un modo satisfactorio.

« Luego, si leeis esta obrita, quedareis admirado de no hallar en su autor sino un hombre muy racional, muy humano y aun filósofo que impugna una preocupacion, que puede equivocarse en el fondo, sin que hubiese nada que decirle en cuanto á la forma; en fin, que no ha tratado de justificar aquella abominable catástrofe de que se le supone panegirista, y que ha hablado de ella como hombre sensible é ilustrado.

Se puede, dice al principiar, *ilustrar y esplicar los efectos de aquel trágico suceso sin aprobarle. Aun cuando se le quitasen á la San-Bartolomé las tres cuartas partes de los horrores que la acompañaron, todavía seria bastante atroz para que la detestaran todos aquellos en quienes no está enteramente apagado todo sentimiento de humanidad.* ¡Y al hombre que habló en estos términos se le declara apologista de *la San-Bartolomé*, se le escarnece con este pretesto, y acaso no pasará su nombre á la posteridad sin las mas inicuas calificaciones!..

« No conozco al presbítero de Caveirac, añade M. Linguet en una nota, en mi vida le he visto, y probablemente nunca tendré con él relaciones de ninguna especie; pero confieso que fiado en lo que se habia dicho de su libro, le he tenido mucho tiempo, como la mayor parte de sus enemigos, sin duda con el mismo fundamento que ellos, por un hombre y un escritor detestable. La casualidad hizo caer, no ha mucho, en mis manos su obra, y arrepentido de mi injusticia, aprovecho con ardor la ocasion de repararla. »

Los mismos protestantes, y el sabio Teyssier en particular, se esplica así en sus *Elogios*, sacados de Thou: « Con razon se acusa á aquel grande hombre (du Faur de Pibrac), de haber hecho un mal uso de su saber y de su feliz talento, defendiendo, como lo hizo, la matanza de París, y sosteniéndola como un hecho digno de elogio; porque escribió con mucho esmero y artificio una carta á Estanislao, señor de Elvide, en la que pretendia probar que « aque-

que nunca son razones (pues son los enemigos del uso) eran ó son aun en España, en Portugal, en Méjico y en Italia, modelos de mansedumbre para los

lla horrible carnicería *fué justa*, y que el rey no se resolvió á aquella *medida estrema* mas que para ganar por la mano á los *Coliñis* *, que habian conspirado contra su persona y contra su estado. » Sin embargo es seguro que *todos los hombres de bien de una y de otra religion detestaron igualmente* aquella inhumanidad. Cristobal de Thou, primer presidente del parlamento de París, celoso católico, siempre que hablaba de aquella funesta noche, solia pronunciar estos hermosos versos de Estacio :

Excidat illa dies ævo, nec postera credant
Sæcula, nos certe taceamus, et obruta multa
Nocte tegi propriæ patiamur crimina gentes.

Harduino de Perefixe, arzobispo de París, hablando de aquella matanza, dice estas notables palabras (*Historia de Enrique IV*, lib. 3) : « Accion que nunca habia tenido y que nunca tendrá, si Dios quiere, semejante. »

Si fuese preciso hallar un culpado ** directo ó involuntario de la San-Bartolomé, como de la revolucion de 1789, y aun de la de 1830; si aquella medida fuese un crimen, solo debiera imputársele al parlamento de París.

Si hubiese un *Apologista de la San-Bartolomé*, este seria Cujas ***.

* La familia de Coligni era de las que estaban al frente del partido protestante. — N. del T.

** Voltaire la achaca inmediatamente á *dos* Italianos, y añade : « El partido protestante, á pesar de las pérdidas de Jarnac y de Moncontour, HACIA GRANDES PROGRESOS EN EL REINO, y era dueño de La Rochela y de la mitad del territorio al otro lado del Loira. Juana de Navarra habia presentado á su hijo á las tropas de las iglesias protestantes, que le reconocieron por caudillo. » (*Historia del parlamento de Paris.*)

*** Véanse sus *Elogios de los sabios.*

acusados audaces y de generosidad para los arrepentidos. Si no en todos los casos se les daban abogados propiamente tales, es porque los mismos jueces, incapaces de *venalidad* y no obcecados por el amor propio como los que tienen por oficio hablar en público, eran para ellos unos verdaderos abogados por escelencia.

La esperiencia empieza á demostrar que lo que se llama la habilidad ó la *elocuencia del foro* no hace mas que mover al juez, y aun á veces al jurado, á tomar el partido de la sociedad sola, viendo tomado tan acalorada y esclusivamente el del individuo.

Oigamos á Lalande, el filósofo, juzgando la Inquisicion [1] de Italia: «El palacio de la Inquisicion ó del Santo Oficio, está al mediodia de San Pedro. Esta congregacion, cuyo nombre es odioso entre nosotros, y formidable en España y en Portugal, *ejerce sus funciones en Italia con suma blandura.* Instituyóla en 1536, Paulo III, por instigacion del cardenal Juan Pedro Caraffa, napolitano, el cual, cuando llegó á ser Papa, en 1555, confirmó este establecimiento, y le asignó una casa en la plaza de Ripetta, junto al palacio Borghese. San Pio V trasladó la Inquisicion junto á San Pedro, igualmente que las cárceles del Santo Oficio: en este palacio es donde reside el padre Inquisidor, llamado el co-

[1] Puede verse su verdadera historia (todas las otras son *fábulas admitidas*, como decia J. J. Rousseau) en la escelente obra de M. de Vayrac titulada: *Estado presente de España*, 4 vol. en-12, y las curiosas *Cartas* del conde de Maistre, á un caballero ruso

misario de la Inquisicion, con algunos otros dominicos, y un prelado secular que tiene el título de asesor. »

Hay un hecho famoso de que algunos han acusado á la Inquisicion de Roma : « No se puede negar, dice M. Ferri, en el *Mercurio* de 1785, que se han estampado muchas mentiras tocante á la persecucion de Galileo. Todo lector imparcial convendrá sin dificultad en que la Inquisicion no es culpable, con respecto á este filósofo, de los escesos que se le han imputado, y que es una injusticia y una necedad acusarla de hechos falsos. »

La Inquisicion de España, mas acusada, no es por cierto menos inocente que la de Italia. Hela aquí juzgada por protestantes y aun por filósofos y republicanos célebres : « El orden del clero, escribia Burke en 1791, es el único que ha conservado hasta cierto punto su independencia en España : *la Inquisicion le hace respetar todavia :* triste recurso es, pero es el único que queda en España para conservar el orden y la tranquilidad pública. La Inquisicion es en España, como en Venecia, el principal instrumento del estado : no hace ya, como en otro tiempo, la guerra á los Judios y á los Hereges; *su grande objeto es cerrar la entrada de la nacion á los preceptos de los ateos y de los republicanos.* Todos los libros que tratan de estas materias estan rigorosamente proscritos. En España, la influencia del clero le da suma importancia; *pero es, como todas las corporaciones ricas y poderosas, objeto de una*

violenta animosidad. Aunque el papa ha facilitado ya á la corona los medios de apropiarse una parte de las rentas de la Iglesia, todavia el clero es opulento, y lo que le queda escita muchas envidias, en términos de que nunca le faltarán á la corte consejeros que la insten á intentar un nuevo reparto de las posesiones eclesiásticas, y le sugieran un espediente mas breve que el de una negociacion con el clero ó con su cabeza. »

Pero oigamos sobre esto una autoridad mas irrecusable : — « El terrible nombre de la *Inquisicion*, dice M. Alejandro de La Borde, en su *Itinerario de España*, es todavia un objeto de terror para los crédulos y un arma para los malévolos. No es ya este tribunal lo que fué en otros tiempos : un espiritu de mansedumbre y de paz dicta en el dia sus sentencias : la tolerancia influye sobre sus fallos, en general poco proporcionados á la gravedad de los crímenes..... Las desgracias que han acarreado á la Francia las ideas nuevas, bastarian para justificar *la Inquisicion....* » — Oigamos sobre todo al famoso diplomático republicano M. Bourgoing : — « Parece evidente que los presos de la inquisicion, incomunicados de todo punto, es cierto, estan bastante bien tratados y reciben una buena manutencion : que *los tormentos fisicos* á que se dice que viven condenados en sus calabozos, *son de aquellas quimeras inventadas por un resentimiento seguramente muy justo,* y propagadas por la credulidad, que se complace en las cosas estraordinarias, ó que

son á lo menos rarísimos. Confesaré tambien... en obsequio de la verdad, que la inquisicion, *si se le pudiese perdonar sus formas y el objeto de su institucion*, podria citarse en nuestros dias como *un modelo de equidad*. La inquisicion toma todas las medidas conducentes para averiguar la verdad de las delaciones que recibe. No se diga que basta el resentimiento de un enemigo oculto para provocar sus rayos; jamas condena á nadie por el testimonio de un solo acusador, ni sin discutir las pruebas de las acusaciones. Se necesitan delitos repetidos; se necesita *lo que los devotos llaman* delitos graves para incurrir en sus censuras; y cerca de diez años de residencia y de observacion me han probado que con alguna circunspeccion en las espresiones y en la conducta relativamente á la religion, fácilmente se puede evitarlos y vivir en España tan sosegadamente como en cualquier otro pais de Europa. Mas diré; durante mi segunda residencia de mas de un año, no recuerdo haber oido pronunciar una sola vez el nombre del Santo Oficio, y no he logrado recojer un solo hecho nuevo *que pudiese aumentar el horror que le profeso, á pesar de que se me ha acusado de hablar de él en tono apologético.* »

¿Qué mas? el mismo Voltaire hizo una admirable y perentoria apologia de la inquisicion de España, cuando dijo en su *Ensayo sobre la historia general*: «En España, durante los siglos XVI y XVII, no hubo ninguna de aquellas revoluciones sangrientas, de aquellas conspiraciones, de aquellos crueles

castigos, que se veian en las otras cortes de Europa. Ni el duque de Lerma ni el conde de Olivares derramaron la sangre de sus enemigos en los patibulos: los reyes no fueron asesinados, como en Francia, ni perecieron por mano del verdugo, como en Inglaterra. »

Esto basta para hacer apreciar el noble y veridico juicio del rey Estanislao en el siglo XVIII, y del conde de Maistre en el nuestro. « La España, dice el primero, es deudora de su tranquilidad á la inquisicion[1]. » Y el segundo: « Aun en medio del aparato de los suplicios, el tribunal de la inquisicion es blando y misericordioso; y porque el sacerdocio entra en este tribunal, este tribunal no debe asemejarse á ningun otro. En efecto, en sus banderas lleva la divisa desconocida necesariamente por todos los tribunales del mundo : *Misericordia et justitia.* En todas partes , solo la *justicia* pertenece á los tribunales, y la *misericordia* no compete mas que á los soberanos : cualquier juez que se metiese á perdonar seria rebelde , pues se atribuiria los derechos de la soberania; pero desde el momento en que el sacerdocio es llamado á tomar asiento entre los jueces, se negará á tomarle á menos que la soberania le preste su prerogativa. La *misericordia* acompaña pues á la *justicia* en el tribunal inquisitorial y aun la precede ; el acusado citado ante

[1] Sus revueltas y sus desgracias coincidieron cabalmente con la abolicion de su tribunal espiritual.

este tribunal es dueño de confesar su culpa, de pedir su perdon y de someterse á expiaciones religiosas : desde aquel momento el *delito* se convierte en *pecado* y el *suplicio* en *penitencia*. El culpado ayuna, reza, se mortifica : en vez de ir al cadalso recita Salmos, confiesa sus pecados, oye misas, y de este modo se le ejercita á la virtud, se le absuelve y se le vuelve á su familia y á la sociedad. Si el crimen es enorme, si el culpado se obstina, si es preciso derramar sangre, el *sacerdote* se retira y no vuelve á presentarse mas que para consolar á su víctima en el cadalso. »

. . . . . .

En punto á humanidad el sacerdote sabe escederse á sí mismo ; en este punto, puede decirse que con la biografía de un individuo daremos la de toda la orden ; — Hablamos del CARDENAL DE ALSACIA, uno de los mas ilustres obispos del siglo XVIII, arzobispo de Malinas y primado de los Paises-Bajos, hijo del príncipe de la antigua casa de Chimai, y una de las glorias del clero de la cristiandad. Habiendo su hermano primogénito, Carlos Luis Antonio, muerto sin sucesion, en 1740, el cardenal renunció á su rico mayorazgo en favor de su hermano segundo, Alejandro Gabriel, y cuando arengó á Luis XV, que entró vencedor en Bruselas, en 1746, díjole desde la puerta de su catedral estas palabras que muestran juntamente el valor y el espíritu pacífico de la Iglesia y cuya repeticion nos perdonará el lector : « Señor, el Dios de los ejér-

citos es tambien el padre de las misericordias: mientras V. M. le rinde acciones de gracias por sus victorias, nosotros le pedimos que las haga cesar felizmente con una paz pronta y duradera. La sangre de Jesucristo es la única que corre sobre nuestros altares; cualquiera otra nos horroriza. — Un príncipe de la Iglesia puede sin duda confesar este temor delante de un rey cristianísimo. Con estos sentimientos vamos á entonar el *Te Deum* que V. M. nos manda cantar. »

El sensato liberalismo del clero nos recuerda sus asambleas y su *gobierno representativo*: oigamos sobre este punto al mas exacto y al mas moderado de los historiadores modernos, M. de Bausset: « Jamas, dice, asamblea alguna de hombres reunidos presentó mas dignidad, cordura y virtud en las intenciones de las que presentaba constantemente en sus reuniones la iglesia galicana. El respeto á sí propios y al caracter religioso de que estaban animados todos sus miembros, inspiraba á cada uno de ellos el sentimiento del decoro de que iba á dar ejemplo á todos los miembros del estado. La resolucion de todos los negocios sometidos á sus deliberaciones se preparaba con graves y sensatas discusiones, que nunca dejaban traslucir el mas leve rastro de un amor propio impaciente de mostrarse, ó de aquel espíritu de partido que suele introducirse en las corporaciones mas respetables. La coleccion de las actas de las asambleas del clero de Francia ofrece acaso los títulos mas honrosos que un cuerpo po-

deroso y envidiado puede presentar al aprecio y á la justicia de la posteridad. El respeto á las antiguas tradiciones jamas escluia el triunfo de las ideas que la esperiencia de los siglos y los progresos de las luces pueden inspirar á una administracion juiciosa é ilustrada. »

Las asambleas generales se celebraban de diez en diez años; las particulares de cinco en cinco. En las primeras y particularmente en 1770, etc., fué donde se oyeron aquellos soberbios *Avisos* á los reyes, y aquellos admirables anuncios que los resultados han convertido en verdaderas y puntuales profecias.

Pero todavia hay una especie de asambleas mas generales, mas solemnes, mas imponentes, mas históricas; queremos hablar de los *concilios*, que fueron durante mucho tiempo y en todas partes las únicas asambleas deliberantes de la cristiandad y del mundo. En este punto, sobre todo, es donde tenemos que generalizar y que remitir al lector al estudio de la historia, en la imposibilidad y en la inutilidad de particularizar y de decir mucho. Todo en los concilios, su convocacion, el caracter y el número de sus miembros, su objeto, las formas de sus deliberaciones, su duracion, sus resultados, casi siempre pacíficos y benéficos, todo, hasta su nombre (*concilium*, *consejo*), esclusivo de arbitrariedad y de independencia, era sabio y bello. Los concilios, los *Ecuménicos*, ofrecian modelos á las asambleas, si no eran las únicas asambleas posi-

bles, y dieron origen á los *concilios generales* y *provinciales*, á los *sínodos* y á los *cabildos* cuyos, frutos eran tan abundantes, tan felices y tan baratos para la sociedad. Los *Parlamentos* propiamente tales, fueron, aun en sus mejores tiempos, pálidas imitaciones de los concilios : en estos fué donde se elaboró aquella legislacion verdaderamente ejemplar, que, bajo el título de *Derecho canónico*, corrigió y aun reemplazó el derecho romano. Y acaso no podria citarse una sola disposicion de derecho de gentes, de derecho público, de derecho penal y aun de economía política que no se halle indicada y aun muchas veces espresada formalmente en un concilio.

El solo concilio de Trento salvó á la Europa y al mundo, salvando á la cristiandad.

En fin, tambien el sacerdote ha reinado algunas veces, pero casi siempre *como si no reinase*, ¡tanto es *manso* y *humilde* de gobierno como de *corazon!* « Como las otras provincias de Bélgica, dice el autor de la *Historia constitucional de este pais*, el estado independiente de Lieja nació bajo la monarquía de Clovis y se formó enteramente bajo el reinado de la segunda raza, lo mismo que los principados eclesiásticos de la Alemania renana y septentrional. Los bienes patrimoniales de San Monulfo, obispo de Tongres, y primer fundador de la ciudad de Lieja, hácia mediados del VI° siglo, fueron el principio de aquella potencia temporal eclesiástica [1],

[1] *Ex ingentibus opibus, quas hæreditate acceperat* (Monulphus)

que acrecentaron luego las donaciones de los príncipes carlovingios y de los emperadores de Alemania.... » — El mismo Maquiavelo admiraba y envidiaba los principados eclesiásticos : — « Sostiénenlos las antiguas instituciones de la religion que son tan poderosas y tan eficaces, que conservan aquellos principados, cualquiera que sea su modo de vivir y de obrar : solo aquellos tienen Estados y no los defienden ; tienen súbditos y no los gobiernan. Los Estados, aunque *indefendidos*, no les son quitados, y los vasallos, no gobernados, se curan poco de ello y no quieren ni pueden enagenarse. » — De donde proviene el antiguo proverbio aleman : *Bien se vive só el cayado.* » *Unterm Krummstabe ist gut wohnen.*

¡Y cómo pudiera no haberse hallado alguna vez el clero soberano del suelo!

El clero en muchas partes le desmontó con sus monasterios, verdaderos establecimientos modelos para todo y sobre todo para la agricultura, *falansterios cristianos*, de los cuales los nuestros no son mas que caricaturas egoistas y usureras [1].

à majoribus, episcopo Dionantum urbem (Dinant) *attribuit : ea sunt principatus initia*, dice Fisen (*Flores eccl. Leod.*).

[1] « En el siglo VII, dice el baron de Reiffenberg, uno de los historiadores mas veraces que hay actualmente en Europa, el cristianismo vino á suavizar un poco aquellas poblaciones groseras, á reparar grandes desastres, á levantar ruinas, á desmontar los yermos y las selvas, á poblar las soledades : los hechos de los santos darian pruebas palpables de estos progresos. Así, aunque la vida monástica parezca ser una usurpacion sobre el natural desarrollo

Penetrado de tantas verdades lógicas y de los beneficios eclesiásticos, hizo las siguientes reflexiones á propósito del *Escribano* del ingenioso Gozlan, el periódico mas protestante y mas grave del siglo XIX: « El autor examina en su prefacio con sumo tacto y sagacidad las atribuciones del notario y su influencia actual sobre las costumbres. Segun el autor, la revolucion ha descompuesto el cimento social y héchole perder uno de sus mas sólidos y activos elementos, la religion, que en otro tiempo poseia sobre la sociedad una accion directa y poderosa que sus ministros ejercian admirablemente. En el dia la religion no ha recobrado sino á medias su imperio sobre la sociedad: el dogma se ha restablecido, pero el sacerdote, no; desde este momento se ha abierto una herencia, y muchos herederos han tomado parte en ella. El escribano ha recogido una gran parte

de la poblacion, no hizo en los principios mas que fomentar su incremento, favoreciendo la agricultura y los otros géneros de producciones á que aquel da origen infaliblemente. » Oigamos ahora á M. Warnkœnig: « Aquellos monasterios que, andando los tiempos, se trasformaron en opulentas abadías, pobladas de frailes de la orden de S. Benito, fueron el centro del cultivo del pais y de la civilizacion de sus moradores. Sus siervos y sus vasallos (*mancipia et hospites*) fueron los que desmontaron los bosques, desecaron los pantanos, fertilizaron el terreno arenoso y conquistaron sobre el mar los primeros *polders*. » Y en otra ocasion: « Centenares de diplomas indican qué inmensa estension de pantanos (*mœren*), y de yermos (*wœstynen*) hicieron productiva las abadías de benedictinos y de otras ordenes religiosas, que obtuvieron su donacion, y atestiguan cuan útiles fueron aquellos establecimientos piadosos á la agricultura del pais. »

de la influencia que el sacerdote ha dejado vacante. Antiguamente el escribano no era mas que el hombre de nuestra hacienda, el intermedio obligado entre el ciudadano y la propiedad: en el dia ha entrado mas íntimamente en la familia: ha llegado á ser el árbitro de todos los negocios, el mediador de todas las desavenencias; es el único á quien se consulta en los proyectos de enlaces, á quien se someten las últimas voluntades: paz, honor, prosperidad; lo pasado, el presente, el porvenir, todo esto está en manos del escribano: él es el depositario del dote de nuestras hijas y del descanso de nuestra ancianidad; su influencia abraza los tres actos mas importantes de la vida social, — el casamiento, la posesion y la herencia. Despues de él ó con él, el médico, el abogado y el periodista tienen su parte de accion sobre la sociedad. El hombre tiene necesidad de esplayar el secreto de sus males y de sus culpas, y el médico es el confesor que elige para estas confianzas. La influencia del abogado y del periodista se estiende menos sobre las costumbres que sobre la política: el abogado pasa de la audiencia á la tribuna y su palabra es la Santa Ampolla que consagra los reyes, los derechos, los principios y las libertades. El periodista le ha quitado al sacerdote sus ovejas; la predicacion de la prensa periódica ha reemplazado á la del púlpito. La sociedad, en el antiguo orden de cosas, tenia la ventaja de que el sacerdote, ejerciendo una influencia tan poderosa, no estaba sometido á ninguna;

su posicion en la sociedad le desprendia de todos los intereses materiales, — fianza que no ofrecen sus sucesores. »

Ya hemos visto los inmensos beneficios del sacerdote como sacerdote; veamos ahora un bosquejo de sus beneficios accidentales, considerado mas bien como ciudadano. Queremos hablar de su valor personal. Los actos de este género, raros en todas las otras condiciones, poco comunes entre los fieles, son frecuentes en el clero, en todas las épocas y en todos los paises. Los pueblos en que el clero es mas numeroso y aun, bajo cierto concepto, mas abusivo, son cabalmente aquellos en que es mas valeroso: la España, el Portugal, la Italia y la Francia. Afortunada y desgraciadamente, en el primero de estos paises es militar. Testigo, aun en nuestros dias, el célebre cura Merino y aquel joven P. Gil que contribuyó tan eficaz y elocuentemente á la restauracion de su patria y que murió diciendo: *Nunc dimittis servum tuum, Domine*, etc.; y Cabrera, que no será sin duda tan feliz!.... El Vendia (*la Vendée*), *la España de la Francia*, tenia muchos sacerdotes, gloriosos á los ojos del mundo, deplorables á los ojos de Dios.

Salvo esto, el sacerdote católico que retrocediese delante de un peligro cualquiera, pasaria por el mas cobarde de los hombres; por respeto humano seria generoso cuando no lo fuese por deber de conciencia. ¡Viva aun el respeto humano cuando es util! ¡Pero viva sobre todo la religion, á la cual somos

esclusivamente deudores de ese *respeto* verdaderamente *humano*!

Recordaremos solamente algunos rasgos entre millares, en todos los géneros de magnanimidad católica.

Los mayores peligros personales parecen ser el blanco de la mayor ambicion del clero: testigo este hecho de que hace mencion el *Mercurio* de la época: « El 27 de abril de 1718, un horroroso incendio consumió todas las casas construidas sobre el pequeño puente del hospital de Paris: dos barcos llenos de heno inflamados fueron causa de aquella catástrofe. Al primer toque á fuego de las campanas, acudieron los oficiales municipales y al mismo tiempo todas las órdenes mendicantes, que prestaron los mayores servicios. El incendio fué universal en el puente á las once. No bien se hubo apercibido el cardenal de Noailles del principio del fuego, espuso el Santísimo Sacramento en el Hospital en frente de las casas que ardian, y se puso á hacer oracion para implorar la asistencia divina en tan grande calamidad. No fueron vanas las oraciones de aquel piadoso y respetable prelado: ninguna de las partes de aquel vasto edificio padeció detrimento. Muchas personas, conocidas por su piedad y su caridad se distinguieron en los momentos en que era mas inminente el peligro: entre ellas citaré al señor presbítero Payen, canónigo de Nuestra Señora, cuyo celo y actividad son superiores á todo elogio. Apenas el cura de san Sulpicio tuvo noticia del pe-

ligro, acudió al fuego, seguido de seis de sus sacerdotes, provistos todos de considerables sumas de dinero, y no solo animaban con la voz al pueblo, á los jornaleros y á los soldados á que trabajasen, sino que los estimulaban aun mas con el dinero que distribuian á los que estaban heridos; y cuando llegó á acabárseles el dinero, daban billetes de 2 libras 10 sueldos y de 5 libras (10 y 20 reales) á cada uno de aquellos que se distinguian por su actividad. Un capuchino, viendo á un mercader desesperado de no haber podido salvar una cómoda donde estaban encerrados todos sus pápeles y su dinero, entró con admirable arrojo en un gabinete, presa ya de las llamas, donde se hallaba, y arrebatado por su caridad, encontró en sí bastante fuerza para arrancarla del fuego y entregársela á su dueño: se observó que tres hombres de los mas forzudos no pudieron sino muy á duras penas cargar con ella en la calle. En aquella espantosa calamidad, todos los religiosos hicieron cosas heróicas y espusieron sus vidas con un celo que solo la caridad cristiana y la religion pueden inspirar.... » Y este otro, que puede leerse en los *Anales de la Beneficencia* del siglo XVIII: « En la noche del 9 al 10 del mismo mes, habiéndose manifestado el fuego en uno de los barrios mas populosos del pueblo llamado Saint-Flour, tres casas fueron en pocos momentos consumidas por las llamas. El señor presbitero Vagron, canónigo y vicario general, impidió casi él solo que cundiese el incendio que ya se habia comu-

nicado á las casas fronteras de la calle.... Su intrépido celo salvó de una ruina segura mas de veinte casas. »

Y en nuestros dias, en marzo de 1836, todos los periódicos trajeron esta noticia: « El 8 á las 9 de la mañana estalló un incendio en Chatenay (departamento de Sena y Marne), y consumió cinco manzanas de casas. El señor Le Royer, cura de Chatenay, acudió uno de los primeros al sitio de la catástrofe, y con su ejemplo y su arrojo superiores á todo elogio, animó á los trabajadores. Subió sobre los tejados para atajar el fuego, echó mano á las bombas y arriesgó cien veces su vida.... He aquí un nuevo ejemplo que prueba que los ministros del Señor, tan indignamente ultrajados, son admirables, no solo en sus deberes espirituales, mas tambien cuando se trata de arriesgar su vida aun por los bienes temporales de sus feligreses. »

El Sacerdote católico no tiene mas miedo al agua que al fuego: « Cuando la sumersion de la aldea de Boult-sur-Suippe, M. Husson, cura ecónomo de aquella parroquia, refugiado en la iglesia con sus feligreses, se vió por todas partes acometido por las aguas. Entonces, tomando consejo solo de su celo y de su caridad, cargóse á cuestas el mas anciano de sus feligreses y le salvó atravesando sobre los témpanos un rio que tenia mas de cuatro pies de profundidad: lo mismo hizo, esponiendo mil veces su vida, en favor de sus otros quince feligreses, á quienes tuvo tambien la dicha de salvar. Cuando

sus superiores le dieron el parabien de tan bella accion, y le preguntaron como seria posible premiársela, respondió « que el pastor debia dar la vida por sus ovejas, y que así no tenia gran mérito en haber arriesgado la suya; pero que por lo demas, si querian premiarle por haber cumplido su deber, lo único que pedia era que no se hiciese pagar á sus pobres feligreses las trescientas libras (sobre 1,200 reales) que costaria el hacer reparar su presbiterio [1]. » Y el año pasado : « El señor presbítero Landois, antiguo rector del seminario de Bourges, y el señor presbítero Barrois, capellan del Hospital, se iban paseando un dia por unos prados cuando se ofreció á su vista el horrible espectáculo de un niño que se estaba ahogando en una de las anchas zanjas que cruzaban aquel terreno en estremo pantanoso. Pronto tomaron su partido aquellos dignos sacerdotes; perecer ó salvar á aquel desgraciado fué su grito unánime. El señor presbítero Barrois, el mas joven de los dos, aunque de una salud sumamente delicada, se precipita vestido como se hallaba en la sima donde estaba ya el niño á punto de espirar, entra en el cieno hasta el cuello, arrostra todos los peligros que le amenazan y logra arrancar á una muerte segura á la pobre criatura que tardó mucho en volver en sí, pero que ya está fuera de cuidado. »

[1] Queda dicho en otras notas anteriores que así se llama la casa habitacion de los curas párrocos en Francia. — N. del T.

He aquí un hermoso rasgo de otro género, consignado en los *Anales de la Virtud*, de 1788, en vísperas de la revolucion [1]: « Un albañil de Burtoncourt, en Lorena, encargado de componer un pozo de treinta y tres pies de profundidad sobre seis de diámetro, bajó á su fondo; pero no bien hubo llegado á él cuando le cayó encima une enorme mole de tierra desmoronada. Una hora habia trascurrido desde que ocurrió este fatal accidente cuando se le noticiaron al cura, que acudió al punto al lugar de la desgracia, suplicando, exhortando, animando, prometiendo recompensas al primero que bajase al pozo. La gravedad del peligro arredra á todos los presentes; nadie se atreve á bajar.... Todavía estaba aquel digno pastor haciendo los mayores esfuerzos por persuadir á los que le rodeaban, cuando oye salir del fondo del pozo una voz lastimera que implora auxilio. Desnúdase inmediatamente el sacerdote y entra el primero en el pozo: su ejemplo alienta al concurso. Despues de haber abierto un boquete de doce pies, resuena un crujido; aterrados los trabajadores salen precipitadamente y, un momento despues, sucede un desmoronamiento semejante al primero. Todos huyen, mientras el intrépido cura penetra de nuevo en el pozo y con su ejemplo escita al resto de su grey: la actividad de to-

[1] Recuerda sin duda el autor esta circunstancia para hacer resaltar la injusticia del encono que desplegó la revolucion contra los ministros del altar. — N. del T.

dos los trabajadores llega á su punto. En fin, al cabo de cinco horas de arduo afan, logran descubrir al pobre albañil á quien sacan sano y salvo de entre los escombros. Ya el agua le habia llegado á los hombros y un cuarto de hora despues se hubiera ahogado probablemente.

« El nombre de este animoso cura es M. Abel. »

Pero donde hay que ver la grandeza del clero es en las mas grandes calamidades que el cielo envia á la tierra en su *cólera* y en su bondad.

La peste de Marsella, entre otras, en 1720, fué para él ocasion de un heroismo permanente, cuyo apostol era Belsunce ayudado á todo trance por todas las comunidades religiosas.

M. Fournier, célebre doctor de la facultad de Montpeller, de la sociedad real de ciencias, trae varios testimonios de esta verdad en su obra titulada : *Observaciones sobre la naturaleza y regimen curativo de la fiebre pestilente, ó la peste, con los medios de evitar ó de contener sus progresos;* reimpresa en Dijon en 1777 : « El gobierno envió de Paris, dice, médicos y cirujanos mayores : muchos médicos de diferentes provincias acudieron espontáneamente y por el atractivo de las recompensas, al servicio de los enfermos : se les daba cuanto pedian, *hasta ocho y diez mil francos por mes,* y una pension para su familia en caso de muerte en el ejercicio de sus funciones.

Gran número de practicantes cirujanos, tan necesarios en aquella triste ocasion para el servicio de

los hospitales y para los enfermos de la ciudad, atraidos por la esperanza de hacer un caudal inmenso, acudieron de todas partes *y perecieron casi todos...* Las sacerdotes, los confesores y los religiosos de diferentes órdenes, *conducidos únicamente por el fervor y el celo ardiente de su caridad, fueron á Marsella de todas las provincias del reino aun las mas* apartadas, y se sacrificaron, con la mas edificante resignacion, á los peligrosos trabajos del consuelo y de la confesion de los enfermos y de los moribundos. Dábales este noble ejemplo el heróico Belsunce, el incomparable prelado de Marsella, prodigando en persona á sus ovejas heridas del terrible mal, todos los consuelos de su sagrado ministerio, y derramando en su seno, no solo el producto de sus rentas, de la venta de su vajilla y de sus muebles, mas tambien el de los empréstitos que multiplicaba diariamente [1].

Pero oigamos al inmortal Belsunce, Cesar cristiano, que escribió como peleó : *eodem scripsit animo quo bellavit.*

« De gran consuelo me sirve, señor ilustrisimo, escribia el 22 de octubre de 1720, al obispo de Tolon, de gran consuelo me sirve en medio de los hor-

[1] Con semejante obispo á su cabeza, todos los sacerdotes hacian prodigios. — Cuando M. de Jossand quiso hacer sacar todos los enfermos de los sitios que embarazaban, y fué menester colocarlos en los coches destinados al intento, el presbítero Iscard, se encargó de aquella terrible comision, que le costó la vida. (Véanse los *Anales de la beneficencia francesa*, etc.)

rores que me rodean, ver que teneis la caridad de tomar parte en mis penas, por lo cual os doy las mas sinceras gracias. Merced á Dios, todavía estoy en pie en medio de los muertos y de los moribundos: todo ha caido en derredor de mi, y de todos los ministros del Señor que me han acompañado, no me queda ya mas que mi capellan limosnero. El presbítero Bougerel ha muerto en cuatro dias: de mi casa, convertida en hospital, han salido once muertos, y todavía tengo cinco enfermos, pero fuera de peligro. El P. de La Fare, á pesar de su avanzada edad, ha escapado, á fin de que á lo menos pudiese sobrevivir á los otros un padre de *Santa Cruz*: la misma buena suerte tuvo M. Guerin. ¡Dios os libre, Señor ilustrísimo de semejante azote! Tres meses hace ya que tenemos la peste en Marsella, y aun no le vemos el fin.. ¡Ah! ¡Cuanto no he sufrido en este espacio de tiempo! Durante ocho dias he visto debajo de mis ventanas doscientos muertos en completa putrefaccion; he tenido que andar por las calles, todas sin escepcion ceñidas por dos hileras de cadáveres medio podridos y roidos por los perros, y lleno el ámbito medio entre ellas, de inmundicias y de ropas de apestados, que no sabia uno materialmente donde poner los pies. — Una esponja empapada en vinagre junto á la nariz, recojida mi sotana debajo del brazo, tenia que cruzar por entre aquellos hediondos cadáveres para distinguir entre ellos, confesar y consolar á los moribundos sacados de sus casas y hacinados entre los muertos sobre

jergones : los montones de perros y de gatos muertos y corrompidos aumentaban el horror del espectáculo y el insoportable hedor. ¡Cuantos, cuantos momentos de amargura y de desolacion hemos pasado!.. Ahora, aunque todavía es grande el mal, empezamos ya á respirar; la mortandad va disminuyendo y ya hay mas orden desde que manda M. de Langon.

«Ya puedo andar por las calles sin encontrar muertos, y hace bastantes dias que no confieso á ningun apestado; aun quedan mucho hedor y mucha miseria, pero esto no es nada en comparacion de lo pasado..... Me hallo casi sin confesores : las personas tildadas de moral relajada, sin obligacion ninguna, han hecho prodigios de celo y de caridad, y han dado sus vidas por sus hermanos. Todos los jesuitas han perecido, salvo tres ó cuatro; muchos han venido de grandes distancias á entregarse voluntariamente á la muerte : nuestros rigoristas hallan abominable esta moral. *Treinta y tres capuchinos han muerto.*

«Todavía tengo en mi casa una docena de enfermos, y siempre estoy recibiendo solicitudes de otros muchos que piden venir. Veinte recoletos y otros tantos observantes han muerto al servicio de los enfermos, como tambien muchos carmelitas descalzos, mínimos y carmelitas calzados, sin contar mis amados eclesiásticos que se han sacrificado. Ahora me considero como un general que ha perdido la flor

de sus tropas, y que se ve abandonado de lo restante.

«Me pregunta V.S. Ilustrísima ¿qué han hecho los *Apelantes* ó supuestos partidarios de la moral severa? Con arreglo á sus rigurosas máximas, han buscado su salvacion en la fuga, sin que les hayan causado el menor escrúpulo las obligaciones anejas á sus beneficios; órdenes, oficios, amonestaciones, amenazas, nada ha bastado á conseguir que vuelva uno solo. — ».

Un siglo despues, todos hemos visto lo mismo y lo hemos olvidado; pero la *historia eclesiástica* recuerda y recordará eternamente el admirable celo que mostró el clero cuando la invasion del terrible cólera morbo. — El informe oficial del ayuntamiento de Paris menciona gloriosamente el *desvelo*, los *trabajos*, los *sacrificios* del clero de San Sulpicio... y en los periódicos de entonces se leian hechos como este: — » Entre los eclesiásticos de Tolon, cuya conducta ha sido admirable, se cita particularmente á M. Cordouan, cura de San Luis, que entre otras mil pruebas de celo, ha dado la de enterrar él mismo una porcion de cadáveres. Un vicario, que repartia con él el servicio interino de la catedral, M. Vincens, se señaló con un rasgo de valor. Habian llevado dos cuerpos á la iglesia unos tahoneros, y como estos se volvieron apenas los dejaron allí, fué preciso ir á buscar cuatro mozos de cordel para que los llevasen en andas al campo santo: convinieron en ello y se pusieron cada cual en su esquina, pero

el cuarto, que estaba borracho, declaró brutalmente que no le convenia tomar aquella carga. « Teneis razon, amigo mio, le dijo M. Vincens, yo soy quien debe tomarla. » Y quitándose las vestiduras, se pasó al hombro la correa del féretro. Aquel digno sacerdote hizo veces de cirujano, de médico, de enfermero, juntamente con sus cólegas[1]..... »

Fuera del clero no se conciben ciertas acciones generosas que en él son comunes: he aquí una ocurrida este año, y de que hace mencion un periódico protestante: « Dias pasados subia el monte del Portel el presbítero Haffreingue, del clero de Boulogne-sur-Mer, cuando vió á corta distancia á varios militares que le seguian, y deseoso de trabar conversacion con ellos, acortó el paso para dar tiempo á que le alcanzasen; mas pronto se internaron entre los árboles y habiéndolos seguido, vió á dos de ellos quitarse las casacas y empezar á darse de sablazos... M. Haffreingue se precipita hácia ellos: — *Es una*

[1] No conocemos ni conoce nadie rasgos de este género en el clero protestante, luterano, calvinista, anglicano.... Otros muy diferentes se citan, y entre ellos este, sacado no de un *libro*, no de un *periódico*, sino ¿quién lo creyera? de una *pastoral* del obispo protestante de Dublin: « Un protestante que se halla atacado de una enfermedad contagiosa, está *obligado* á no *esponer* á su pastor al peligro de que se le pegue su enfermedad, llamándole á su lado. (Véase esto como contraste, y como *ciprés* de tierra, de cementerio y aun de infierno, en las *Flores del cielo* del presbítero Orsini.) El ministro calvinista no puede esponer su vida sin poner en peligro las de su *muger* y sus hijos. Tiene el valor de marido y de padre, valor natural, pero no glorioso.

mala vergüenza, les dice, *ver á dos hombres racionales esponerse así.* — *Un francés debe saber morir*, respondió uno de los combatientes. — *Sí, pero por la patria*, replica el sacerdote, y esto diciendo, coje por la hoja el sable de uno de ellos, y declara que no le soltará hasta que le hayan prometido por su honor renunciar á su desafio. Subyugados por tanta bondad unida á tanta entereza, los dos militares prometieron no batirse. »

Veamos otras escenas eclesiásticas gloriosas.

Esta se lee en estos términos en la *Gaceta de los Tribunales* del mes de noviembre pasado: «Un joven de veinticuatro años, de una de las principales familias, del barrio de S. Antonio, en Paris, sentia hace muchos meses un profundo hastio de la vida, de resultas de algunas desazones domésticas. El lunes pasado, en fin, entre las diez y las once de la noche, despues de haber escrito á su familia una carta en la que esponia los motivos que le determinaban á darse la muerte, fué á la plaza de la Bastilla, y ya estaba á punto de precipitarse en el canal, cuando un sacerdote que pasaba por junto á aquel desgraciado joven le cojió por la cintura, y con palabras llenas de dulzura y de firmeza abrió su alma al arrepentimiento: deshecho en lágrimas, cayó el pobre joven á los pies del venerable eclesiástico pidiéndole su bendicion y prometiéndole no atentar contra su vida. El digno pastor quiso completar su obra acompañando á su casa al joven á quien acababa de salvar, y al cual ha prometido su eficaz intervencion para

hacer cesar las desazones que le determinaban á quitarse la vida. »

Un hecho notable y verdaderamente *glorioso* ocurrió en medio de la asonada del 13 de mayo[1], y por una increible fatalidad, todavía nadie ha hecho mencion de él. El cura de San Mery logró él solo dominar á una muchedumbre furiosa, resuelta á saquear é incendiar la Iglesia y el arrabal... Un testigo ocular nos asegura que el digno sacerdote le recordó la magnífica espresion de Virgilio :

> . . . . *Si fortè virum quem*
> *Conspexere, silent.* . . . . . .

Hay heroismos mas admirables todavía, y entre otros mil, los de : — S. Francisco de Asis pasando del campamento de los cruzados al de los Sarracenos, á ofrecer al soldan que encenderia una hoguera en la que entraria el primero con sus sacerdotes, *á fin de mostrar cual era la verdadera religion* : — S. Pedro Gonzalez, á quien queria seducir una *muger audaz,* imaginando tenderse sobre unas ascuas (temeroso, sin duda, de verlas algun dia sobre su cabeza), y esclamando : — ¡ *Allí os espero* ! — La hermosa Margarita, muger fuerte ó si se quiere, *muger audaz* de otro género, esposa de un santo, que era capaz de suscitar, al saber en Damieta que

[1] De 1839, en la que fué principal actor el republicano Barbés, luego condenado á muerte por la cámara de los pares y perdonado por el rey. - N. del T.

habia caido prisionero y que los Sarracenos eran vencedores, llamó junto á sí á un caballero octogenario y le suplicó que le cortase la cabeza si tomaban la ciudad: *Ya lo habia pensado*, respondió el valeroso anciano. — Este es el verdadero y acaso el único ejemplo de suicidio cristiano..... Miento; he aquí otro: — S. Francisco de Borja, al recibir la nueva de la muerte de la duquesa de Lerma, la mas querida de sus hijas: « ¡ *Y qué*! dijo la condesa de M...., ¿*se ha visto jamás á nadie sentir menos la muerte de una hija*? — *Señora, Dios me la habia prestado y ahora me la ha pedido. ¿No debo agradecerle que me la haya dejado tanto tiempo y que la haya hecho luego entrar en la gloria, como lo espero de su misericordia*? »

Si fuera cierto, como lo creemos, que en último análisis, la mas difícil, la mas rara, la mas verdaderamente gloriosa de las virtudes es la humildad [1], solo en la Iglesia se hallarian un S. Carlos Borromeo, que siempre llevaba á su lado dos discretos sacerdotes encargados por *orden* suya de observar sus acciones y de reprenderlas públicamente: — Un S. Francisco de Asis, fundador de los hermanos *menores*: — conservándose diácono toda su vida, temeroso de la elevacion del sacerdocio, y esclamando: « Si Dios hubiera concedido al mayor pe-

[1] Angélico, ilustre pintor domínico, dejaba adrede algunos defectos en sus obras maestras, para no esponerse á alabanzas sin restriccion.

cador tantas mercedes como á mí, este hubiera sido menos ingrato de lo que yo lo soy : si me hubiera abandonado á mí mismo, yo hubiera cometido mas crímenes que todos los otros pecadores. » — Una santa Teresa calumniada, diciendo : « ¡ Dios mio ! ¡ si los que tan mal hablan de mí me conocieran, cuanto peor hablarian ! »

Un Francisco Javier escribiendo á Santiago Pereira : « La gracia y la caridad de Nuestro Señor, etc. — Pues que la enormidad de mis crímenes [1] ha sido causa de que Dios no se ha valido ni de vos ni de mí para el viage de la China, no lo atribuyais mas que á mis pecados únicamente que son tan grandes y tan graves que han atraido la desgracia no solo sobre mí, mas tambien sobre vos y sobre vuestras cosas, haciéndoos perder el dinero que habiais empleado en los preparativos de esta embajada. Sin embargo, lo que me consuela algun tanto, es que Dios me es testigo de la pureza de intenciones que me ha animado en toda esta empresa, dirijidas todas al acrecentamiento de su gloria y á vuestra conveniencia. »

Pero sin elevarnos hasta el *tercer cielo*, oigamos

[1] No hay que admirarse de una *confesion* tan estraordinaria. Está fundada, 1° en la simple fe en la grandeza de Dios, que no permite ni una negligencia, ni una imperfeccion sin el temor y la seguridad de ofenderle : 2° sobre la decision de la Iglesia, es decir del Espíritu Santo que pone todos los dias en boca del sacerdote, en el *Ofertorio* de la misa : *Ego* INDIGNUS *famulus tuus offero, pro* INNUMERABILIBUS *peccatis, et offensionibus et* NEGLIGENTIIS *meis.*

á un Fenelon escribiendo á un Bossuet en 1694 :

« ..... No he querido mas que lo que siempre queria, si place á Dios, que es conocer la verdad. Soy *sacerdote : todo se lo debo á la Iglesia*, y nada á mí ni á *mi reputacion personal.*— Declaroos pues de nuevo, Señor ilustrisimo, que no quiero seguir un solo instante mas en el menor error por culpa mia, y si no salgo inmediatamente de los errores en que estoy, os declaro que vuestra será la culpa. ..... Os intimo, pues, en nombre de Dios y por el amor que debeis á la verdad, que me la digais sin ningun rebozo, é iré á esconderme y á hacer penitencia el resto de mis dias, despues de haber abjurado y retractado públicamente la falsa doctrina que me ha seducido : pero si mi doctrina es inocente, no me tengais indeciso por respetos humanos. A vos os compete instruir á los que se escandalizan, por no conocer las operaciones de Dios en las almas. — Bien sabeis con qué confianza me he entregado á vos y me he dedicado sin tregua á no dejaros ignorar ningun pensamiento mio : todo mi deber, ahora como siempre, es obedecer, porque lo que veo *en vos* no es el hombre ni el eminente doctor, *sino Dios....* »

Y en 1695 :

« ..... Tanto se me da retractarme hoy como mañana, y aun lo prefiero con mucho, porque cuanto antes se reconozca la verdad y *se obedezca, tanto mejor*..... En nombre de Dios, no gasteis miramientos conmigo : tratadme como á *un niño de la*

escuela, sin pensar ni en el puesto que ocupo ni en las bondades que siempre me habeis dispensado..... »

Ejemplos admirables de humildad y de desinterés juntamente : — Jimenez no aceptó el arzobispado de Toledo sino por orden espresa del Papa:— Cristobal de Beaumont no aceptó el arzobispado de Paris [1] sino por orden espresa del rey y del soberano pontifice : — Pio VI, á la nueva de su nombramiento, cayó de rodillas, pronunció en alta voz una ferviente oracion que hizo prorumpir en llanto á los cardenales y esclamó : ¡*Cuan desgraciado soy* [2]! — Y el cardenal Odescalchi resignó en nuestros dias la púrpura romana por entrar simple novicio en la humilde compañia de Jesus.

Ejemplos mas admirables todavia á los ojos del

[1] Tal es la humildad de los obispos, que suscita hasta la humildad de los reyes.

Habiendo muerto el arzobispo de Viena, el emperador Francisco, padre del actual emperador, eligió para reemplazarle á un santo sacerdote de muy baja estraccion, lo que ocasionó un grande escándalo. La corte entera puso el grito en el cielo, pero el emperador se contentó con responder á todas las reclamaciones : *¿Qué quereis? de un apostol he podido muy bien hacer un príncipe, pero con todo mi dominio no hubiera podido hacer de un príncipe un apostol.*

[2] El cardenal Polo, dueño sin embargo de obtener una dispensa, llevó acaso la virtud á mas alto grado que Carlos Quinto, que no abdicó la corona, sino despues de haber reconocido su vanidad, rehusando la mano de la reina María, y por consiguiente la corona de Inglaterra, que el mismo Carlos V ambicionó tanto para su hijo Felipe II,

mundo y acaso á los de Dios [1]. — En su calidad de sacerdotes y de amigos de los pobres, los amigos de Dios, la mayor parte de los santos, grandes señores y grandes propietarios, *sacudian*, si podemos decirlo así, como el *polvo de sus sandalias*, sus patrimonios á trueque de las esperanzas futuras y aun de las realidades presentes. Y entre otros mil : — S. Antonio el *grande*, S. Ambrosio de Milan, S. Cipriano de Cartago, S. Paulino de Burdeos, S. Carlos Borromeo ; — y aquel S. Homobono, ilustre hijo de un mercader de Cremona enriquecido ; — en la misma época, un Oton, renunciando primeramente á la corte del emperador su padre, para ser un humilde obispo, y luego al mismo episcopado para entrar de religioso mas humilde todavía, en la abadía de Morimont, en Francia ; — otro Oton, mas ilustre todavía, su predecesor, y sin duda su suscitador, sucesivamente canciller del em-

[1] El sacerdote (no hablamos sino del verdadero y del bueno) solo tiene los escesos de la caridad, y estos escesos helos aquí : « El autor de una vida de san Luis trae una anécdota muy curiosa. Un padre domínico, agregado á la corte del santo rey, vió á un religioso que llevaba en una mano una tea encendida y en la otra un vaso lleno de agua, y habiéndole preguntado para que queria aquellos dos objetos : — Con este fuego, respondió, quiero quemar la gloria, y con esta agua apagar el infierno, á fin de que en lo sucesivo Dios sea amado por sí únicamente y porque lo merece. » ¡ Feliz el sacerdote, dice Liguori, cuyas acciones todas tienden al Señor ! Así imitan á las almas de los bienaventurados que segun el testimonio de santo Tomás, *potius volunt ipsum esse beatum, quam ipsas*. La felicidad de Dios les causa mas alegría que la suya propia, porque aman al Señor mas de lo que se aman á sí mismas. »

perador Enrique IV, obispo de Bamberga, apellidado el *Apostol de la Pomerania,* cuyo primer duque Uladislao convirtió, y en fin canonizado. En 1739 se publicó su historia en Bamberga, con gran lujo tipográfico, bajo el título de *Mundi miraculum sanctus Otho,* etc.....

En otros tiempos, iguales sacrificios: — Bernardo, hijo de un procurador general en el Parlamento de Dijon, se despojó de una hacienda de 400,000 francos (1,600,000 reales) que valdria hoy ocho veces mas, por llenar mejor su mision de *pobre sacerdote* (así se le llamaba) que le valió la admiracion del siglo de Luis XIV.....

¿Y no se le ha de tener en cuenta tambien al sacerdote lo mucho á que renuncia para llegar á serlo?

..... En el siglo XVI, se vió al hijo del mas poderoso y del mas glorioso rey del universo, al que elevó á tanta altura el Portugal y la España con los descubrimientos del Nuevo Mundo, al hijo de Manuel el Grande, entrar en el sacerdocio, ir habitualmente á las casas de los enfermos mas pobres, llevándoles el Viático en una mano y limosnas en la otra, y suscitar á su pais el ilustre Luis de Granada, á quien sus predicaciones y sus obras han colocado en primera linea entre los grandes hombres.

Y en el siglo siguiente, el hijo de un dux de Génova, la soberbia, ya embajador en la primera

corte de Europa y, á mayor abundamiento, uno de los mas grandes *Historiadores de España*, y de los mas grandes poetas de Italia, el conde Antonio de Briñola, desengañado de las grandezas del mundo cuando murió su muger en la flor de la edad, entró de simple novicio en la compañía de Jesus, se elevó en breve á la esfera de los mas ilustres misioneros, y mereció tener por *historiador* á un Visconti.

Hay sacerdotes, y muchos, á quienes no titubearíamos en llamar dioses de *segunda magestad;* si entre ellos hubiéramos de preferir á uno este seria San Francisco Javier, en esta página de su vida. — «El buque á cuyo bordo iba el Santo Misionero con rumbo á Cocin, se vió acometido en el estrecho de Ceilan por una furiosa tempestad, de modo que fué preciso tirar al mar todas las mercancías; el piloto, incapaz de regir el timon, abandonó la nave á merced de las olas: por espacio de tres dias y tres noches, tuvieron continuamente delante de los ojos la imagen de la muerte. Javier, despues de haber oido las confesiones de toda la tripulacion, se prosternó á los pies de un crucifijo, y oró con tanto fervor, que estaba como arrobado. El buque, arrebatado por la marejada, iba ya á estrellarse en los bancos de Ceilan, y los marineros se creian perdidos sin recurso; entonces el santo sale de su camarin, donde se habia encerrado, pide al piloto la maroma y el plomo que servian para sondear la mar, y los dejó caer hasta el fondo pronunciando

estas palabras : *Dios mio*, *Padre*, *Hijo y Espíritu Santo*, *tened compasion de nosotros*.... En el mismo instante párase el buque, calma el viento, continuan los navegantes su viage y llegan en fin felizmente á Cocin, el 21 de enero de 1548. » — Desde Cocin, Javier escribió á los padres de la compañía que estaba en Roma, y les refirió el peligro que habia corrido en el estrecho de Ceilan. « En lo mas recio de la tempestad, decia, tomé por intercesores cerca de Dios, á las personas vivas de nuestra compañía, y luego á todos los cristianos.... Recorrí las gerarquías de los ángeles y de los santos y las invoqué todas.... Reclamé sobre todo la proteccion de la Santísima Madre de Dios, la reina del cielo. En fin, habiendo puesto toda mi esperanza en los infinitos méritos de Nuestro Señor Jesucristo, protegido de aquella suerte, sentí una alegría mas grande en medio de aquella furiosa tormenta que cuando me vi enteramente fuera de peligro; y en verdad que siendo, como soy, el mas malo de los hombres, me avergüenzo de haber derramado tantas lágrimas por un esceso de alegría celeste, cuando estaba á pique de perecer; por eso pedia humildemente á nuestro Señor que no me libertase del naufragio que nos amenazaba, á menos de que me reservase á mayores peligros para su gloria y para su servicio. Muchas veces me ha hecho conocer Dios de cuantos peligros y de cuantas penas me han sacado las oraciones y los sacrificios de los de la compañía..... Si algun dia lo olvido, ¡oh compa-

ñia de Jesus, séame inutil mi mano derecha y olvide hasta su uso! »

Pero ya es tiempo de que veamos al sacerdote en presencia de una revolucion dirigida toda contra él, pero tambien para él.

Como el clero tuvo el mérito de preverla, tiene el de no admirarse de ella y aceptarla á toda costa. Todos conocen las ofertas espontáneas y generosas que hizo al Estado de una suma que, bien empleada, hubiera sido mil veces capaz de llenar el *deficit* [1]; pero aquel *deficit*, que algunos llamaron *afortunado*, era en efecto un pretesto demasiado plausible para quitado de en medio: los proletarios de entonces que querian alzarse con todo el capital de los propietarios, no podian contentarse con una parte de él. — La injusticia, la ingratitud y la perfidia de los legos dieron ocasion, á la resignacion del clero, y, en cambio de algunos apóstatas, engendró millares de mártires.

El P. Lambert, *Apologista de la Religion* católica contra las calumnias de sus enemigos, les dijo: « Recobre ó guárdese el siglo los falsos bienes que con tanta frecuencia perjudican á la religion y que de ningun provecho pueden serle, *ut non obsint di-*

[1] Sabido es que el espantoso *deficit* en que quedaron alcanzadas las rentas del Estado en los últimos años del reinado de Luis XVI, fueron el origen inmediato de la revolucion francesa. Las verdaderas causas de este grande acontecimiento son demasiado conocidas para que sea necesario recordarlas aquí, cosa que, ademas, no vendria á cuento. — N. del T.

vitiæ : nam prodesse non possunt. San Agustin, *in Psal.* 85. Si el emperador codicia los bienes de la Iglesia, que los tome; ninguno de nosotros se opondrá á ello. Que nos los quite, si quiere; no los doy, pero no los rehuso. » San Ambrosio.

Unos abandonan gloriosamente una ingrata patria, ó mas bien una patria que ya no existia, y hallan otra en la que el clero fué el primero en acojerlos y agasajarlos.

Obispo hubo en España que hizo por los sacerdotes franceses, fugitivos del patíbulo, mas que todos los reyes juntos. « Todos los desgraciados hallaban en el cardenal de Quevedo, obispo de Orense, en Galicia, un arrimo, y todos los afligidos, un consolador: de ello se vió un ilustre ejemplo en su admirable conducta con los eclesiásticos franceses desterrados de su pais. Recibió y dió asilo en su ciudad á aquellos nobles proscriptos, no por algunas semanas ó por algunos meses, sino por espacio de muchos años consecutivos.... Sobre unos ciento cincuenta estaban hospedados en su quinta, inmediata á la ciudad, y hasta en su palacio episcopal : á todos los socorria, y la mayor parte no tenian mas recurso que sus beneficios. En una de sus cartas, escrita al señor presbítero de Villeneuve, decano del cabildo de Angers, y vicario general de la diócesi, hace el prelado grandes elogios de la firmeza de los sacerdotes franceses, y anuncia que recibirá, no solo á los doce que le proponia M. de Villeneuve, mas tambien á otros ocho de que este le hablaba y

aun á todos cuantos quisiera enviarle, « cualquiera « que fuese su número. Por ellos haremos con el « debido celo todo lo que la caridad exige, conside- « rando como una felicidad ofrecerles algunos ali- « vios y participar así del mérito de sus padecimien- « tos, una vez que la paz de que disfrutamos bajo « el cetro de un monarca piadoso, no nos ha per- « mitido hacerlo de otro modo. »

« No hay ejemplo de que la multitud de sus cargas le haya hecho ser sordo á ninguna súplica. Tuvo que luchar contra varios agentes de la autoridad, á quienes todavía daban cuidado los sacerdotes franceses, y que no tenian vergüenza de perseguir á hombres ya tan desgraciados: — salió fiador de aquellos valerosos refugiados, y obtuvo que los dejasen tranquilos en los asilos que él les habia proporcionado, diciendo públicamente que cuantos mas llegasen á su diócesi, mas feliz se consideraria. Sus casas, decia con la amabilidad que le era característica, eran por lo menos tan seguras como comunidades, y su superioridad valia tanto como otra cualquiera. Se ha calculado que el gasto que hacia por nuestros sacerdotes ascendia á mas de 80,000 fr. (320,000 rs.), sin contar sus limosnas ordinarias, que en nada disminuyó, y sin embargo las rentas de su obispado no llegaban á 60,000 fr. Parecia que la Providencia multiplicaba sus bienes en las manos del hombre que no se consideraba mas que como el repartidor de sus dones.

« ¿Hablaré de algunos hechos aislados en que

brilla singularmente la ardiente caridad del prelado? Un sacerdote que habia tenido ocasion de presentarle varias solicitudes en favor de sus colegas, cayó enfermo y fué á mas de cien leguas de la capital desde donde habia escrito al señor de Quevedo. Logró este sin embargo descubrir el lugar de su retiro : « ¿Por que, le escribió, por que, vos que habeis tenido la caridad de esponerme á veces las necesidades de los demas, me ocultais las vuestras? Ahí os envió una letra de 3,000 reales, que no es mas que el principio de lo que deseo hacer por vos. » Unos religiosos de su diócesi le regalaron una mitra perfectamente hecha de hojas de palma: el señor Quevedo se la envió al señor obispo de L. R., quien la conserva todavia, y acompañando este presente de una delicadeza que realzaba su valor, le escribió : « He recibido una mitra de palma; he querido pro- « bármela y he visto que no me viene. Aunque « desde lejos, he tomado las dimensiones de vuestra « cabeza, y he visto que mi mitra parecia hecha « espresamente para ella. »

« Un prelado francés, que pasó muchos años á su lado, escribia á un eclesiástico, hombre de mucho provecho, quien nos ha comunicado estos curiosos pormenores : « Aquí nos hallamos muchos maestros, pero ni uno siquiera digno de ser el discípulo de este sabio obispo. » Tal es la opinion que ha dejado el ilustrísimo señor Quevedo. Los desterrados á quienes socorrió con tanta generosidad tienen una viva satisfaccion en publicar el profundo aprecio que les

habia inspirado su bienhechor; en prueba de él hicieron grabar en Madrid, hace ya años, su retrato, que tuvo mucho despacho, merced á la reputacion de santidad del prelado, y el producto de la venta se consagró al socorro de los franceses pobres, de todas clases. Esta muestra de sensibilidad y de respeto enterneció al señor Quevedo, quien escribió con este motivo una carta muy patética al prelado frances que habia dirigido la ejecucion del grabado. — Este envió copias á sus colegas, refugiados en Inglaterra, igualmente que á los príncipes de la familia real retirados en la misma isla, y les notició las virtudes y los servicios del obispo de Orense. El príncipe heredero, conde de Artois [1], encargó espresamente al prelado de quien hablamos que diese las gracias en su nombre al bienhechor del clero frances, y aquella atencion del escelente príncipe conmovió particularmente al señor Quevedo, muy adicto, como lo probó mas adelante, á la sangre de los Borbones.

« Otro prelado se mostró el generoso bienhechor de nuestro clero proscrito; tal fué el cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, que falleció en 1804. Aquel sabio y piadoso prelado competia con el obispo de Orense en delicadeza y desprendimiento; se asegura que mantenia él solo hasta quinientos sacerdotes franceses. Verdad es que gozaba inmensas rentas: el arzobispado de Toledo redituaba

[1] Que luego reinó bajo el nombre de Carlos X. — N. del T.

16 millones de reales, pero el cardenal hacia de ellos el uso mas noble y era *pobre en espíritu* en medio de su opulencia.

« El obispo de Orense, dice M. de La Borde (*Itinerario de España*), habia hecho de su palacio episcopal un hospicio donde hospedaba á trescientos eclesiásticos franceses condenados al destierro en tiempo de la revolucion. Aquel prelado comia en su compañía, y se rehusaba toda especie de comodidades que no hubiera podido proporcionar á aquellos desgraciados.

« Casi todos los obispos de España ejercieron esta santa hospitalidad. El cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, mantuvo constantemente quinientos sacerdotes franceses.

« Como hubo tiempos en que se juntaron en España hasta catorce mil sacerdotes, y como este pais dió tambien hospitalidad á muchas religiosas y familias de emigrados, puede evaluarse el gasto del reino en favor de los franceses en 80 millones de francos (sobre 330 millones de reales). Añádase á esto que Carlos IV durante la revolucion y Fernando VII durante los cien dias se comportaron con sus augustos parientes cual dignos hijos de Luis XIV. »

Los *Heroes* ó los *Mártires de la Fe*[1] durante la re-

[1] Los falsos mártires, ó los mártires de la libertad, no son mas que especies de Brutos suicidas; los Decios, los Regulos, los Scévolas, en un orden: los Sócrates y los Sénecas, en otro. Los mártires de la filosofía ó de la reforma nunca fueron el remedo, sino la oposicion de los mártires de la iglesia católica. Gerónimo de

volucion francesa son casi tan numerosos y aun tan ilustres como los mártires de los mejores tiempos de la iglesia, y ya han merecido sabios y numerosos historiadores[1]. Todas las órdenes de la religion tuvieron víctimas heróicas, y sobre todo en los *Carmelitas*, en la *Abadia* de Paris, y en la *Nevera* (Glacière) de Aviñon; en las cárceles de Leon, de Nimes, etc.; donde brillan los Dulau, arzobispo de Arles, los hermanos Larochefoucauld, obispos de Beauvais y de Saintes, uno de los cuales rehusó salvarse sin salvar al otro: los hermanos Guerin de Rocher y Bonnaud, sabios ilustres y virtuosos jesuitas; — los PP. Lanfant y Charton de Millon, célebres oradores del púlpito; — Gagneres de Gange, profundo matemático; — Hebert, superior de los Eudistas; — el presbitero de Fenelon, el *Nestor del clero*: ocho directores de San Sulpicio; — el sabio dominico Richard, autor del *Diccionario universal* y del su-

Praga, Juan de Leyde, Servet, Spifame, Vallée, Brunus, Vanini, Campanella, etc., Brusson, Crammer, etc., son tan famosos por su resistencia como nuestros mártires por su resignacion. El mismo Laud, arzobispo de Cantorbery, cuya muerte es distinta de las de aquellos, creyó verdaderamente salvarse renegando, en su defensa, á los jesuitas, y la acusacion de haber querido restablecer la autoridad papal y de atentar al poder de las cámaras....

[1] El mas antiguo es el presbítero d'Auribeau, en sus escelentes *Memorias para servir á la historia de la persecucion*, publicadas en Roma en 2 tomos, en 1797, por orden de Pio V. Los mas notables entre los otros historiadores de la Iglesia, en esta época, son el abate Sicard en los *Anales* anteriores al *Amigo de la Religion*, los presbíteros Carron y Guillon, etc., etc.

blime *Paralelo de los Judios que crucificaron á Jesucristo con los franceses que han asesinado á su rey;* — los hermanos de Hercé, obispos de Nantes, y otros muchos que seria prolijo enumerar.

Véase aquí uno de la *Nevera de Aviñon:* » Antes de que se inmolasen tantas víctimas en la capital, el feroz Jourdan, justamente apellidado *corta cabezas*, habia ya hecho degollar mas de sesenta en Aviñon, y habia tenido cuidado de elegirlas entre los ciudadanos mas estimables. La que mas llamó la atencion fué M. Nolhac, antiguo rector del noviciado de los Jesuitas en Tolosa, y luego, por espacio de treinta años, cura de la parroquia de san Sinforiano en Aviñon, hombre considerado en toda la ciudad como el padre de los pobres, el consolador de los afligidos, el refugio de los desgraciados, el consejero de todos los ciudadanos, títulos que le valieron el ser encerrado en el castillo, la víspera del dia en que debian sacrificar en él tantos presos. Fué su aparicion para aquellos desgraciados que le conocian y le reverenciaban todos, la de un angel consolador; sus primeras palabras las de un apostol enviado para salvar sus almas. » « Vengo á morir « con vosotros, hijos mios, les dijo: todos compa- « receremos juntos delante de Dios. ¡Cuanto le agra- « dezco que me haya enviado para preparar vues- « tras almas á presentarse ante su tribunal supremo! « Ea, hijo mios, los momentos son preciosos; ma- « ñana, tal vez hoy, no estaremos ya en este mun- « do; ea, dispongámonos por medio de una sincera

« penitencia à ser felices en el otro. No quiero de-
« jar perder una sola de vuestras almas : añadid á
« la esperanza de que Dios me recibirá en su seno,
« la dicha de poder presentaros á él como hijos cuya
« salvacion me ha confiado. » Al oir estas palabras, todos caen á sus pies, abrazan sus rodillas sollozando y confiesan sus culpas : él los oye, los absuelve, los abraza con aquella ternura que siempre profesó á los pecadores, y tuvo la fortuna de verlos á todos dóciles á sus exhortaciones paternales : mas pronto la voz de los bandidos llamó á sus primeras víctimas. Esperábanlas á la puerta de la fortaleza : allí, á derecha y á izquierda, dos verdugos apostados, alzando y dejando caer sobre ellas con toda su fuerza una gran barra de hierro, las asesinaban de un solo golpe : luego entregaban el cadaver á nuevos verdugos que despedazaban sus miembros y los desfiguraban con los sables para poner á los amigos y á los pacientes de las víctimas en la imposibilidad de reconocerlas : en seguida las echaban en aquel pozo infernal, llamado *la nevera*. M. de Nolhac exhortaba, abrazaba, animaba á los desgraciados á quienes iban llamando por su turno : tuvo el consuelo de ser llamado el último, y de no presentarse á su Dios sino despues de aquellas sesenta almas, que todas iban llevando al cielo la nueva de su heróico celo y de su incontrastable constancia. Cuando fué permitido sacar los cuerpos de la nevera, apresuróse el pueblo á buscar entre ellos el de su buen padre, que hallaron al fin cubierto de cincuenta heridas : un cruci-

fijo que llevaba al pecho y sus vestidos de sacerdote se le dieron á reconocer. Todos se disputaban los pedazos de sus vestidos como si fueran reliquias, y por espacio de ocho dias fué preciso dejar aquellos preciosos despojos espuestos á la curiosidad y á la veneracion del pueblo, que siempre acata la verdadera virtud cuando no está alucinado por los que tienen interes en desacreditarla. »

Sacerdote hubo que debió á una providencia especial la gloria del martirio, sin el martirio, y para la salvacion y la gloria de sus verdugos. He aqui algunos rasgos poco conocidos de la vida, durante y despues de la revolucion de 1793, del presbítero de Cagny, á quien hemos conocido siendo cura de una parroquia de Paris: los sabemos por persona que fué testigo de ellos: » Mucho tiempo hacia que estaba designado á los verdugos *del 2 de setiembre* por algunos cabecillas del *comité insurrecteur* (junta insurrectora) de la *commune* (cuerpo municipal) de Paris. Su mansedumbre, su piedad, su tierna y activa caridad, al paso que le hacian ser un objeto de veneracion para los hombres honrados y sensatos, habian escitado el odio y la envidia de ciertos sacerdotes apóstatas, nuevamente iniciados en los misterios patrióticos de los facciosos. Sin embargo los patriotas de su seccion, que casi todos le eran favorables, se reunieron para salvarle á los amigos que tenia en el partido contrario: en una palabra, libértase de las matanzas *del 2 de setiembre*, merced á sus amigos hospitalarios que le ocultaron en sus casas cada

cual por su turno..... Un dia en que estaba en su oratorio católico romano, en el palacio de Serilly (ocurrió esto el domingo de *septuagésima*, 24 de enero de 1796) mientras estaban cantando una misa mayor, entró de repente una cuadrilla de satélites, y *Ravault*, comisario de policía de la seccion llamada de la Butte des Moulins, que los capitaneaba, eligió el momento en que el celebrante estaba en mitad del Prefacio para cogerle de un brazo mandándole *que le siguiese en nombre de la ley*. Quiso Cagny proseguir el Prefacio, y como el comisario se oponia á ello: — « Esperad, le dijo Cagny, á que haya acabado la celebracion de los santos misterios: despues de la misa, os seguiré de grado, pero solo la muerte podrá arrancarme del altar en tanto que no esté consumado el comenzado sacrificio..... » Años despues, Cagny, predicando en su iglesia sobre los escesos cometidos en tiempo del terror en los templos católicos, aprovechó aquella coyuntura para hablar de los destrozos hechos en la iglesia misma en que á la sazon se hallaba. » Acaso algunos de los autores de tales profanaciones, esclamó con dolor, están ahora entre mis oyentes.... ¡Señor! ¡Ojalá sea asi para que lloren su culpa! Vuestra mano paternal es la que los ha conducido aquí, para que, arrepentidos, vuelvan á vos en la sinceridad de su corazon! » Estas palabras pintan al ministro de paz mucho mejor que cuanto pudiera yo decir en su elogio. En efecto, el principal autor de los destrozos se hallaba entonces en la iglesia: al

oir las palabras de Cagny, se desmayó; tuvieron que llevarle á su casa, cayó enfermo, abjuró lleno de contricion sus errores, no quiso volver á oir hablar mas que de los consuelos de la religion, y tres dias despues murió como mueren los justos.»

Aun no pasado medio siglo [1], la Iglesia de Francia acaba de tener nuevos martirios sublimes y entre otros, los de sus inmortales misioneros en Cochinchina, Gagelin, Jaccard, Marchand, etc. « Yo por mi parte, escribia el primero á sus hermanos de las misiones estrangeras de Paris, en una carta autografa que tenemos á la vista, estoy bien de salud, á pesar de la debilidad de mi complexion: me parece que estoy tan fuerte como los años anteriores, y con la gracia de Dios podré sostenerme. Por lo demas, soy un pobre jornalero; veo que hay mucha tarea, y hago poca. Cuando pienso en las dificultades y en la estension de mis obligaciones, siento con frecuencia vivas inquietudes, y temo mucho ser tratado algun dia como un mal servidor; temo sobre todo que mis culpas y mis imperfecciones sean un obstáculo á los designios de Dios sobre mi; pero por otra parte, cuento mucho con el auxilio de las oraciones de las almas piadosas. Esas buenas almas

[1] Uno de los mas admirables martirios intermedios es el de Gabriel Taurin du Fresse, ajusticiado en China en setiembre de 1815, despues de unos cuarenta años de un apostolado magnífico en las Indias. Pio VII casi canonizó á aquel grande hombre, proclamando cinco cardenales en la alocucion misma elevada á su gloria.

que con sus limosnas contribuyen á porfia á los progresos del Evangelio en este pais, hacen una cosa muy grata á nuestro Señor, pues contribuyen á rescatar á estos pobres idólatras del cautiverio de Satanás : ¿hay limosna alguna mas meritoria ni mejor aplicada que estas? Si esos famosos banqueros que no anhelan mas que amontonar riquezas sobre riquezas conociesen bien sus intereses, contribuyendo á esta buena obra con una pequeña suma, ganarian tesoros inestimables para la eternidad, pero desgraciadamente, este género de usura es demasiado poco conocido.

« En medio de las penas y de las privaciones que paso diariamente, no dejo de estar contento en el estado en que me ha colocado la divina Providencia, y aun me considero mas feliz que los que ocupan los empleos mas lucrativos en Europa.

« Tengo el honor de ser, con profundo respeto, en union de oraciones y santos sacrificios,

« Señores y amados hermanos,

« Vuestro humilde y obediente servidor,

« J. Gagelin, sacerdote misionero.»

Pasaron algunos años, años de elocuencia, de trabajos y de sacrificios ; y he aquí la *relacion de su martirio*, escrita por él mismo, como la escribirá algun dia la historia á la Iglesia : « *A. M. Jaccard, el 14 de octubre* : Muy señor mio y amado compañero; la nueva que me anuncia vm. me penetra de alegria hasta el fondo de mi corazon. No, con toda

ingenuidad lo digo, jamás noticia alguna me causó tanto placer; nunca los mandarines probarán otro igual: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi : in domum Domini ibimus.* La gracia del martirio, de la que soy harto indigno, ha sido desde mi mas tierna infancia el objeto de mis mas ardientes votos, y se la he pedido á Dios especialmente cada vez que he alzado la preciosa sangre en el santo sacrificio de la misa. Dentro de poco voy en fin á comparecer delante de mi juez, para darle cuenta de mis ofensas, del bien que he omitido hacer, y aun del que he hecho. Si me aterra el rigor de su justicia, por otra parte sus misericordias me tranquilizan; la esperanza de la resurreccion gloriosa y de la bienaventurada eternidad me consuela de todos los trabajos que he soportado, como de todas las penas y de las humillaciones que he sufrido; perdono con todo mi corazon á cuantos me han ofendido, y pido perdon á todos aquellos á quienes he escandalizado. La vista de mi Jesus crucificado me consuela de toda la amargura que tiene la muerte; toda mi ambicion se cifra en salir prontamente de este cuerpo de pecado para reunirme con Jesucristo en la bienaventurada eternidad, *cupio dissolvi et esse cum Christo.* No me queda mas que un consuelo que desear, y es el de veros, igualmente que al P. Odorico, por última vez. »

Al mismo, el 15 : « Mucho deseo veros, y creo que podreis entrar y podreis hablar al Ong-Doi-Ba, que nos es bastante favorable; en caso de que haya

dificultad, me consolais diciéndome que hareis todo lo posible por venir. Deseo confesarme y recibir el sagrado viático antes de entrar en mi eternidad. Creo muy bien, como me decis, que no me condenan sino *in odium religionis*, pues el Bo no me hace pasar ningun interrogatorio. Seria esencial tener una copia de mi sentencia, y sobre todo saber el dia en que será ejecutada, porque creo que es costumbre ocultárselo á los reos. La noticia que me habeis dado de que estoy condenado á muerte no me ha causado mas sensacion que la de un vivo contento : he dormido esta noche tan sosegadamente como siempre, y no he perdido nada de mi habitual apetito : solo me incomoda bastante la canga[1], y me cuesta mucho trabajo estar sentado. Cuando escribais á Europa, os ruego que anuncieis mi muerte á la *propagacion de la fe*, que hasta ahora ha mostrado tanto celo por las misiones estrangeras : ciertamente no olvidaré delante de Dios á los miembros de la sociedad de la *propagacion*, si tengo la felicidad de ir al cielo, como lo espero. Recomendadme á las oraciones de las almas fervientes. »

Esto escrito, y acabado el *canto del cisne*, « el 17 de octubre de 1833, á cosa de las siete de la mañana, anunciaron á M. Gagelin que iba á ser trasladado al Thua-Thien, en el momento en que acababa de recitar su oficio, y sin haber tomado nada todavia, ni aun acabado de vestirse ; inmedia-

[1] Cepo que sujeta el cuello. — N. del T.

tamente se puso su balandran y su turbante, y salió de la carcel. Al ver como hasta cuarenta ó cincuenta soldados armados de picas y de sables, pregunta al guardia que le acompañaba: *Dem tao di chem sao* (¿Me llevais á degollar?) ¡*U*! (¡oh!) responde el soldado; y M. Gagelin replica: *Tao Khong so'nghé* (ten entendido que nada temo.) Al punto cuatro soldados, con los sables desenvainados, cogen las cuatro esquinas de la canga: colocánse otros dos, uno delante y otro detras: los otros soldados, armados de picas, forman dos hileras á ambos lados, y dos mandarines á caballo, encargados de la ejecucion de la sentencia, cierran la marcha. Dirígense á las puertas de la ciudad, y de allí al puente..... Al salir de la carcel, el rostro de M. Gagelin estaba muy animado, luego quedó un poco descolorido, y pocos momentos despues recobró sus colores naturales.

« Cuando llegaron al mercado que hay al fin del puente, un pregonero, que llevaba en la mano una tabla en que estaba escrita la sentencia, la proclamaba á son de címbalo de cien en cien pasos: estaba concebida en estos términos: « El europeo Tay Hoai-Hoa es culpable de haber predicado y propagado la religion de Jesus en muchas partes de este reino; en consecuencia ha sido condenado á morir ahorcado.»

« La muchedumbre que le seguia aumentaba por momentos, compadecia la suerte de M. Gagelin y decia: « ¿Qué ha hecho ese hombre? ¿por qué dar

muerte á un inocente, á un hombre de bien como ese? ¿se ha vuelto tirano el rey? » Aquella multitud de paganos, viendo el valor y la serenidad de nuestro amado martir, esclamaba : « ¿Quién ha visto nunca á un hombre ir á la muerte con tanta firmeza? » Y era porque nunca habian visto ningun martir. M. Gagelin andaba á buen paso, con ademan sereno, echando de cuando en cuando la vista sobre la muchedumbre que le precedia. Llegan al fin al barrio Bai-Dan, donde se prepara la ejecucion de la sentencia. M. Gagelin tiende los ojos en derredor de si, y pregunta en seguida si van á ahorcarle ó á degollarle. Tienden una estera sobre el suelo. M. Gagelin pide ponerse de rodillas, pero le hacen sentarse con las piernas estiradas y desabotonarse los vestidos, de que le desnudan de medio cuerpo arriba : átanle en seguida los brazos á una estaca detras de la espalda.... M. Gagelin se presta á todo con la mayor sangre fria : le pasan alrededor del cuello una cuerda cuyas dos puntas rodean á dos estacas, sólidamente clavadas á ambos lados de la victima : diez ó doce soldados, cinco ó seis á cada lado, tiran de la cuerda con todas sus fuerzas... M. Gagelin espira sin hacer el menor movimiento, y aquel digno misionero alcanza de esta suerte la corona del martirio, entre las siete y las ocho de la mañana, el 17 de octubre de 1833. Al cabo de como hasta treinta segundos de esfuerzos, tirando de la cuerda, quebróse esta, y el cuerpo de M. Gagelin, ya exánime, se ladeó un poco : anu-

daron la cuerda, que queda atada á las dos estacas por las puntas, y los soldados sacuden la cuerda así estirada con unos palos ó especies de palancas : luego para cerciorarse de la muerte de M. Gagelin, le chamuscan ligeramente los pies. Terminadas todas estas operaciones, y habiéndose retirado los mandarines, un discípulo del P. Odorino, que habia seguido á M. Gagelin desde su carcel hasta el lugar de su suplicio, pidió á los soldados el permiso de desatar la cuerda, tendió el cuerpo de M. Gagelin, le cubrió y se quedó á su lado hasta las diez. Cuarenta ó cincuenta cristianos hubo que quisieron tocar el cuerpo del santo mártir y ayudar á meterle en el barco : llevároule á Phu-Cam, adonde ya habia ido el P. Andrés para abrir la sepultura. En la noche del 17 al 18, el P. Andrés, despues de haber vestido el cuerpo de M. Gagelin con los ornamentos sacerdotales, como para celebrar el santo sacrificio de la misa, le enterró en un jardin en Phu-Cam. »

Pero hay, y esto no se ve mas que en el clero católico, hombres que parece como que reasumen en sí, *á imitacion de Jesucristo,* todos los talentos y todas las virtudes, todas las magnificencias, toda la sublimidad de su estado y, á mayor abundamiento, todas las grandezas de las familias y de la sociedad.

Tales son, en el solio pontificio, San Leon, San Gregorio, y los tres Pios V, VI y VII, *los grandes;* — en el Episcopado, San Basilio, San Atanasio, San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales; — en

el proselitismo universal regular, San Benito, San Bruno, Rancé; — en el apostolado y el proselitismo universales seculares; San Martin de Tours, San Remi, San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco de Asis, San Francisco Javier, San Vicente de Paul, y en muchas cosas Bellarmin y Bossuet, Jimenez y Granvela.

Tales, aun en el siglo XVIII, aquel santo abad de La Salle, que parece haber previsto nuestras *sabias* revoluciones, cuyo único remedio son tal vez sus niños *ignorantinos;* — y aquel santo obispo de Italia, Liguori, cuyas *Obras* literarias y personales, (los *Redentoristas*, etc.,) bastarian solas para fortalecer al clero juntamente contra los otros y contra sí propió.

Tal, tambien, ese *nuevo Brydayne*, bajo el nombre de Boursoul, de quien cuenta los siguientes rasgos el presbítero Carron, su historiador y su discípulo. « Qué felicidad para vosotros, hermanos « mios, nos decia, qué delicias para mi si puedo « tener un dia la dulce satisfaccion de veros á todos « allí [1], y si pudiera decirme á mi mismo que he « contribuido en algo á introduciros en tan santo « asilo! Tal será, os lo protesto, mientras Dios me « conceda vida, el único objeto de mis deseos, de « mis afanes y de mis sudores. » — En su hermoso sermon de la *Misericordia*, apenas habia, hácia la quinta frase, pronunciado estas palabras tan tiernas

[1] En la gloria, de que va hablando. — N. del T.

de parte del Señor: ¡*Jerusalem, revertere, Jerusalem*! vuelve, Jerusalen, vuelve á tu Dios, derramaba en los corazones la mas viva confianza, y todos estaban tentados de llorar de ternura.

« Apenas se presentaba se le leia en su frente el asunto sobre qué se proponia hablar; si era aquel la muerte del pecador, el juicio ó el infierno, una mirada sombría, un ademan consternado, la cabeza tristemente inclinada, los *ojos arrasados de lágrimas*, todo revelaba un orador agoviado bajo el peso de las terribles verdades que iba á anunciar: aun no habia desplegado sus labios, y ya el temor, el espanto se comunicaban de su alma á las de los cristianos congregados. Pero si iba á predicar la buena conciencia, la misericordia ó la felicidad de los santos, llegaba como el angel de la paz, llevando en sus ojos y en todo su continente la consoladora nueva que iba á publicar; mostrábase en cierto modo radiante y victorioso; apenas habia pronunciado las primeras palabras, y ya la dulce esperanza, la alegría de la virtud, el contento y el delirio de la felicidad se pintaban en todos los semblantes. Prestaba el auditorio una atencion tan continua á todas sus palabras que nada era capaz de distraerla; todo, hasta sus frecuentes repeticiones, que se le han achacado á defectos, producia el efecto mas sorprendente. Encorvado sobre su púlpito y apoyada la cabeza en el brazo, cuando decia hasta tres veces seguidas con lúgubre acento, alzando al cielo una mirada moribunda, estas amargas palabras: *Perdi-*

do Dios, todo está perdido, su voz lastimera era como un rayo que heria tres veces el corazon del pecador empedernido.

« La impresion que producia Boursoul sobre los pueblos fué tan profunda como duradera : en todos los sitios adonde llevó la divina palabra, observóse en las costumbres una rápida y saludable revolucion. Supo un dia que un moribundo se obstinaba en repeler los auxilios de la Iglesia; el santo hombre, despues de haber, segun su costumbre, invocado el ayuda del cielo, se presentó en la casa del enfermo para exhortarle, pero este le declaró con aspereza que no se confesaria. Boursoul, cesando de hablar, se pone en pie y se pasea largo rato por la estancia, considerando con sombría atencion, á cada vuelta que daba, á aquel obstinado pecador. Este, cansado de la tenacidad del sacerdote, y ofendido de verse examinado tan prolijamente, le dijo con desprecio que se retirase : « Quedándome aquí, no os hago ningun daño » responde con frialdad el eclesiástico, y continua andando por el cuarto. Exasperado mas y mas en vista de esto el enfermo le replica alzando la voz.—Por última vez os digo que os vayais de aquí. — « Permitidme, » replica con dignidad el hombre de Dios, « permitidme que me quede : he sido « muchas veces testigo de la muerte de los santos, « pero nunca lo he sido de la de un réprobo, y hoy « quiero serlo, pues esto puede ser útil á un predi- « cador. » Esta respuesta, pronunciada con toda la seriedad de un hombre penetrado de la verdad de lo

que dice, llega hasta el corazon del moribundo: tiembla, y el terror se lee en su rostro... Aprovecha Boursoul aquel favorable momento; acércase al lecho, habla al moribundo con la espresion del mas ferviente y afectuoso celo, le confiesa, le convierte; y aquel hombre quedó tan arrepentido de su vida criminal, que quiso pronunciar una confesion, y dar una reparacion, ambas públicas. Hasta su postrer suspiro dió los señales de la contricion mas viva y sincera...Sostuvo sin interrupcion, sin tregua, las fatigas del púlpito, las penosas funciones del tribunal de la providencia; decia que queria morir con las armas en la mano, y muchas veces se le oyó repetir estando en cabal salud: —« ¡Ah! si fuera « digno de obtener una merced de mi Dios! todos « los dias le pido el favor de terminar mi vida, ya « sea anunciando su Evangelio en la cátedra de la « verdad, ya ejerciendo en el tribunal de la peni- « tencia los derechos de su justicia y de su miseri- « cordia. »

Y en efecto se cumplió su deseo. El lunes de Pascua, 4 de abril de 1774, despues de haber dicho misa á las 5 de la mañana, de haber asistido al confesonario, de haber tenido una larga conferencia con varios eclesiásticos, y de haber hecho oracion en su cuarto por largo rato, subió al púlpito á las 3 de la tarde á predicar su sermon sobre la gloria y la felicidad de los santos. En el exordio, tuvo todo el vigor y la impetuosidad de la juventud, su voz vibraba estraordinariamente, sus movimientos eran

tan rápidos, su ademan tan vehemente, que d esg naba lo que iba á decir antes de haberlo pronunciado. Al acabar el primer punto, despues de la mas patética y animada descripcion de la gloria y de la felicidad de los bienaventurados, hizo un nuevo esfuerzo y esclamó : « No, hermanos mios, jamas será dado á los débiles ojos del hombre sostener aquí abajo el resplandor de la magestad divina (y luego bajando la voz) ; solo en el cielo le veremos cara á cara y sin velo. » Pronunció estas palabras con voz sonora y acento penetrante, repitiólas en latin, *videbimus eum sicuti est*, y al acabarlas, reclinado en la baranda del púlpito, espiró [1] : sus ojos, que esta-

[1] « Que Boursoul, cuya elocuencia era tan vehemente cuando tronaba contra los vicios, ó hablaba de la impenitencia filial, muriese pintando los rigores de la justicia divina ó los tormentos del infierno, semejante fin no hubiera sido tan sorprendente, pues hubiera podido atribuirse á la impetuosidad de su caracter, á la fuerza de sus arranques, y al fuego de su elocuencia; pero *muere hablando muy sosegadamente de la felicidad del cielo ;* muere cabalmente en el pasage de su discurso en que repite *veremos á Dios ;* muere en su último sermon de cuaresma ; muere del modo que mil veces habia pedido al Señor por gracia particular... Examinemos su vida y su muerte, y convendremos en que esta es tan estraordinaria en su principio, como es edificante la otra por su santidad. »

(*Nota del presbítero Carron.*)

Esta especie de muerte, admirable signo de la dignidad racional é histórica del sacerdote, á los ojos del mundo y á los de Dios, solo se halla en la historia del *sacerdote* católico, en quien es frecuente. Y para no citar mas que ejemplos memorables ; — los dos *Bourdaloue* de la Italia, los ilustres Fornielli y Vitelleschi, murieron en el púlpito ; — Francisco de Sales, bajando del de S. Nizier, en Leon ; — Gregorio de San Vicente, que era ademas el mas grande

ban clavados en el cielo, quedaron constantemente en esta actitud. Llenaba la Iglesia un estraordina-

matemático de su siglo, y Montgodin, admirable cura de Rennes, espiraron en el confesonario. — Mas feliz, el cardenal de Berulle, entregó su alma á Dios en el altar, y en el momento de la consagracion, y S. Andrés Avellino, en el *Introibo ad altare Dei.* — Mas felices aun, S. Pretextato, obispo de Ruan; S. Federico, obispo de Utrec; — S. Estanislao, obispo de Cracovia; — Santo Tomás de Cantorbery, fueron mártires de su valor, de su proselitismo, de su caridad, en las iglesias, haciendo oracion, y muchos ofreciendo el santo sacrificio de Jesucristo, y el suyo propio.

S. Ambrosio, Francisco Javier, muertos en viernes santos, fueron enterrados, es decir, resucitados el dia de Pascua.

Muchos murieron en el dia (que casi siempre era un gran dia, el de su santo patron ó el de la Virgen), que habian deseado ó anunciado mucho tiempo antes: — S. Francisco de Sales, el mas caritativo, el mas amante de los hombres, el dia de S. Juan, el discípulo amado y amante por escelencia: — el cardenal Gerdil. — En fin, aun en nuestros dias el elocuente Maccarthy, diciendo la víspera de su inesperada muerte: *Cras enim moriemur et erimus cum Christo,* y ¡muriendo con efecto el viernes, dia de la exaltacion de la cruz! — ¡Y el admirable presbítero Cristol, cura modelo de Aix, muriendo como lo habia deseado y predicho, el dia de la Purificacion de la Virgen, á la que toda su vida habia tributado el culto mas tierno!

Feliz, lo mismo que todos sus predecesores, el digno señor Quelen, arzobispo de París, aceptando los mas largos padecimientos mejor que las venturas de los mejores tiempos de su vida, y diciendo á su clero traspasado de dolor, reunido en derredor de su lecho de muerte: « Si puedo, como lo espero, bajo los auspicios de la estrella del mar, abordar al puerto, siempre estaré en la orilla de la eternidad adonde todos ireis á arribar, para esperaros, recibiros, y daros el ósculo de paz fraternal. Allí si que será dulce decir: *Ecce quam jucundum habitare fratres in unum!*

Por otra parte, es notable y aun milagroso, que la mayor parte de los hereges, de los intrusos, de los apóstatas, de los antisacerdo-

rio gentío, cuya consternacion fué grande y general: unos gritaban, otros lloraban; estos caian desmayados, aquellos decian en alta voz: *Es un santo;* ha muerto hablando de la *felicidad del cielo.* Oyóse entre todas la voz de un niño que decia: *Hablaba de la gloria y va á ella.*

« Este género de muerte hizo mucha impresion á los impíos y á los libertinos, quienes sintieron una mezcla confusa de remordimiento, de sorpresa y de admiracion. Nadie pensaba en salir de la iglesia, todas las miradas estaban fijas en el púlpito. Se asegura que una señorita que, atraida por la fama de

tes, han tenido muertes funestas, suicidas infames como sus vidas: — Judas, y la inmensa mayoría de los judíos deicidas, testigo la admirable *Historia* de Josefo, su general; — Manés: — Arrio, muerto repentinamente en un sitio secreto, la víspera del dia en que sus partidarios debian llevarle en triunfo á la iglesia de Constantinopla: — Juliano, arrojando sangre suya al cielo y esclamando: *Has vencido, Galileo:* — Mahoma envenenado por una judía: — Focio: — Gerónimo de Praga y Juan Hus, muertos en el patíbulo y arrojadas sus cenizas al viento: — Lutero, á la mesa, y en medio de la algazara de un festin: — Calvino, trabajado de males, como postemas, sarna, hemorroides, piedra, gota, calenturas pútridas, fluxiones, úlceras, esputos de sangre, y en fin herido por la mano de Dios, como aquellos miserables de que habla el profeta: *Tetigit eos in posteriora, opprobrium sempiternum dedit eis.* » (*Observaciones sobre Juan Calvino, sacadas de los registros de Noyon.* 1621.) Y decia en sus *Memorias* publicadas por M. Michelet: *No quisiera ir al cielo, á condicion de vivir cuarenta años.* — *Jurieu*, diciendo que le parecia que le desgarraban las entrañas. — Y en fin, últimamente, nuestros furiosos revolucionarios, casi todos degollados en los cadalsos levantados para los fieles y los sacerdotes!

Beursoul, le oyó entonces por primera vez, quedó tan penetrada de su discurso y de su fin, que de vuelta en su casa se la vió pisotear todas sus galas y renunció para siempre á las vanidades del mundo.»

. . . . . .

Lo que hicieron en pequeño los *individuos*, los miembros, lo hicieron en grande las masas, las órdenes de la Iglesia: «Es menester confesarlo sin rebozo, decia un dia el *Diario de Paris* de enero de 1840, en un artículo de M. de Feuillide, la Iglesia en Francia ha sido la madre de todas nuestras libertades, porque la Iglesia fué la cuna de la parroquia, y la parroquia el principio del concejo. Los obispos han sido, en el sentido recto como en el figurado, los arquitectos de la Francia. — Por eso cuando para adornar la fachada de su casa de ayuntamiento, restaurada y ensanchada, tuvo la idea el consejo municipal de la ciudad de Paris de erigir estatuas á los hombres que, con sus talentos, sus servicios y sus virtudes han ilustrado nuestra antigua capital, creemos que tomó una decision justa y nacional votando estatuas á los obispos que han hecho redundar en beneficio de Paris, el influjo y el poder que debian al episcopado. — Y, cosa maravillosa, resulta que cada uno de los obispos elejidos hasta ahora, reasume en sí una de las faces y de las partes notables que han concurrido á formar el magnífico conjunto de esta institucion cristiana. — San Landry representa el poder espiritual en su sencillez y en su obra de caridad evangélica; — el obispo Goz-

lin[1] representa los saludables resultados que ha tenido para la nacionalidad francesa y para la integridad del reino, la confusion del poder temporal de los obispos con el poder espiritual, la union en unas mismas manos del cayado del pastor y del hacha del guerrero! Mauricio de Sully[2] es el representante del espíritu artístico del siglo XII. — El uno fundó el hospital, el otro libertó á París, el tercero edificó la catedral, ¡un asilo para los que sufren, una patria para vivir y para morir, un templo inmenso para alabar á Dios! ¡La caridad, la libertad, el arte!... Ahora bien, ¿no es este todo el trabajo social, político y religioso de la nacionalidad francesa?»

Y cuando la cristiandad entera es deudora á la Iglesia de Roma de su imperio en el universo, la Francia en particular debe hasta su fundacion á los eclesiásticos: «El obispo Bourchart de Wurtzburgo y el abad Folrad de San Dionisio dirigieron en nombre de Pepino (el Breve) *y de todos los*

[1] Este obispo, hombre de estado, fué el que, ayudado por Eudes, conde de París, en 885, obligó á los Normandos, hasta entonces vencedores, á levantar el sitio de esta ciudad. — Su sucesor Ansherico, atrevido y hábil como él, y á su ejemplo completó algunos años despues la ruina de aquellos terribles enemigos de la Francia.

[2] Este Mauricio de Sully, que fué hijo de un mendigo, y mendigo él tambien, se eligió á sí mismo en cierto modo, obispo de París, cosa inaudita en la historia eclesiástica. Encargado por el cabildo de elegir un sucesor al ilustre Pedro Lombard, se creyó digno de serlo: «Yo no leo en las conciencias de los demas, dijo, sino en la mia,» ¡y fué proclamado, y edificó millares de almas con sus virtudes y sus fundaciones!...

Francos la pregunta siguiente al papa Zacarías; » « ¿Cual vale mas, que el título de rey pertenezca al « que posée toda la autoridad real, ó al que no tiene « autoridad ninguna? — El Papa respondió que « era mejor que tuviere el título de rey el que te- « nia el poder supremo. » « Esta respuesta decidió á Pepino á aceptar el título que le ofreció el pueblo en la solemne asamblea de Soissons [1]. »

¡Verdad es que el pueblo entonces era los fieles, si no era los mismos grandes, mas fieles todavía!

¿Se dirá que han variado los tiempos?

Citaremos hechos ó autoridades que responderian á esta objecion categóricamente.

En vista de los desastres de la revolucion de 1789, un célebre publicista, cuya opinion no es sospechosa, Burcke, no vió claramente la posibilidad del restablecimiento del orden sino á condicion del regreso á Francia, de cuarenta mil individuos milagrosamente salvados, no solo de la muerte y de las violencias, mas tambien del desastroso contagio de los principios, de las prácticas y de los discursos jacobinicos, y cuyos ojos han estado preservados del atroz espectáculo de los horrores de la revolucion: Si logramos apoderarnos en Francia de un distrito dilatado, tenemos suficiente número de *médicos del alma, y en cada parroquia podremos dejar apóstoles del órden y de la paz.* Jamás se ha empleado ningun dinero mas útilmente que en el sosten de un cuerpo

[1] Mœller, citado en la sabia y patriótica *Historia constitucional de la Bélgica*, por Amedeo Waille.

de tropas civiles, destinadas á restablecer el orden en Francia : si se hace de este recurso el uso conveniente, se le hallará inapreciable..... Lo esencial será servirse de los buenos para determinar al bien á aquellos cuyos principios, sin ser viciosos, son menos seguros, y esto se efectuará sin dificultad cuando todos los nobles estén restablecidos en sus posesiones legítimas, y cada cual, en sus estados, ayude al clero á reanimar los sentimientos de probidad, de religion y de fidelidad en el pueblo : *cuando puedan armar á los bien intencionados y desarmar á los facciosos.* »

De modo que resulta verdadera la magnífica observacion del mas grande publicista de todos los siglos, porque era el mas grande teólogo, Santo Tomas de Aquino, en su *de Regimini Principis* : « Por un « admirable efecto de la Divina Providencia, en « Roma donde preveia Dios que estaria la sede del « pueblo cristiano, prevaleció poco á poco la costum- « bre de que los rejidores de las ciudades estuviesen « sometidos á los sacerdotes, siendo máxima cons- « tante de los Romanos colocar ante todas cosas la « religion, y cultivando las cosas sagradas en la « firme esperanza de que obtendrian el imperio del « mundo, si vivian cuerdamente y en la familiaridad « del poder supremo; del mismo modo debiendo te- « ner la religion mas vigor y el sacerdocio cristiano « mas dominio en Francia que en los demas paises, « aconteció, por un efecto de la voluntad divina, « que los druidas fueron los intérpretes del dere-

« cho. Los obispos les sucedieron é hicieron la « Francia nueva como los primeros habian hecho la « Galia. »

Esto habla con el clero ilustre y con el clero popular.

Ahora bien, es menester no olvidarlo : — ¡el clero no *célebre*, el mas numeroso, es seguramente el mas util y acaso el mas grande !

Aranquémosle del seno de la sociedad, supongámosle ausente por un momento al cabo de mil ochocientos cuarenta años que lleva de ser el alma y el brazo de ella, y sucederá en costumbres, en gobierno, en orden público, lo que sucederia en literatura, en filosofía, en legislacion faltando la Biblia.... no quedará mas que un segundo *caos*....

Y cierto que hoy, mas segura y visiblemente que en ninguna otra época, si la Europa, sacudida hasta en sus cimientos, pudiera volver á recobrar su perdido equilibrio, seria solo, como en la edad media, y como siempre, por medio del clero, y sobre todo del episcopado :

. . . . . *Si Pergama dextra*
Defendi possent, etiam hac defensa fuissent.

CONCLUSION.

LA DIGNIDAD, EL DEBER Y EL PORVENIR DEL SACERDOTE EN EL SIGLO XIX.

Jamas, ya es tiempo de decirlo, y por aqui debemos terminar, fueron tan grandes la dignidad, las obligaciones y el porvenir del sacerdocio.

El sacerdote, que siempre fué omnipotente, lo seria aun, y ahora mas que nunca, porque en el dia no existe, para nadie, otro imperio posible mas que el de la doble superioridad de la inteligencia y de la virtud; y del sacerdote sobre todo es de quien puede decirse que no hay para él salvacion fuera de la capacidad, ni capacidades fuera del sacrificio. Ya pasaron los tiempos en que el *Santisimo Sacramento* era un arma en la mano de un sacerdote aislado, cuya sola *presencia real* hacia retroceder ó arrodillarse á los Atilas á la cabeza del linage hu-

mano. Otros tiempos, otras costumbres; pero, por variar de medios, el sacerdocio no varia de poder. Los pueblos ahora han aprendido (¿y quien no ha temido enseñarlos?) á contar por nada las fórmulas, ó á medirlas á lo menos por los hechos: á no reconocer la autoridad sino en la ausencia del *yo*.

Pero esa capacidad, confesémoslo, es facultativa, si hay algo facultativo en el mundo. ¿Qué podria impedir á un hombre de ser generoso? La maldad, la tirania misma (que no puede concebirse con la pureza de la víctima) lejos de ser obstáculos, serian medios, porque ofrecerian ocasiones de virtud.

Así, cuando el clero perece, no perece sino por suicidio.

La novedad y el liberalismo de los gobiernos no son mas que las mas magníficas ocasiones de poderio, como su injusticia ó su ingratitud lo son de resignacion para el sacerdote. Forzosamente *protestantes* para adquirir, somos naturalmente católicos para conservar.

Y esta es la razon porque todos los grandes ingenios del dia, en todos géneros, son esencialmente católicos, porque todos defienden al sacerdote.

Esta es la razon por que la Religion sola no muere *nunca*, cuando todo muere.

Sepa el sacerdote proponerse á Dios por objeto de todas sus acciones; impóngase el deber (exigido imperiosamente por el soberano Pontífice, su señor) de indiferencia en materia de gobierno; sepa

sobre todo no solicitar nunca, para los otros, mas que beneficios, para sí, mas que privaciones: — sea *Cristo* en fin, y será dominante.

! Y lo que es aun mas, todos querrán que lo sea!

. . . . . .

Pero no terminaremos esta obra tan larga, escrita á la ligera, mas con el corazon que con la cabeza, sin hacer oir, á manera de *á Dios*, á nuestros lectores, la verdad que creemos mas necesaria porque es la mas consoladora: — Solamente en el clero y en los fieles, y cuando mas en los infieles á las otras comuniones, (sin hablar de la inmortalidad y de la eternidad propiamente tales) se ve á lo pequeño dejar de serlo cada vez mas, y á lo grande serlo cada vez mas tambien, en la mente de los otros, como en la suya propia.

Y esto, por espacio de mil años, si la vida fuera de mil años.

En este orden de personas solamente la muerte misma es casi siempre el acto mas bello y mas glorioso de la vida. Testigos los admirables mártires de la Cochinchina.

No nos cansaremos de repetirlo; hay tal cura infinitamente pequeño, tal hermano de la doctrina cristiana mas pequeño aun, que, edificando *una sola alma* de pobre, y aun instruyendo *una sola inteligencia* de niño, hace mil veces mas bien á los ojos de Dios y aun de los hombres, que los mas grandes ingenios; — mas que daño hacen (y sin embargo es inmenso) todo el luteranismo de la

Prusia, todo el cisma de la Rusia, toda la falsa filosofía de la Francia!...

Ahora bien, es evidente, es cosa consoladora y terrible á la vez (porque se tomará en cuenta en el juicio particular y en el juicio general) que *cada uno* de nosotros podia elevarse á la altura de ese humilde cura ó de ese fiel aun mas humilde, admirándolos, al primero sobre todo.

Sufrámoslo á lo menos: *Quod erat demonstrandum.*

FIN.

239.6
Madrolle,M.A. M 12
AUTHOR
El Sacerdote en Presencia
TITLE del Siglo